

40

40 AÑOS, 40 HISTORIAS

Exiliados chilenos y solidaridad en Holanda

40 años, 40 historias

Exiliados chilenos y solidaridad en Holanda



40 años, 40 historias

Exiliados chilenos y solidaridad en Holanda

Redacción Jan de Kievid, Pablo Eppelin Ugarte y Karin Snoep

Retratos Kadir van Lohuizen, Giovanni Gellona y Claudio Pérez

Traducción al castellano Patricia Vera Traslaviña

Diseño gráfico y Diagramación Claudio Encina

Editorial 2015

Redacción final Jan de Kievid, Pablo Eppelin Ugarte, Karin Snoep

Comité de redacción Pablo Eppelin Ugarte, Berber Hartman, Jan de Kievid, Karin Snoep, Talinay Strehl

Traducción al español Patricia Vera Traslaviña

Diseño y diagramación Claudio Encina / www.manoverboord.eu

Fotógrafos de los retratos Kadir van Lohuizen, Giovanni Gellona, Claudio Pérez

Otros fotografías Rob Croes, Pablo Eppelin Ugarte, Vincent Floor, Robert Hartogh, Juan Heinsohn Huala, Antonio Reynaldos, Han Singels, Lex van der Sloot, Hannes Wallrafen y otros

Entrevistas Ina Brouwer, Anna Ensing, Charley Fiedeldij Dop, Suzan Goes, Jan de Kievid, Stefanie Klaassen, Jacqueline Schuiling, Karin Snoep, Talinay Strehl, Mark Weenink

Corrección de textos Ángela Alonso

Coordinación de archivo fotográfico Pablo Eppelin Ugarte

Coordinación retratos Peter Gelauff, Wietske Langedijk

Coordinación de entrevistas y fotografías en Chile Patricia Vera Traslaviña

Corrección de textos en holandés Bas van den Bosch

Equipo de producción de la edición chilena Patricia Vera Traslaviña, Jan de Kievid, Ángela Alonso, Erasmo Parra Vera y Rodrigo Méndez Vera

Equipo de trabajo 'Chile, 40 años' Bincho Alarcón Seguel, Claudio Encina, Pablo Eppelin Ugarte, Peter Gelauff, Juan Heinsohn Huala, Jan de Kievid, Wietske Langedijk, Patricia Vera Traslaviña

Editorial x

Impresión x

ISBN x

Organisatie Latijns-Amerika Activiteiten (OLAA), Amsterdam 2013. MB Bastiaansestraat 32, 1054 SP Amsterdam. www.olaa.nl, e-mail: olaa@olaa.nl

In samenwerking met Noticias. www.noticias.nl, e-mail: info@noticias.nl, tel. 020-6229781

Website van project www.chili40jaar.nl

© **Retratos** Kadir van Lohuizen, Giovanni Gellona, Claudio Pérez

Con respecto a las fotografías, la editorial ha intentado atenerse a las disposiciones legales sobre derechos de autor. Si, no obstante, alguien considerase que no se están respetando sus derechos, puede ponerse en contacto con la editorial.

Textos Licencia Creative Commons: Atribución – No Comercial – Compartir Igual

La edición holandesa de este libro fue posible gracias al apoyo financiero, y de otros modos, de *Art Office van het Centrum voor Beeldende Kunsten Rotterdam* (Centro de Artes Plásticas de Róterdam) *Draagvlak Activiteiten Fonds* (Fondo para Actividades de Apoyo), dependiente de la asociación de ayuda a refugiados *Vluchtelingenwerk Nederland FNV* (Central Holandesa de Sindicatos) *Prins Bernhard Cultuurfonds Noord-Holland* (Fondo de Cultura del Príncipe Bernardo – Holanda Septentrional) *SOMO Amsterdam* (Stichting Onderzoek Multinationale Ondernemingen: Fundación de

Investigación sobre Empresas Transnacionales) *Stichting Democratie en Media* (Fundación Democracia y Medios de Comunicación) *TNI Amsterdam* (Transnational Institute: Instituto Transnacional) *VSB fonds* (Fondo VSB) Noticias *OLAA (Organisatie Latijns Amerika Activiteiten)*: Organización de Actividades Latinoamericanas) *Fundación Diáspora Solidaria Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis* (IISG) (Instituto Internacional de Historia Social) (afiches) Financiamiento colectivo mediante donaciones a través de la plataforma Voordekunst

La edición chilena ha sido posible gracias al apoyo financiero del ministerio de Relaciones Exteriores de Holanda, a través de la Fundación Diáspora Solidaria de Ámsterdam, con la colaboración de la embajada de Holanda en Chile y del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago.



Prefacio / 7

Jan van der Putten / 9
Sobre exiliados y políticos que cumplieron con su deber

Jan de Kievid / 11
Entre Chile y Holanda. Exilio, solidaridad, retorno, permanencia

Las historias / 19

Noemi Baeza / 20
Amigos es lo más importante que me ha dado Holanda

Juan Heinsohn / 24
Mis pinturas reflejan mi vida

Marjon Beltman / 28
Los chilenos nos enseñaron a construir desde la nada

Gabriel Aguilera / 32
Aquí en Holanda pude desarrollar mis pasiones

Patricia Alvarez / 36
No hagas del exilio una interrupción de tu vida

Peter Gelauff / 40
La sociedad de 1973 y la de hoy no podrían ser más contrapuestas

Johan Méndez / 44
La música me ha ayudado a conectar con el país donde me encuentre

Elena Fredes / 48
Nos veían como héroes

Jan Pronk / 52
Chile era un país distinto, esperanzador y único en América Latina

Jorge Kata Núñez / 56
En el verano es una fiesta con todos los pájaros

La solidaridad en imágenes / 60

Bincho Alarcón / 62
La vida siempre te ofrece nuevas posibilidades

Hugo Bascuñán / 66
Aprendí a aceptar a los demás como son

Moniek Reckman / 70
Sin Chile mi vida habría sido totalmente distinta

Arturo Avendaño / 74
Mi casa flotante es mi asidero

Jacqueline Castro / 78
Cantar siempre me ha salvado

Huib Oosterhuis / 82
Sólo con el tiempo me di cuenta de lo profundo de las consecuencias

Patricia Schell / 86
Gracias a mi trabajo con exiliados pude dar sentido a mi propia experiencia personal

Jorge Arrate / 90
¿Qué puedo hacer hoy contra la dictadura?

Victoria Heinsohn / 94
Ser reconocida como latina me entrega un sentimiento de pertenecer a algún sitio

Jan Joost Teunissen / 98
Los jóvenes chilenos luchan de nuevo por sus ideales. ¡Hermoso!

Afiches de la solidaridad / 102

Fabiola Jara / 104 La gente puede dar forma a su propia comunidad de manera creativa	Luis Romero / 150 Cuando decía que era chileno, la gente era muy amable
Roberto (Tim) Espinoza / 108 El baile dirige mi vida	Rosario Railaf / 154 No soy ni de izquierda ni de derecha, soy mapuche
Patricia Vera / 112 Gracias a los Estudios de la Mujer abrí los ojos	Renato Valdés / 158 La solidaridad es un concepto básico en la política y en la medicina
Daniel García / 116 Un salto al realismo, dando pequeños pasos hacia adelante	Boris Vildosola / 162 El trabajo sindical ofrecía la posibilidad de hacer algo de verdad
Wietske Langedijk / 120 Chile forma parte de nuestra vida	Lugardí Acuña / 166 Finalmente el sentimiento familiar le ganó a la ideología
Juan Soto / 124 Hay que ser práctico para enfrentar los problemas	Theo Beusink / 170 Nos preocupaban las consecuencias del exilio
Mónica Pilquil / 128 Seguiré hasta que los asesinos sean castigados	Marijke van Meurs / 174 ¡Si hubieras visto mi agenda no lo creerías!
Rodrigo Fernández / 132 La peor opulencia de Putin y Berlusconi con un toque de Irán	Winanda van Vliet / 178 Mis amigos chilenos son mi segunda familia
Saskia Stuiveling / 136 Desde el primer día había chilenos en mi oficina	Agustín Vicuña / 182 Mi vocación en Holanda: reunir a la gente
Fernando Quilodrán / 140 Soy un obsesionado del tiempo	La solidaridad en imágenes / 186
Murales / 144	Bibliografía, películas y música / 188
Lonneke Lemaire / 146 La solidaridad internacional la llevo en la sangre	Créditos de fotos y entrevistas / 189
	Fechas importantes Chile/Holanda / 190
	Lista de organizaciones / 191

Después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 contra el gobierno de Salvador Allende, cientos de miles de chilenos tuvieron que escapar del país. A Holanda llegaron más de dos mil hombres, mujeres y niños. Sus vidas sufrían un profundo revés. Y el país al que llegaban, si bien los recibió con hospitalidad, no era donde ellos querían estar. ¿Qué fue luego de ellos?

En este libro, exiliados con distintas experiencias a sus espaldas cuentan abiertamente sus historias. Aunque luego sus vidas tomaran rumbos diversos, todos tienen en común haber sido activistas políticos de izquierda. Muchos vivieron episodios de horror. La mayoría tuvo que hacer frente -y algunos aún están en ello- al quiebre de los nexos con Chile; y ver cómo su ideal de una sociedad más justa era aplastado por el terror.

Después de finalizada la dictadura, la mayoría se quedó en Holanda. Algunos mantienen aún estrechos lazos con Chile y en muchos casos, viven entre dos patrias. Otros se han incorporado a una sociedad que para ellos era algo nuevo. Los que regresaron, encontraron un Chile muy diferente al que habían soñado durante la época de Allende.

Las historias de vida aquí recogidas corresponden a cuarenta personas -casi tantas mujeres como hombres- de distintas generaciones. La mitad de los entrevistados son chilenos que se quedaron en Holanda. Una cuarta parte regresó a Chile. El resto de las historias son de holandeses y holandesas del movimiento holandés de solidaridad con Chile. Sus vidas no sufrieron un revés con el golpe de Estado, pero Chile y los chilenos fueron muy importantes para ellos. En esa época -en marcado contraste con los refugiados de hoy- los chilenos no solo fueron recibidos con calidez, sino que, para su sorpresa, se encontraron con un amplio movimiento de solidaridad que no imaginaron. Y aquel movimiento holandés a su vez se

inspiró y fortaleció con la presencia de los exiliados chilenos.

Este esfuerzo editorial es una iniciativa de un equipo de exiliados chilenos que residen en Holanda, y de activistas holandeses del antiguo movimiento de solidaridad. Mucha gente ha colaborado para hacerlo posible, pero sin la aporte esencial de los entrevistados nunca se habría podido. Queremos dar las gracias sobre todo a estas personas, dispuestas a contar sus historias, muchas veces con episodios traumáticos y dolorosos. A más de cuarenta años del golpe, algunos abordan por primera vez temas que no pudieron tratar durante mucho tiempo. En conjunto relatan la historia de una pequeña pero muy activa y especial comunidad de exiliados en Holanda. Y ofrecen luz sobre lo confusa y contradictoria que es la existencia de los exiliados, aunque sean recibidos con los brazos abiertos.

Gracias al trabajo de muchos, y a algunas donaciones, la edición holandesa de este libro pudo estar lista en torno al 11 de septiembre de 2013, en un gran encuentro que tuvo lugar en Ámsterdam. Y nos alegra mucho que, gracias a un subsidio del ministerio de Relaciones Exteriores de Holanda, también estas cuarenta historias aparezcan ahora en esta edición en castellano, a disposición del lector chileno.

Equipo de trabajo Proyecto Chile 40 años

Sobre exiliados y políticos que cumplieron con su deber

Jan van der Putten

No se es refugiado por placer. Las personas que son perseguidas, encarceladas y -con frecuencia también- maltratadas físicamente, esperan comprensión y un trato decente en el país al que han escapado. Lo último que esperan es más humillación. Y sin embargo, hoy en día ese es el trato más usual que se les ofrece, también en Holanda. Algo que sucede casi siempre a nombre de la lucha contra estafadores o terroristas, o apelando a la propia crisis económica. Yo me temo que los verdaderos motivos tienen más bien que ver con burocracia, provincialismo y directamente con xenofobia. Los chilenos que toman la palabra en este libro, y los holandeses que se comprometieron con ellos, nos evocan recuerdos de mejores tiempos para los refugiados.

El espíritu solidario de entonces había dado origen a un gobierno consecuente con ese espíritu. El primer ministro de la época, Den Uyl, y el ministro de Cooperación para el Desarrollo, Pronk, eran parte de la oposición cuando los conocí en Santiago en 1972, durante la III UNCTAD (la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo). En mi casa de Santiago manteníamos largas discusiones sobre la mejor manera de vencer el subdesarrollo. A fines de septiembre de 1973 volví a ver a Den Uyl en Holanda. Yo había llegado a Ámsterdam unas horas antes, con el primer avión de KLM que había volado a Santiago después del golpe de Estado. Fui uno de los primeros holandeses 'chilenos' que pudieron escapar a través de la embajada. A la mañana siguiente a mi llegada -dormí en la casa de mis padres- tenía a Den Uyl esperando frente a la puerta. El primer ministro venía a informarse sobre la nueva situación en Chile.

No es que después del golpe me hubiera ido corriendo directamente a la embajada. Traté de informar de la tragedia chilena mientras pude. Pero era cada vez más difícil. Las balas nos corrieron de nuestro departamento, algunos amigos fueron detenidos, Koos Koster y nuestros compañeros de

departamento anteriores fueron llevados al Estadio Nacional, yo aparecía en una lista negra que hizo la junta militar de periodistas ‘non gratos’. El consejero de la embajada, Hoytink, me dijo que mejor nos fuéramos a la embajada, si le teníamos aprecio a nuestra vida. Y nos fuimos con la cola entre las piernas. Hoytink hablaba de ajusticiamientos a diario, y comparaba la situación con el terror nazi. Él se la jugó enormemente durante las primeras semanas posteriores al golpe. El hecho de que los holandeses detenidos en el Estadio Nacional hubieran sido liberados con relativa rapidez, fue sobre todo gracias a él. Y como no era un legalista, también puso a salvo al comprometido sacerdote Gerardo ‘Santiago’ Thijssen, quien poco antes adoptara la nacionalidad chilena.

Pasamos una semana impotentes en la residencia del embajador Goedhart, quien no estaba en Chile durante el golpe de estado y demoraba en regresar. Después de dar una vuelta en auto por el centro de Santiago, concluyó que los militares lo habían hecho estupendamente. Que Goedhart no era amigo ni de Allende ni de Den Uyl, yo ya lo sabía. Era una época en que las representaciones diplomáticas a menudo eran un tipo de oficio hereditario.

En ese gremio los apellidos dobles estaban sobrerrepresentados, y las opiniones progresistas eran escasas. Por suerte estaba Hoytink. Y por suerte estaba el ministro Van der Stoel, de Relaciones Exteriores, que dio a la embajada claras instrucciones para una generosa política de asilo. Muchos de los exiliados que cuentan sus historias en este libro deben su seguridad a personas como Den Uyl y Van der Stoel, políticos que cumplieron con su deber humano, y que no eran ni provincianos ni xenófobos.

Jan van der Putten vivió en Chile de 1971 a 1973 como corresponsal en América Latina del diario holandés NRC Handelsblad.

Entre Chile y Holanda

Exilio, solidaridad, retorno, permanencia

Jan de Kievit

Veinte mil personas salieron el 15 de septiembre de 1973 a las calles de Ámsterdam, capital de Holanda. Mostraban su indignación por el golpe de Estado perpetrado en Chile cuatro días antes contra el presidente de izquierda Salvador Allende. El ministro holandés de Cooperación para el Desarrollo, Jan Pronk, se dirige a los manifestantes con estas palabras: “Durante tres años Chile ha sido el país de la esperanza. Lo que Allende inició no podrá desaparecer tan fácilmente”.

Todavía no había presencia de chilenos en Ámsterdam. Aquel fatídico 11 de septiembre, en que los militares se hacen con el poder bajo el mando del

general Pinochet, trastoca totalmente la vida de los partidarios de Allende. Al menos unas cincuenta mil personas son detenidas durante los primeros meses; veinte mil de ellas son torturadas. Los militares asesinan o hacen “desaparecer” en ese corto periodo de tiempo a más de dos mil personas. Esos días quedaron grabados en la memoria de las personas que lo vivieron: qué sucedió, a qué hora y dónde; quiénes estaban, quién golpeó la puerta; el miedo, las detenciones, los asesinatos, la inseguridad. La gente quemaba papeles, buscaba dónde esconderse, e intentaba oponer resistencia en vano.

Vino tinto y empanadas

Lo que tres años atrás había comenzado como una fiesta, terminaba en un drama. En septiembre de 1970, el socialista Allende había ganado las elecciones presidenciales como candidato de la Unidad Popular (UP). Esta era una coalición formada por el Partido Socialista (PS), el Partido Comunista (PC) –ambos, partidos grandes– y –más pequeños– el Partido Radical (PR), MAPU e Izquierda Cristiana (IC). El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) apoyaba críticamente a Allende, pero no formó parte de la coalición.

Elecciones, 1970



El sueño de Allende

“Aquí estoy para incitarles a la hazaña de reconstruir la nación chilena tal como la soñamos. Un Chile en que todos los niños empiecen su vida en igualdad de condiciones, por la atención médica que reciben, por la educación que se les suministra, por lo que comen. Un Chile en que la capacidad creadora de cada hombre y cada mujer encuentre cómo florecer, no en contra de los demás, sino en favor de una vida mejor para todos”.

Presidente Allende ante el Congreso Nacional, 21 de mayo de 1971

Lo que Allende quería era “una vía al socialismo en democracia, pluralismo y libertad”, que se correspondía con la –según conceptos latinoamericanos– fuerte tradición democrática del país. Allende tenía en mente un socialismo chileno, ‘con vino tinto y empanadas’.

Durante la campaña electoral, el conjunto musical Inti-Illimani cantaba: “Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente, será el pueblo quien construya un Chile bien diferente”. Allende y sus seguidores se pusieron a trabajar activamente y con entusiasmo. Los niños recibían diariamente medio litro de leche; se construyeron más viviendas sociales. La reforma agraria comenzada anteriormente, y que entregaba tierra a los pequeños campesinos y trabajadores del campo, fue continuada con mayor intensidad. Allende pasó a manos del Estado los grandes bancos e industrias. Con el apoyo de todo el Congreso nacionalizó las minas de cobre, que estaban en manos de empresas norteamericanas.

Se produjo un enorme florecimiento de la creatividad cultural. Jóvenes y estudiantes partían al campo a trabajar en campañas de alfabetización. Para muchos fue una época alegre, idealista y apasionante. Colaboraban en la ocupación de tierras, que brindaba a los habitantes pobres de las ciudades la oportunidad de contar con una vivienda,

y con un terreno a los trabajadores del campo. Cuando a finales de 1972 las empresas de transporte sabotearon la distribución de alimentos, miles de personas asumieron de propia iniciativa esta actividad. Mucha gente tenía la sensación de estar construyendo una sociedad más justa, haciendo historia.

Golpe de Estado

Sin embargo, los grandes terratenientes y empresarios, además de Estados Unidos, se sintieron amenazados en sus intereses y trataron de boicotear a Allende, dentro del país y también internacionalmente. En un clima político cada vez más polarizado, la oposición logró movilizar a grandes sectores de la clase media contra Allende, con el apoyo de los medios de comunicación, que eran fundamentalmente de derecha. Dentro de la Unidad Popular surgieron desacuerdos sobre la estrategia a seguir: o cambios radicales rápidos, o bien compromisos con el partido de centro más grande, la Democracia Cristiana. Por esto el gobierno de Allende no pudo actuar con mayor fuerza.

Finalmente los militares, presionados por la oposición política y económica, y apoyados por la CIA, dieron un golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973. Cuando bombardearon el Palacio de la Moneda, y la situación se tornó imposible, Allende puso fin a su vida.

La solidaridad holandesa

El grupo activista Sjaloom informaba ampliamente y con entusiasmo sobre el experimento chileno, y en 1972 lanzó la campaña ‘No le deseen a Allende miserias’ (‘Gun Allende geen ellende’). Durante las reuniones informativas de la UNCTAD, en los círculos eclesiásticos progresistas se hablaba de Chile. A fines de 1972 se fundó en Ámsterdam un comité por Chile que sería más tarde el Comité Holandés de Solidaridad con Chile (Chili Komite Nederland, CKN). La Fundación Evert Vermeer, ligada al Partido del Trabajo, también organizó, para el 1 de mayo de 1973, una campaña por Chile que comprendió 140 encuentros locales.

Después del golpe de Estado el movimiento de solidaridad se enfocó en la denuncia de la dictadura y en el apoyo a la oposición. Durante las concentraciones nacionales del 11 de septiembre en Ámsterdam participaban en promedio unas 6.400 personas, llegando a sus puntos cúlmine en 1973 y 1974 (veinte mil personas), 1983 (ocho mil) y 1988 (siete mil). En 51 municipios holandeses existió, ya sea por largos o por cortos períodos de tiempo, un comité local por Chile. En promedio se organizaban unas 21 manifestaciones locales cada 11 de septiembre. También el movimiento sindical, organizaciones eclesiásticas y otras, expresaban su solidaridad. El Movimiento Holandés de Solidaridad con Chile (CBN, por sus siglas en holandés) hacía las veces de paraguas de las organizaciones holandesas y los partidos chilenos en Holanda.

Los acontecimientos en Chile eran seguidos con interés en todos los rincones del mundo, a menudo con gran simpatía por la vía democrática al socialismo de Allende. Políticos y periodistas holandeses habían conocido el Chile de Allende durante la conferencia de la UNCTAD, celebrada en Santiago en 1972, sobre la instauración de un comercio mundial más justo para los países en desarrollo. Surgieron diversas iniciativas para apoyar a Allende y denunciar las campañas que Estados Unidos y las empresas multinacionales desarrollaban en contra de su gobierno.

A través de embajada y cárceles

Después del golpe de Estado, los chilenos de izquierda escaparon en masa de su país. A principios de los años ochenta, un cuarto de millón (de los once millones de chilenos) residía en el extranjero por razones políticas. Más de dos mil llegaron a Holanda.

Inmediatamente después del 11 de septiembre, unos cincuenta chilenos buscaron refugio en la embajada de Holanda en Santiago, pero el embajador no les ofreció mucha ayuda. El ministro de Relaciones Exteriores, Max van der Stoel, tuvo que recordarle que “el terror [que vive Chile] nos recuerda la época de la ocupación nazi en Holanda, y ello justifica que otorguemos acogida temporal a otras víctimas de



15 de septiembre de 1973, Ámsterdam



Detenidos en un allanamiento, en un estadio, 1984

persecución política, aun si estas víctimas no son holandesas". A fines de octubre de 1973 llegaron a Holanda los primeros siete chilenos refugiados por vía de embajada.

Después de la llegada de estos chilenos, a menudo con alta formación académica, comenzaron a llegar también, hasta 1979, chilenos de baja escolaridad, que habían estado en cárceles y campos de concentración, y que en su mayoría habían sido torturados. Su condena había sido conmutada por extrañamiento en los casos en que algún país estuviera dispuesto a acogerlos. Los 1.070 chilenos invitados por el gobierno holandés recibieron automáticamente el estatus de refugiados. Fue más difícil para los casi mil chilenos que llegaron a Holanda de forma individual durante los años setenta y ochenta. Estos tuvieron que pasar por un procedimiento mucho más estricto. No obstante, la

incertidumbre no duraba largos años como hoy, con procesos interminables, y donde incluso se recurre a la reclusión.

Gobierno de izquierda

La llegada de los chilenos coincidió con el gobierno más izquierdista de la historia de Holanda, bajo la dirección del primer ministro Joop den Uyl (1973-1977). Este líder del Partido del Trabajo (PvdA, socialdemócrata) había asistido en 1972 a la conferencia de la UNCTAD, donde habló personalmente con Allende. El ministro Pronk visitó Chile en 1971 y en 1972, también para asistir a la UNCTAD. Él fue uno de los fundadores del Comité Holandés de Solidaridad con Chile, a fines de 1972, mientras que Van der Stoel ya se había hecho con una reputación como defensor de los derechos humanos con sus denuncias contra el régimen de los coroneles en Grecia. El gobierno convirtió a Chile en la piedra de toque de su política de derechos humanos. El día siguiente al golpe de Estado, Pronk retiró la ayuda para el desarrollo a Chile; si bien durante la dictadura, a través de organizaciones privadas para el desarrollo, el gobierno holandés ayudó indirectamente a organizaciones chilenas de derechos humanos y otras organizaciones sociales de la oposición. Este tipo de apoyo justamente fue incrementado. Holanda aplicó una política bastante crítica y consecuente con respecto a la dictadura.

Compromiso

No obstante, incluso el gobierno de Den Uyl fue presionado regularmente por la sociedad civil, que pedía un aislamiento internacional de la dictadura y la acogida de más exiliados. El movimiento de solidaridad tuvo un importante papel a este respecto. Fue justamente el entusiasmo y la simpatía que Allende había producido lo que hacía que la indignación por el golpe de Estado fuera tan grande. De ahí que el movimiento de solidaridad creciera tan rápido después del 11 de septiembre. Entre 1976 y 1981, este movimiento desarrolló importantes campañas de boicot.

Para los exiliados fue una sorpresa que en un país lejano, del cual poco conocían, existiese tal compromiso con su lucha. Los exiliados y el movimiento de solidaridad se podían apoyar e inspirar mutuamente. Esta era una situación única. En Holanda se han desarrollado otros movimientos de solidaridad, como el movimiento contra la actuación del gobierno de Estados Unidos en Vietnam, la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, y el de apoyo a los sandinistas en Nicaragua, pero sólo en la solidaridad con Chile los exiliados jugaron un papel tan importante.

Visibles

Para la marcha del 15 de septiembre de 1973 no había chilenos todavía en Ámsterdam, pero en las

manifestaciones y actividades posteriores estuvieron cada vez más claramente presentes. A veces una familia chilena era el núcleo en torno al cual se organizaba en alguna localidad un comité por Chile. Para ser un grupo de migrantes de tan sólo dos mil personas, en un total de catorce millones de habitantes, los chilenos eran sorprendentemente visibles en la sociedad holandesa, a través de sus manifestaciones políticas, murales, conjuntos musicales y empanadas. Además de sus partidos políticos, fundaban sus propias organizaciones, a veces con holandeses, como fue el caso del Centro Salvador Allende en Róterdam.

El movimiento de solidaridad holandés mostraba una gran amplitud política, pues a diferencia de muchos otros países, la socialdemocracia participó de principio a fin. Ese compromiso quedó reflejado en el discurso que Den Uyl dio en la marcha nacional del 11 de septiembre de 1975. Además, el Comité Holandés de Solidaridad con Chile después de algún tiempo fue reconocido por casi todos los participantes en el movimiento como el comité nacional; al contrario que en muchos otros países, donde la solidaridad estaba mucho más dispersa política y organizativamente.

La solidaridad exigía colaboración. A veces las diferencias políticas entre chilenos y/o holandeses lo hacían difícil, pero los ideales e intereses comunes impedían que el movimiento se desarmara. Todas las organizaciones participaban siempre en la marcha nacional del 11 de septiembre.

'Dos años más'

Un rápido reconocimiento como exiliado, una buena acogida en términos materiales, un amplio movimiento de solidaridad y un gobierno amistoso no resolvían los problemas específicos de los exiliados. Para muchos chilenos el exilio era como estar casi muerto, un total desarraigo. De repente se encontraban en un país donde no querían estar. Muchos sufrían traumas por la prisión y la tortura, y aunque en

Protestas, 1986



Violaciones a los Derechos Humanos por la dictadura

Muertos 'reconocidos': 3.216 (entre los cuales un tercio 'desaparecidos'), de los cuales 57 por ciento durante los meses de septiembre a diciembre de 1973. Presos políticos 'reconocidos' (casi todos torturados): 28.456, dos tercios entre septiembre y diciembre de 1973. Estos son sólo presos recluidos por largo tiempo, sin contar los aproximadamente trescientos mil arrestados por cortos períodos durante los allanamientos y manifestaciones. Existen más víctimas que las 'reconocidas', sobre todo en el campo.

De los 3.216 muertos y desaparecidos, 1.275 eran militantes de partidos políticos. Los grupos de militantes socialistas, comunistas y del MIR constituían, cada uno, casi un tercio de los militantes asesinados.

Se han presentado demandas judiciales por unos 1.300 casos de asesinatos y desapariciones, de las cuales sólo un pequeño porcentaje ha resultado en condenas efectivas. En el año 2012, sólo 62 de los condenados cumplían condena, casi todos en una cárcel militar de lujo. Entre ellos se encuentra Manuel Contreras, director del servicio secreto (DINA). Todavía no se ha condenado a casi nadie por torturas a sobrevivientes.

Holanda se encontraban seguros, sus familiares y amigos en Chile todavía corrían peligro. Los sueños futuros, políticos y personales, se derrumbaron. Muchos exiliados pensaban que la dictadura caería en dos años máximo, pero esos dos años se iban aplazando cada vez más; y al mismo tiempo tenían que intentar hacer algo en Holanda.

El exilio significaba vivir en una permanente ambivalencia, que se hacía más llevadera con humor, música, vino, compañerismo e ideales comunes. Las parejas tuvieron que acostumbrarse de nuevo a estar juntos, con un marido traumatizado por la cárcel y la tortura, y una esposa que se había hecho más independiente. La mayoría de los matrimonios se rompieron en Holanda.

Protestas

Las noticias que llegaban de Chile fueron por mucho tiempo poco esperanzadoras. El régimen de terror de Pinochet se había consolidado. Los llamados Chicago Boys, economistas de la escuela de Milton Friedman en Chicago, habían impuesto con violencia un modelo de sociedad neoliberal extremo. La gente estaba obligada a competir individualmente, de manera que la acción colectiva y la solidaridad se hacían imposibles.

La oposición de izquierda, perseguida sin tregua, no podía ejercer una fuerte

resistencia. Esto cambió cuando el modelo económico se derrumbó y los chilenos, en 1983, por primera vez en diez años salieron en masa a la calle a protestar contra la dictadura. Las organizaciones sociales se fortalecieron, la prensa de oposición ganó espacio, y los partidos políticos que estaban prohibidos actuaron más abiertamente.

La esperanza en Chile se traspasó a Holanda, donde hizo revivir al movimiento de solidaridad, algo decaído para entonces. Por primera vez algunos chilenos pudieron volver legalmente a su país a vivir, trabajar y participar en la lucha: en 1983 y 1984 partieron de Holanda unos ochenta chilenos. Más personas hubiesen querido retornar también, pero estaban aún en la lista negra de chilenos que no podían entrar a su propio país.

Pinochet no pudo vencer a la oposición, pero esta tampoco era suficientemente fuerte como para derrocar a la dictadura. Es por esto que el fin de la dictadura se dio paulatinamente y a través de sus propias reglas: un referéndum en 1988 sobre la permanencia de Pinochet como presidente. Pinochet mismo lo había incluido en la Constitución cuando aún era todopoderoso, pero entretanto ya no era ese el caso. Además, en los países vecinos ya se había restablecido la democracia.

NO contra Pinochet

A principios de septiembre de 1988 casi todos los exiliados podían regresar a Chile. Un mes más tarde, el 5 de octubre de 1988, un 55 por ciento de los electores dijo NO contra Pinochet. Holanda también celebró, y ese día la municipalidad de Ámsterdam, yendo contra las reglas, izó la bandera. Posteriormente, a fines de 1989, se celebraron las elecciones presidenciales, y en marzo de 1990 ascendió a la presidencia el demócrata-cristiano Patricio Aylwin, en representación de la Concertación por la Democracia, una coalición de demócrata-cristianos, socialistas y partidos aliados. La izquierda lo aceptó con dificultad, ya que Aylwin se había opuesto firmemente a Allende en 1973 y había aprobado el golpe de Estado. Holanda reanudó por un tiempo la ayuda oficial al desarrollo, mientras que, por el contrario, las organizaciones no gubernamentales para el desarrollo holandesas redujeron su ayuda a las organizaciones sociales de Chile.

En la nueva democracia, militares, empresarios y partidos de derecha tenían mucho más poder que en la 'vieja' democracia de antes de 1973. Ha sucedido con frecuencia que una dictadura no ha sido derrocada realmente, sino que ha cambiado 'desde dentro', siguiendo las reglas de la propia dictadura. Pero en otros

países los mayores responsables de la represión habían muerto, estaban exiliados, jubilados, o a veces habían sido condenados. Pinochet, sin embargo, siguió siendo comandante del ejército hasta 1998 (tenía 82 años). El presidente elegido no podía despedir a los comandantes, y así Pinochet pudo seguir amenazando y sembrando temor por muchos años. Además, los militares podían nombrar a cuatro senadores con derecho a voto. Sólo después de años de un tira y afloja político, en 2005 se retiraron estos artículos de la Constitución.

¿Retornar o no?

El fin de la dictadura actualizó el tema del retorno. Los exiliados podían de nuevo regresar de manera legal y segura a su país. Sin embargo, a pesar de que casi todos en Holanda tenían inicialmente ese plan, sólo alrededor de un tercio lo hizo efectivo. Después de unos quince años, muchos chilenos habían construido lazos estrechos con Holanda debido al trabajo y a los contactos, y muchas veces los niños tampoco querían mudarse a un país que para ellos era desconocido. Las escasas perspectivas de futuro en Chile, o la sensación de que no serían bienvenidos, también hacían difícil el retorno. En suma, estaban en juego muchos sentimientos ambivalentes y dilemas difíciles de resolver.



Quienes volvieron a Chile se encontraron con una sociedad profundamente cambiada, que era evaluada de forma muy diversa tanto dentro como fuera de Chile. En 2015, después de veinte años de gobiernos de la Concertación para la Democracia (compuesta por el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Socialista y partidos aliados), cuatro años de un gobierno de derecha, y nuevamente con Michelle Bachelet a la cabeza de un gobierno de coalición

amplia de centro-izquierda (Nueva Mayoría), las opiniones todavía son muy diversas.

Según algunos, Chile es un caso exitoso. Debido al rápido crecimiento económico, el país es reconocido internacionalmente, y la pobreza ha disminuido notablemente. El paso a la democracia ha sido paulatino y sin violencia, y el sistema político es estable. En esta concepción, la

11 de septiembre de 1983
Amsterdam.
'Retornaremos'

modernización económica y política de Chile es un modelo a seguir para todo el continente.

Otros ponen énfasis en que el crecimiento económico no ha conducido a una disminución de la extrema desigualdad social. Domina un individualismo enfocado en el dinero, con poca solidaridad colectiva. Con algunas correcciones sociales, se ha mantenido el modelo neoliberal de la dictadura, donde las riquezas del país son vendidas a empresas extranjeras. La democracia es poco participativa; el pueblo mapuche, habitantes originarios del país, es todavía discriminado. Aunque algunos grandes criminales han sido condenados, la mayoría de los asesinos y torturadores de la dictadura caminan libres por las calles.

Contradicciones

Chile es un país de contradicciones. Recién en el año 2004 se legalizó el divorcio, mientras que el aborto todavía está prohibido en cualquier circunstancia. Pero también los chilenos eligieron en enero de 2006, y por primera vez en América Latina, a una mujer -que no era familiar de algún político importante- como presidenta: Michelle Bachelet, separada y con hijos, agnóstica y socialista. En diciembre de 2013 venció nuevamente en las elecciones presidenciales.

Para los chilenos que se quedaron en Holanda era más importante ahora su vida personal y su trabajo. Su compromiso político disminuyó con respecto al período de la dictadura. Algunos todavía mantienen estrechos contactos con otros chilenos; otros apenas. Muchos se sienten mitad chilenos mitad holandeses, también las generaciones jóvenes. Y surgen hoy nuevas iniciativas conjuntas, como la celebración anual de las fiestas patrias el 18 de septiembre.

Con el arresto de Pinochet en Londres en 1998 el fuego político se volvió a encender entre los chilenos. Viejos camaradas volvieron a encontrarse, se organizaron manifestaciones y un viaje en bus a Londres. Hoy por hoy los chilenos son difíciles de identificar como grupo aparte en la sociedad holandesa, en la que se han ido ubicando de diversas maneras. Ahora pertenecen a un país que -a diferencia de cómo hoy trata a los exiliados- les dio la bienvenida con los brazos abiertos.

Jan de Kievit fue Coordinador del Comité Holandés de Solidaridad con Chile de 1984 a 1990.

Las historias

Amigos es lo más importante que me ha dado Holanda

Noemí Baeza Henríquez

(Santiago 1947)

vivió en Holanda de 1974 a 1984, donde entabló muchas amistades. Actualmente hace programas de radio con niños y todavía es una luchadora.

Cuando recibí mi primer salario como profesora estaba súper orgullosa. Por fin podría salir de la pobreza. Mi padre, que también era educador, murió cuando yo tenía once años, y desde entonces mi madre tuvo magros ingresos, que conseguía cosiendo. Durante mis estudios ingresé, en 1967, a las Juventudes Comunistas, y durante los meses de verano colaboraba en las campañas de alfabetización para campesinos.

Después de unos años de dar clases, de reuniones y activismo, trabajé en la Universidad Técnica del Estado (UTE), en Santiago, en difusión cultural. Junto a Víctor Jara y Charo Cofré hacía programas de radio con niños de barrios marginales. Un trabajo maravilloso ¡fue una época preciosa! También le di espacio al amor por primera vez, con Octavio, un cineasta.

El 11 de septiembre de 1973 Víctor Jara iba a cantar en la UTE, donde Allende iba a inaugurar una exposición contra el fascismo. Allí vi a Víctor con su preciosa sonrisa por última vez. El golpe de Estado había comenzado y nos quedamos en la UTE. Escuchamos disparos toda la noche. Los militares nos allanaron y nos llevaron al Estadio Chile en Santiago. Después de unos días y noches de terror fui puesta en libertad con otras mujeres. Víctor fue

asesinado allí.

Durante un allanamiento posterior temí que de nuevo los militares me fueran a arrestar, y salté un muro y me quebré un pie. Octavio, que también había sido puesto en libertad después de unos días en el estadio, ya se encontraba en la embajada de Holanda. Me llamaron desde allí y me dijeron: “¿Es usted la señora de Octavio?” “Sí” (aunque no estábamos casados). “Le otorgamos un pasaje por reunificación familiar”.

En febrero de 1974 partí con un pie enyesado. Una azafata de KLM me preguntó: “¿Qué te pasó en la pierna? ¿De dónde eres?” “Chile”. Ella respondió: “¡El país del fascista Pinochet!” Yo me asusté: “Ssshh, sshh”. Ella: “Holanda es un país libre; estarás segura”. La azafata, Hetty, que hasta ahora sigue siendo una buena amiga, me dijo también: “En Holanda tienes que concertar una cita cuando quieres visitar a alguien, pero a mí me puedes visitar cuando quieras”.

En junio me casé con Octavio. Él, como cineasta, pudo entrar a trabajar en el VARA (un canal de tv y radio holandés), y yo trabajaría con niños en la radio escolar. Lamentablemente no entendía a todos esos niños hablando tan rápido



en holandés. Me desesperaba el idioma, aunque a veces era divertido. Una vez por ejemplo en una verdulería pedí “medio kilo de obreros”. Cuando la vendedora me miró con extrañeza, le indiqué las frutillas: “¡Esos obreros rojos!” [Obreros=arbeiders, y frutillas=aardbeien, son palabras muy parecidas en holandés].

Encontré un trabajo administrativo en el Servicio Social, en Ámsterdam, en el nuevo departamento para exiliados políticos, que sobre todo eran chilenos. Cuando terminé mis estudios en la Academia Social de Ámsterdam seguí trabajando allí como trabajadora social.

Entablé muchas amistades con holandeses solidarios, con muchos de los cuales tengo contacto todavía, después de treinta años. Estos amigos fueron para mi una manera de sobrevivir, un refugio seguro. Mis amistades con holandeses son más abiertas y más profundas que con los chilenos.

Cuando recién llegamos a vivir a Eemnes, llamó a la puerta un anciano con un ramo de rosas rojas en sus manos, que murmuraba algo sobre Allende. Se llamaba Wim van Exter, había estado en la resistencia contra Hitler, y había guardado periódicos sobre Allende. Wim y su esposa Ressie fueron mis ‘padres’ holandeses, y su hijo Willy, mi hermano. A ellos los podía visitar siempre sin avisar.

En 1979 me separé de Octavio, no sólo porque me fue infiel, sino porque además no podíamos hablar sobre sentimientos. También estábamos muy ocupados con el trabajo, los estudios y las actividades de solidaridad, y para él lo más importante eran la política y el trabajo, por lo cual nos fuimos distanciando. En Holanda

había aprendido mucho sobre feminismo e igualdad, y por mi trabajo me había independizado económicamente, por lo cual pude separarme, algo que en Chile habría sido mucho más difícil.

Siempre tuve la idea de que Holanda era un país prestado; y lo que te prestan tienes que devolverlo. Cuando comenzaron las grandes protestas en Chile, en 1983, quise estar presente y también ‘tirar una piedra’. Por eso es que regresé definitivamente en 1984.

En Santiago trabajé con niños retornados en la PIDEE (Fundación para la Protección de la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia). Muchos niños habían regresado a Chile con sus padres contra su voluntad. Después de un tiempo de hablar con ellos, de enseñarles a expresar y dibujar sus experiencias en el exilio y en Chile, por lo general se sentían bastante mejor. Pero después muchos padres entraban en crisis, se sentían inseguros y asustados. Dejaron de hablar con alegría de la Cordillera y de las empanadas; se ocupaban de temas como los problemas de dinero y lo poco confiables que eran muchos chilenos ahora.

Junto a mi trabajo en la PIDEE, trabajé como voluntaria con familiares de desaparecidos, y en el Partido Comunista. Participaba en las protestas, pero al principio estaba muerta de miedo; así es que hacía lo que otros hacían: gritar, correr, parar y escapar del zorrillo y los gases lacrimógenos.

Cuando 1991 se terminó mi trabajo en la PIDEE, volví a hacer programas de radio con niños de barrios marginales. Eso lo hago todavía; les enseño a hacer su propio relato, a entrevistarse entre ellos y a dar



su propia opinión. Estos niños adquieren mayor confianza en sí mismos al ver que sus voces llegan a la radio.

Durante diez años tuve una relación LAT (*Living Apart Together*: vivir aparte juntos) con un holandés, Piotr. Cuando nos encontrábamos de vez en cuando en Chile o en Holanda, era como el paraíso, un tipo de bálsamo. Pero él no quiso venirse definitivamente a Chile y yo no quise volver a Holanda. Podíamos conversar muy bien, y en 1996 terminamos nuestra relación de buena manera. Una relación similar con un hombre chileno habría sido prácticamente imposible. En Holanda había aprendido a ser independiente; y con la mayoría de los hombres chilenos no se puede hablar de sentimientos. Pero entonces conocí a Roberto, un viudo que era justamente lo contrario. En 2001 nos casamos, y ahora he acogido en mi corazón a sus hijos y nietos como si fueran míos.

Entretanto regresé a Holanda unas ocho veces, a veces invitada por mis ‘padres’ holandeses, o por Piotr, por amigos u organizaciones. Lo más importante que me ha dado Holanda son esos amigos y su extraordinaria solidaridad. He ampliado mi mirada y tengo otra visión de las relaciones y del rol de las mujeres.

El Chile de hoy no es como me lo había imaginado. Es un país con injusticia social, donde la mayoría de los culpables de asesinatos, desapariciones y torturas todavía se pasean libres. Ya no milito en el partido, porque es demasiado disciplinado para mí, pero no he abandonado la causa. Por mientras, y gracias al apoyo de las Mujeres Holandesas por Chile y la acción del 1 de mayo de VARA, continúo con la radio infantil. Seguiré luchando por una sociedad mejor mientras pueda.

Fiesta de despedida de Noemí en Ámsterdam, a su regreso a Chile en 1984

En manifestación del CPN junto a su ‘madre’ holandesa y su propia madre (centro), 1980

En la huelga de mujeres, 1980

‘Holanda es un país libre; estarás segura’

Pedí ‘medio kilo de obreros rojos’

Mis pinturas reflejan mi vida

Juan Heinsohn Huala (La Unión 1958) llegó a Holanda en 1979. Aquí pintaba murales con mensaje político, siguiendo la tradición chilena del mural. De esa manera daba continuidad al compromiso con su patria y daba forma a su deseo de compartir la riqueza cultural.

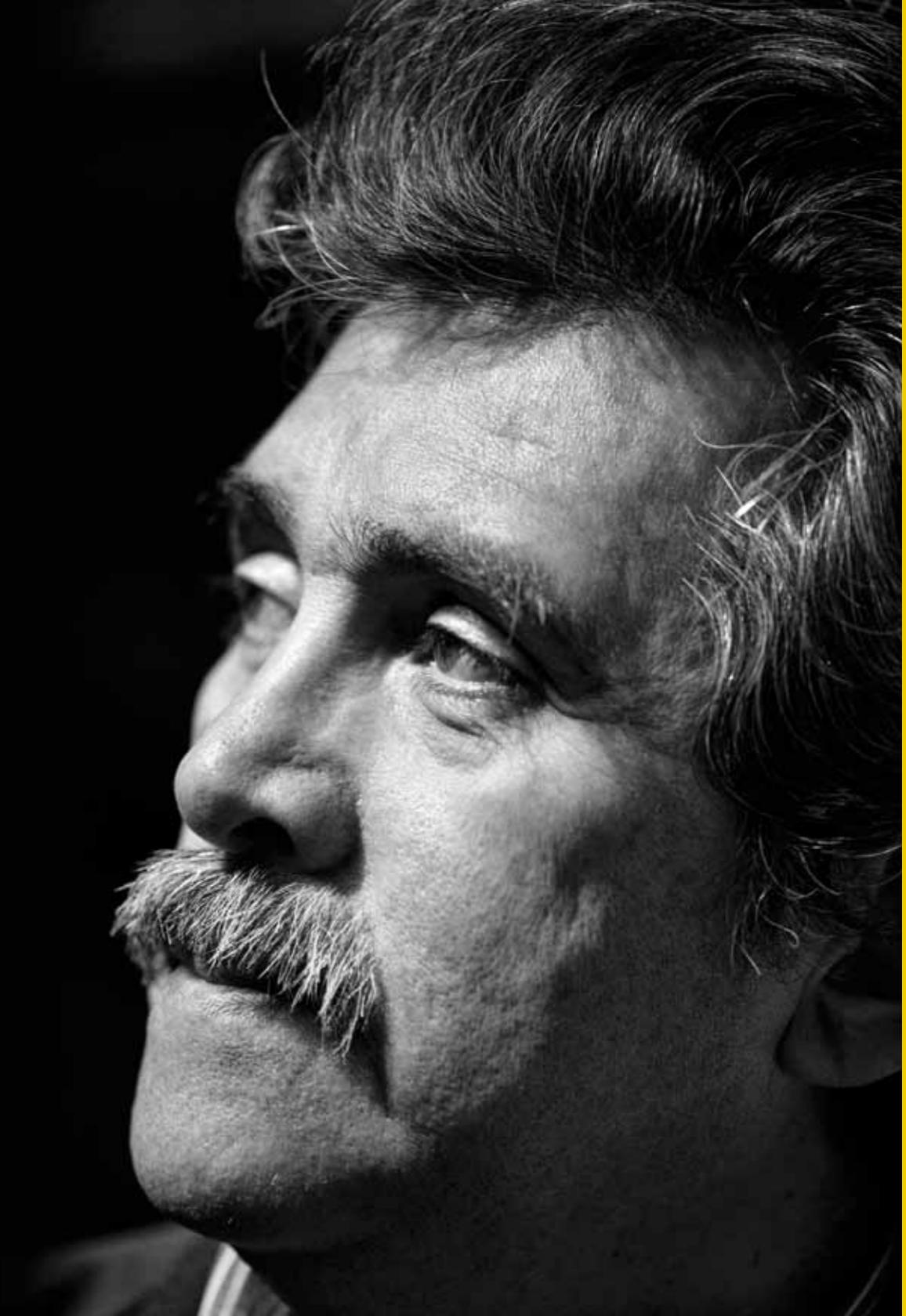
La cultura es un medio de unión, sobre todo cuando uno vive en dos mundos, como yo. Antes de huir de Chile, y llegar a Holanda a través de Argentina en 1979, siempre estaba ocupado con el arte. En el colegio dibujaba, pintaba y también exponía. Sin embargo, bajo Pinochet no estaba garantizado que la gente pudiera expresarse libremente a través del arte. Los militares intentaban imponer a los estudiantes la cultura que según ellos era la chilena, a través de danzas folclóricas y marchas militares. Rechazaba eso, porque mi padre estaba detenido. En cierto sentido estaba orgulloso de que fuera un preso político.

Como adolescente, vivía la dictadura muy intensamente. Mi familia era allendista, y vivíamos en La Unión, en el sur de Chile. Dos días después del golpe de Estado la policía se llevó a mi padre y a un hermano mayor. En Chile el hombre es el que mantiene a la familia, y cuando falta no hay dinero. Nos las arreglamos porque mi madre pasó a ocupar ese papel, junto con un hermano mayor, que trabajaba en una tienda donde mi padre era gerente.

La familia podía visitar todas las semanas a mi padre en la cárcel. Dentro y fuera del partido él era una figura central que

ayudaba a los trabajadores a negociar en los conflictos y en asuntos como convenios colectivos y a redactar cartas. Eso daba reconocimiento. También en la cárcel lo respetaban. Cuando quedó en libertad, después de tres años y medio, huyó a Argentina, y Naciones Unidas le dio el estatus de refugiado político. Nosotros le seguimos: mi madre, tres hermanos y mi hermana. Estuvimos en un centro de acogida para refugiados, lleno de chilenos, peruanos, bolivianos y uruguayos. Yo tenía veinte años, quería hacer cosas, y pude seguir un curso de arte. Pero allá tampoco tenía libertad artística, porque en Argentina también había una dictadura militar.

La casualidad nos lleva a Holanda, en 1979. Íbamos a ir a Francia, pero Naciones Unidas decidió otra cosa. La llegada a Schiphol fue muy especial: fuimos recibidos por chilenos y canciones, y nos filmaban. Primero vivimos dos años en el Bijlmermeer (un barrio a las afueras de Ámsterdam). Allí encontramos tranquilidad y volvimos a ser una familia. Fuimos al colegio, y militamos activamente en el Partido Socialista, el partido de mis padres. Había trabajo por hacer; no había tiempo para quejarse ni llorar. La acogida positiva de Holanda



No vimos cómo se aislaban nuestros padres

nos motivó y nos dio fuerza para seguir activos. Retomé mi vida rápidamente. Con un colega artista fundamos la brigada muralista Elmo Catalán, a través de la cual quería hacer un aporte a la comunidad chilena. Hicimos murales políticos chilenos -legales- en Róterdam, Alkmaar y Delfzijl: las organizaciones de solidaridad arreglaban los permisos y los subsidios. Nosotros pintábamos distinto a como lo hacía la conocida brigada Ramona Parra. Nuestras pinturas eran también políticas, pero en términos de imágenes algo más universales y artísticas.

Mis padres estaban agradecidos de que sus hijos hubiesen venido a parar en un mundo lleno de posibilidades, pero para ellos fue dramático. En Chile habían sido activos en política, aquí estaban todo el tiempo en casa. No les resultó aprender el idioma holandés, no pudieron retomar sus vidas. Estábamos tan ocupados que no vimos cómo ellos se iban aislando.

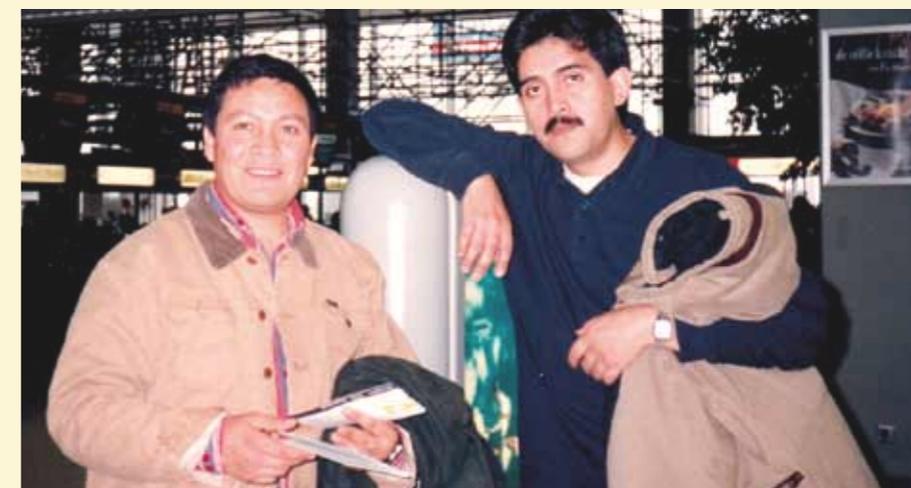
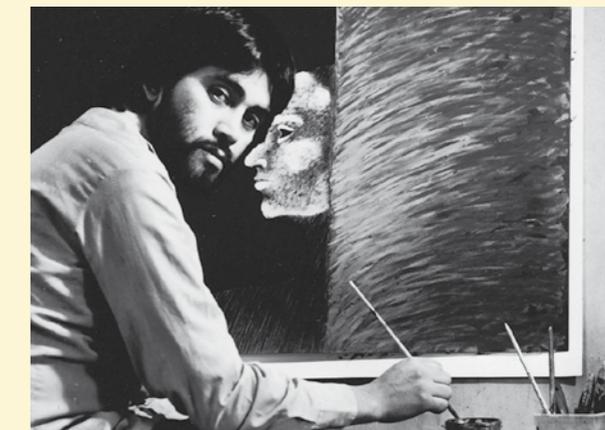
Desde 1981 estuve comprometido con el Centro Salvador Allende (SAC, por sus siglas en holandés), en Róterdam. Era dirigido por chilenos, y estaba orientado a exiliados latinoamericanos en Holanda. Organizábamos conciertos y exposiciones, y hacíamos teatro. El SAC fue la base de mis actividades culturales y como escenario era fundamental para mostrar la riqueza y diversidad de las distintas nacionalidades. En 1992 se cerró el centro, porque había regresado la democracia a Chile. Yo me quedé en Holanda y fui a trabajar en la Fundación de Arte de Róterdam, en el departamento que estimulaba la diversidad cultural. Trabajé allí dieciocho años, como programador del Poetry Park Festival, que después

se llamó Festival Dunya, el festival multicultural más grande de Holanda.

Alguna vez mi compañera chilena y yo consideramos regresar a Chile. Pero pronto decidíamos: nos quedamos. Holanda nos ofrecía más oportunidades. Además, nuestros hijos nacieron aquí. Mis padres usaron los beneficios de un plan de re-emigración y retornaron a Chile. Eso desembocó en otra desilusión: no fue como ellos habían soñado. Los militares habían desprestigiado a los exiliados y echado a correr el rumor que los exiliados habían salido al extranjero de vacaciones. La gente consideraba que los exiliados no tenían derecho a opinar sobre Chile. Así fueron tratados mis padres, también por sus amigos. Eso fue muy doloroso, después de haber huido y haber perdido todo. No lograron rehacer sus vidas en Chile.

Sobre el período en que mi padre estuvo detenido nunca se habló. Él falleció en el 2002. Nunca hemos podido confirmar si fue sometido a torturas. En 1999 estuve en Chile con un periodista, al que acompañé para que hiciera esa pregunta a mis padres. Pero cuando la formuló, mis padres estallaron en lágrimas y ahí se acabó la conversación.

En Róterdam trabajo hace ya más de veinte años en el sector cultural. Estoy convencido de la necesidad de una plataforma para la cultura, porque la cultura te enriquece. La gente de otros países trae una nueva cultura, que es muy valiosa tanto para individuos como para la sociedad en su conjunto. La gente no llega aquí con la 'maleta vacía', traen su propio equipaje. Mis pinturas reflejan



Pintando en Zuidplein, Róterdam, 2007

Pintando, 1986

Juan y Kata Núñez parten a Chile, 1994

Trabajando en serigrafía, 1982

La gente no llega aquí con la 'maleta vacía'

mi vida. En un comienzo, tenía un estilo directo y político. Había llegado a Holanda y era libre. Se podía decir todo lo que en Chile era imposible decir. Yo enviaba un mensaje a través de las imágenes: miren lo que sucede con la gente; ¡Esto no puede ser!, ¿No les parece?! Esa fase duró doce años. Después comencé a ejercer un arte más autónomo y me puse a investigar: ¿Quién soy yo? ¿Qué sueños tengo? Mis pinturas son figurativas y expresivas. Los últimos veinte años he usado mucho color. Un tema que se puede encontrar en mis obras es la ambigüedad en la gente. En una sociedad hay normas de conducta que

nos obligan a usar una máscara. Eso es completamente en una dictadura.

Además de las pinturas, también me expreso en idioma holandés. Escribo poemas, en los que obviamente Chile está presente. Mi primer libro fue publicado en 2009 -Verblijf op papier (Permanencia en papel). Tengo que aprender a no insistir demasiado en hacer llegar un mensaje. Espero alguna vez lograrlo para poder describir - por ejemplo - simplemente un jardín o algo así.

Pintura de Juan Heinsohn en la página 145.

Los chilenos nos enseñaron a construir desde la nada

Marjon Beltman-Kuijlenburg (1943)

fue de 1978 a 1990 presidenta del Comité de solidaridad con Chile de Eemsmond, en el norte de Holanda. Establó amistad con una familia chilena y viajó cuatro veces con ella a Chile. Mantiene sus ideales y optimismo.

Cuando me mudé a Delfzijl en 1976, no tenía idea de lo importante que iban a ser en mi vida Chile y los chilenos. El golpe de Estado me había afectado, pero no era una activista por Chile, ni me había dado cuenta de que habían llegado exiliados chilenos a Holanda. Como hija de una familia pacifista de educadores aprendí desde pequeña a defender a los oprimidos.

Después de terminar mis estudios de terapeuta creativa en formación visual y de casarme, me dediqué a criar a mis hijos y al trabajo voluntario. En la ciudad de Zwolle trabajé en el Comité de solidaridad por Vietnam, en el grupo de Amnistía Internacional y en el grupo de educación del IKV (siglas en holandés del Consejo Intereclesiástico por la Paz). Dirigí una pieza de teatro político sobre la lucha en Angola, e hice un azulejo de arcilla para una escuela que habíamos adoptado en Vietnam.

En Delfzijl (norte de Holanda), Amnistía Internacional era la única organización que se encontraba en mi línea. El municipio preguntó a Amnistía si podía formar un grupo que acogiera a los exiliados políticos chilenos, y yo pensé: Voy a ayudarles; así podré

trabajar mano a mano con gente, en lugar de hacerlo a tan larga distancia.

Llegaron cuatro familias chilenas con muchos hijos que optaron por vivir en el campo, alejándose del mundanal ruido. Los invitamos a participar en reuniones y actividades. Algunos holandeses encontraban raras a estas personas, por colgar los visillos con una cuerda floja, por ejemplo. ¿Debía yo meterme en eso? Si no lo hacía, Rafael y Rosa Railafs serían mirados con extrañeza sin que llegasen a entender por qué. Hablé con ellos de eso, no sin ocultar mi dificultad para empezar a hacerlo. Pero Rosa dijo de inmediato: “Ningún problema, ponemos unos clavos en el muro y lo enderezamos”.

Cuando los asuntos prácticos ya estaban resueltos, los Railafs preguntaron: “¿Qué hacemos ahora por Chile?”. En 1978 formamos el Comité político de solidaridad con Chile de Eemsmond, con otra persona del grupo de Amnistía y un par de holandeses; yo como presidenta.

Además de organizar actividades políticas y asuntos prácticos, como hacer empanadas, comenzamos a realizar actividades humanitarias. Por iniciativa de los Railafs, que



Simplemente en un pequeño cobertizo se comienza a ‘sembrar’ y de allí florecerá algo

habían trabajado con Emaús en Chile, enviábamos por ejemplo ropa a Chile. También se nos unió gente menos política; ocupamos una escuela vacía y la transformamos en un Centro Emaús. Los Railafs nos enseñaron cómo puedes hacer algo de la nada, sin esperar subsidios, un computador o una oficina. Simplemente en un pequeño cobertizo se comienza a ‘sembrar’ y de ahí florecerá algo. Fueron una gran fuente de inspiración. Todavía escucho a Rosa decir: “No soy rica en dinero, pero sí en ideas”. La pareja recibió con razón en 2007 una condecoración por su aporte a la comunidad.

Rafael y Rosa se hicieron buenos amigos míos. Ellos pertenecen al pueblo mapuche del sur de Chile, un mundo nuevo para mí. Hemos hablado de educación, de política, de cultura origen, de integración y sentimientos. Al final estaban orgullosos de que sus hijas estudiaran, a pesar de que según la tradición mapuche en realidad la hija mayor tenía que quedarse en casa.

Como comité organizábamos charlas para todo tipo de colectividades, y actividades educativas. La campaña que organizamos contra la importación de salitre chileno, que entraba a Holanda por el puerto de Delfzijl, tuvo mucha publicidad. Hablamos con organizaciones de campesinos, con la dirección del puerto y con los trabajadores del puerto y organizamos un foro con parlamentarios y con David Baytelman, quien fuera subdirector de la reforma agraria en Chile durante el

gobierno de Allende. En una ocasión se permitió al público visitar un barco con salitre chileno que llegó al puerto, y nosotros arrendamos entonces un pequeño avión de propaganda que mostrara el lema ‘Alto al salitre chileno’. También por iniciativa de nuestros chilenos, los de Róterdam pintaron un mural maravilloso.

Fui a Chile cuatro veces con los Railafs. Ellos querían que yo viera de dónde eran y que conociera la pobreza. La primera vez fui en 1981, con Rosa y su hijo de doce años, Rafael. Rafael padre aún no podía entrar en Chile, pero Rosa tenía nostalgia de su madre y de su familia y quería recuperar el lazo entre sus hijos y su abuela, con la cultura y la tierra. Estaban en plena dictadura, por lo que Rosa se sentía más segura si yo iba. Alojamos con su familia en las rucas, las viviendas tradicionales mapuches, y vimos la pobreza. Cuando le dije a la cuñada de Rosa que me sentía agobiada por haber pagado un pasaje tan caro, ella contestó: “No tienes que preocuparte por eso; que hayas venido con Rosa a ver a la familia es impagable”.

En esa época yo daba clases de formación visual en el centro de las artes de Delfzijl y estaba estudiando bailes folclóricos. Escribí una tesina sobre danza y música mapuche, con tomas grabadas en terreno. Después fui con Rosa dos veces más a Chile, siempre con distintos hijos. Al término de la dictadura, en 1990 Rafael ya podía regresar a Chile. Entonces fuimos Rafael,



Haberme detenido lo habría encontrado una traición a mis ideales y a la gente



Rosa, mi marido y yo, los cuatro. Un viaje de reyes para Rafael.

Muy poco después se disolvió el Comité de solidaridad con Chile, pero su ‘hija’ humanitaria, Emaús, siguió existiendo como tienda de segunda mano y centro de encuentro de holandeses, chilenos y refugiados de otros países. Después de esos años intensos yo estaba algo cansada, sin duda, pero haberme detenido lo habría encontrado una traición; habría sido como abandonar mis ideales y a estas personas. En 1993 por el trabajo de mi marido tuvimos que mudarnos a Emmen. Me costó decírselo a los Railafs, pero después siempre mantuve un buen contacto, también con sus hijos.

Aquí en Emmen doy clases de holandés como voluntaria a exiliados de Afganistán, Tíbet, Irak y Turquía. Todavía dirijo reuniones de voluntarios, pero ya no tomo yo la iniciativa como en Delfzijl.

Es exquisito no tener que organizar algo, y sencillamente asistir.

No estoy desilusionada ni he perdido mis ideales. Es lindo poder aportar algo a la construcción de un mundo mejor, como un eslabón de una cadena. Sobre Holanda soy optimista: es un campo de cultivo fantástico para la integración y el trabajo conjunto entre personas con distintos antecedentes culturales. Yo disfruto mucho por ejemplo de los comediantes de otras culturas que aparecen en televisión. Cuando tenía dieciocho años y era miembro del movimiento de federalistas mundial quería derribar las fronteras entre la gente. Ahora lo veo suceder a pequeña escala. Los chilenos me involucraron de lleno en los grandes problemas mundiales. Esto me enriqueció, porque tiendes a no juzgar tan ligeramente a otras culturas y opiniones y aprendes a reflexionar mejor.

Marjon con mujeres y niños mapuche en Chile

Colecta de ropa para Chile (pág. anterior).

Aquí en Holanda pude desarrollar mis pasiones

Gabriel Aguilera Valdebenito

(Los Ángeles 1958) ha hecho música toda su vida. Vive en Holanda desde 1978, donde estuvo políticamente activo un tiempo. Ahora se dedica sobre todo a sus dos pasiones, hacer música y construir instrumentos musicales.



El día del golpe de Estado tenía quince años. Vivíamos en el sur de Chile, en Los Ángeles. Ante los ojos de mi padre fui detenido con violencia por militares junto a mis hermanos y un amigo por haber desobedecido el toque de queda. Nosotros no teníamos ni idea de qué significaba eso. En la cárcel nos interrogaron violentamente, y aunque después de unos días pudimos irnos fue una experiencia traumática.

En ese tiempo yo me dedicaba principalmente a la música. Simpatizaba con determinadas ideas, me gustaba el trabajo de Pablo Neruda, Víctor Jara y Violeta Parra; pero no estaba políticamente activo. Un amigo sí. Él se fue a Holanda para hacer música en una banda. Después yo entendí que había sido invitado porque tenía problemas políticos. Ese fue el puente. En 1978 me invitaron a venir a tocar con su grupo, Lautaro.

Por supuesto que me di cuenta de que quizás luego podría tener problemas para regresar. Pero en ese tiempo todo era temporal. Todos pensaban que la dictadura no podía durar mucho más. Entonces yo solo pensé: “Me voy y ahí veo, pero vuelvo”. Mis padres deben de haber tenido más conciencia de

lo que estaba pasando, pero solo me preguntaron: “¿No será mejor que termines tus estudios?”, lo cual no era realista, porque con siete hijos simplemente no podían pagar mis estudios. Y yo sencillamente quería irme, lejos de la represión.

En Holanda me metí de inmediato en política. Recién entonces comprendí lo que estaba pasando. En Chile todo el mundo callaba por temor. Las historias de los exiliados políticos, no solo de Chile, sino también de Argentina y Uruguay, me pegaron muy fuerte. Estas personas, y yo también, fuimos de verdad bienvenidos aquí. Con nuestra música apoyábamos todo tipo de activismo del movimiento de solidaridad. Allí conocí a mi primera esposa holandesa, con quien ya hace treinta años tuve a nuestra hija Paloma. Con ella tengo una relación bien especial, porque se crió en ese período rico en sueños en que pensábamos que podíamos cambiar el mundo. Eso la formó.

En 2011 Paloma hizo una película sobre un tema universal, según yo: la incomprensión que puede surgir dentro de una familia cuando uno o más miembros emigran, y sobre la unión que



permanece a pesar de la distancia. En la película *Entre Nosotros* yo hago el papel de un hombre que vive exiliado en Holanda, cuyo hermano se ha quedado en Chile y vota por el presidente de derecha. El cuento es en parte ficción, en parte autobiográfico: mi vida. Me encantó actuar, y después, para mi gran sorpresa, la agencia de casting en la cual me había inscrito, me dio el papel de un jefe de la mafia en la serie de televisión *Penzoza*.

Si, a veces he pensado en retornar, pero rápidamente lo he descartado, por muchas razones: mis hijos viven aquí, y tengo aquí más posibilidades con la música. Gracias a mi segunda esposa holandesa conocí Italia, ya que su familia tiene una casa de veraneo en Lazio. Allí vivo una especie de discriminación positiva, la gente es abierta y se nota todavía la gran solidaridad con el movimiento de izquierda en Chile.

La primera vez que regresé a Chile lo encontré terrible. Todo era pobreza, la gente estaba deprimida, la dictadura se sentía. Mi familia, los vecinos, los amigos hablaban, sí, pero no lo contaban todo. Yo tampoco. Era 1984 y yo había ido con mi esposa de entonces a visitar a mi familia. Por un lado tenía miedo, pero también tenía confianza, porque en el intertanto ya había regresado más gente como yo. De todos modos, para mí fue una experiencia muy traumática. Soñaba que me era imposible volver a Holanda; una pesadilla.

Con los años me he vuelto un poco holandés, de eso soy consciente. Los holandeses son más sobrios que los chilenos, se atreven más fácilmente a las confrontaciones. Aquí he desarrollado otra manera de pensar, y eso lo noto cuando estoy en Chile. Allí soy famoso entre mis primas y primos por mis opiniones políticas, sobre historia, religión, sexualidad y sobre temas que en Chile son tabú, como la comercialización libre de drogas blandas, el aborto y la eutanasia. Tengo puntos de vista a los cuales ellos no están acostumbrados y que encuentran radicales.

Desde hace unos diez años me ocupo menos de la política. Me decepciona lo que sucede en Chile, lo que pasa en el mundo, las mentiras, el consumismo, el poder de los medios de comunicación. Todo es más encarnizado; también en Holanda hay mucha agresividad y discriminación, y se dicen cosas de los extranjeros -incluso en círculos políticos- que antes eran impensables. Los jóvenes activistas chilenos creo que son una esperanza para el país. Y siento admiración por gente como Hugo Chávez en Venezuela, que se atrevió a hacer muchas reformas.

Dentro de un tiempo, no tanto, quiero hacer un viaje a Chile con mi hijo. Joaquín ya tiene quince años y comienza a sentir curiosidad; en parte también por lo que cuenta su hermanastra Paloma. Para ella, su familia chilena es muy importante, y hace un tiempo llevó a Chile a su hermana, la segunda hija de mi primera mujer. La relación que tienen



En Ámsterdam, 1979

Con grupo musical Lautaro (tercero desde la derecha)

De izq. a der. Patricio Wang, Gabriel, Jaime Rodríguez, Winanda van Vliet

Solo pensé: me voy y ahí veo, pero vuelvo

Soñábamos que podíamos cambiar el mundo

esas chicas y mi hijo es muy especial. Yo vivo ya hace mucho tiempo solo otra vez, pero trato de que estemos juntos regularmente.

A pesar de los intentos de mantenerme de otra manera, la música ha sido el hilo conductor en mi vida. Todavía toco con diversos grupos, con frecuencia con músicos latinoamericanos que se han quedado aquí.

Mi gran sueño es ir a hacer música a Chile e instalar un taller para hacer instrumentos. Tanto en Holanda como

en Italia doy clases de construcción de instrumentos que se usan para música renacentista y barroca y en la tradicional sudamericana. Esas pasiones he podido desarrollarlas gracias a mi estadía aquí, y me gustaría compartirlas con músicos en Chile. Sería maravilloso si ese sueño se hiciera realidad.

No hagas del exilio una interrupción de tu vida

Patricia Álvarez Méndez (Santiago 1955) llegó a Holanda en 1977 a través de Argentina. Hasta 1985 estuvo activa políticamente; después se integró a la sociedad holandesa. Con el arresto de Pinochet en Londres en 1998 se le encendió el fuego político otra vez.

Recién en Holanda comencé a tener realmente participación en política. Al contrario que mis hermanas en Chile, no iba casi nunca a las marchas. Era la menor y mi padre no me daba permiso. Eso me frustraba, porque provenía de una familia comunista. Mi marido sí participaba en política. Por eso después del golpe de Estado tuvimos que escapar a Argentina. Allí nuestra relación no soportó la situación tan tensa. Dos años después, en 1977, partí con mi nuevo esposo, también un exiliado chileno, y dos hijos a Holanda.

Mi primera impresión de Holanda fue terrible. Junto a nuestro centro de acogida, en Nunspeet, había una base militar donde rondaban hombres de camuflaje en tanques. Una vez se me acercó un tanque, y quedé paralizada de miedo; me volvieron a la cabeza todas las imágenes de Chile.

Después de diez meses me mudé a Purmerend: mis hijos se merecían una vida más tranquila. Habían vivido demasiadas experiencias terribles en Chile y Argentina. Comencé a participar en manifestaciones y actividades contra la dictadura. Afortunadamente en Holanda se podía.

Cuando marchábamos, la policía nos decía: "Buenos días". ¡Increíble!

Por lo demás no quise militar en ningún partido político específico. Para mí lo esencial era una sola cosa: apoyar la lucha en Chile. Lamentablemente, como mujeres no se nos tomaba en serio. Éramos buenas recolectando dinero, haciendo empanadas y repartiendo panfletos, pero los hombres eran los que daban las órdenes. Si una mujer decía algo en una reunión, la miraban raro. Mi marido era así también; finalmente también me separé de él. Las mujeres de los políticos somos la historia olvidada del exilio.

No se nos permitía integrarnos, tampoco desarrollarnos, porque la idea era estar poco tiempo en Holanda y, cuando se pudiera, retornar para continuar la lucha en Chile. Entonces ¿para qué aprender holandés? ¿para qué hacer amigos holandeses? Vivíamos el día a día. No se podía de otra manera, porque había mucho control social de otros chilenos. Tenían miedo de que abandonaras los ideales si te integrabas. La comunidad chilena me frenó. Yo sí quería aprender holandés, pero tenía miedo de perder a todo el mundo en un país donde no tenía familia ni conocía a nadie.



Las mujeres de los políticos somos la historia olvidada del exilio

Después de ocho años en Holanda se produjo un cambio. Me di cuenta de que mis hijos habían crecido, que hablaban holandés y yo no. Un día escuchaba como cada día las noticias sobre Chile en Radio Moscú. Una chilena estaba diciendo: “No hagas del exilio una interrupción de tu vida”. Esa frase me abrió los ojos. Pensé: “Eso está dirigido a mí, voy a estudiar”. Recién entonces me di cuenta de que no regresaría más. Mis hijos tenían aquí amiguitos y amiguitas, Chile no era su país. Solicité el pasaporte holandés. Amo Chile, pero si tengo que elegir, elijo Holanda. Chile es hermoso, la gente es hermosa, pero aquí estamos seguros. Chile es mi patria, pero Holanda es mi patria.

Durante años estuve solo preocupada de manifestaciones y de hacer empanadas. Tenía poco contacto con holandeses. Entonces me puse a estudiar trabajo social y ahí comenzó mi vida holandesa. Me liberé de la comunidad chilena y no me metí más en política. Encontré nuevos amigos e hice cosas que antes nunca había hecho.

Hasta que un día, en octubre de 1998, yendo en el auto con mi hija y mi pareja holandesa al Gamma (una tienda holandesa) escuché por la radio: “Pinochet ha sido arrestado en Londres”. Se me puso un velo en los ojos, no existía nada más en ese momento. Y todo salió a flote; no podía parar de llorar. Pensé en todo lo que habíamos pasado, todas las humillaciones, todos los muertos, todas las torturas. Pensé “¡Por fin, hay justicia finalmente!” Quería ir de inmediato a Ámsterdam, junto a los chilenos que había dejado de ver todos esos años.

Cuando vi a mis compañeros de antes nos abrazamos y lloramos. Estábamos tan contentos... teníamos confianza de nuevo en que se podría hacer justicia. Mi vida cambió, de nuevo empecé a ir a manifestaciones, a reuniones. Hacíamos piquetes todos los días fuera del consulado de Inglaterra. ¡Estábamos de vuelta con toda nuestra fuerza! Decidimos ir a Londres con un grupo grande de chilenos para hacer una ofensiva de ruido contra Pinochet, junto con chilenos de otros países europeos.

Los buses en los que viajamos a Londres eran viejos y casi se desarmaban, pero eso no importaba, nosotros cantábamos y bromeábamos. Cuando entramos en Inglaterra, todos queríamos un timbre en el pasaporte como prueba de que habíamos ido de verdad a Londres a protestar contra Pinochet. Pero los ingleses nos dijeron: “No es necesario, sólo a las personas con pasaporte chileno se les timbrará”.

Era impresionante aquella masa gigante de gente en las calles. Nos subíamos a los árboles, hacíamos ruido, gritábamos, tocábamos tambores, flautas. Eso nos daba un sentimiento de unidad, de hermandad. Nos tocó hasta dormir en un cementerio. Todos esos chilenos habían venido de toda Europa a celebrar que Pinochet estaba detenido. Creíamos que iba a ser juzgado en Londres, que por fin íbamos a saber lo que había

sucedido con los desaparecidos. Para mí eso era muy importante, sobre todo porque sabía que él nos escuchaba; quizás no directamente pero si a través de las noticias. El señor que siempre pudo hacer lo que quiso, estaba detenido ahora contra su voluntad.

Londres fue mi última acción política. Después de eso Pinochet se fue a Chile y todo el mundo dijo: “Bueno, eso fue todo”. Entonces sabíamos que no sucedería nada más. Desde entonces me he dedicado a lo social, ayudando a chilenos y a otros latinoamericanos en Holanda con sus subsidios, con la vivienda, cuando están enfermos, reuniendo dinero para familias en Chile. Desde 2008 no hago nada más que tenga que ver con Chile. Ya cumplí mi rol, para mí se acabó. Es tiempo de traspasarles la bandera a los jóvenes. Que ellos sigan la lucha.

Documento de estatus de refugiado, 1977

Patricia con sus hijos en Ámsterdam, 1978

Manifestación en Londres contra Pinochet, 1999 (Patricia en primer plano, centro)



Chile es hermoso, la gente es hermosa, pero aquí estamos seguros



La sociedad de 1973 y la de hoy no podrían ser más contrapuestas

Peter Gelauff

(1940) llegó a Chile en 1964 como seminarista. Desde entonces ha estado comprometido con Chile, primero desde el movimiento sindical, y en los años ochenta desde el Comité Holandés de Solidaridad con Chile. Fue presidente de la comisión para América Latina del Partido del Trabajo (PvdA) y recibió una distinción del Estado chileno por su aporte a la lucha por la democracia.

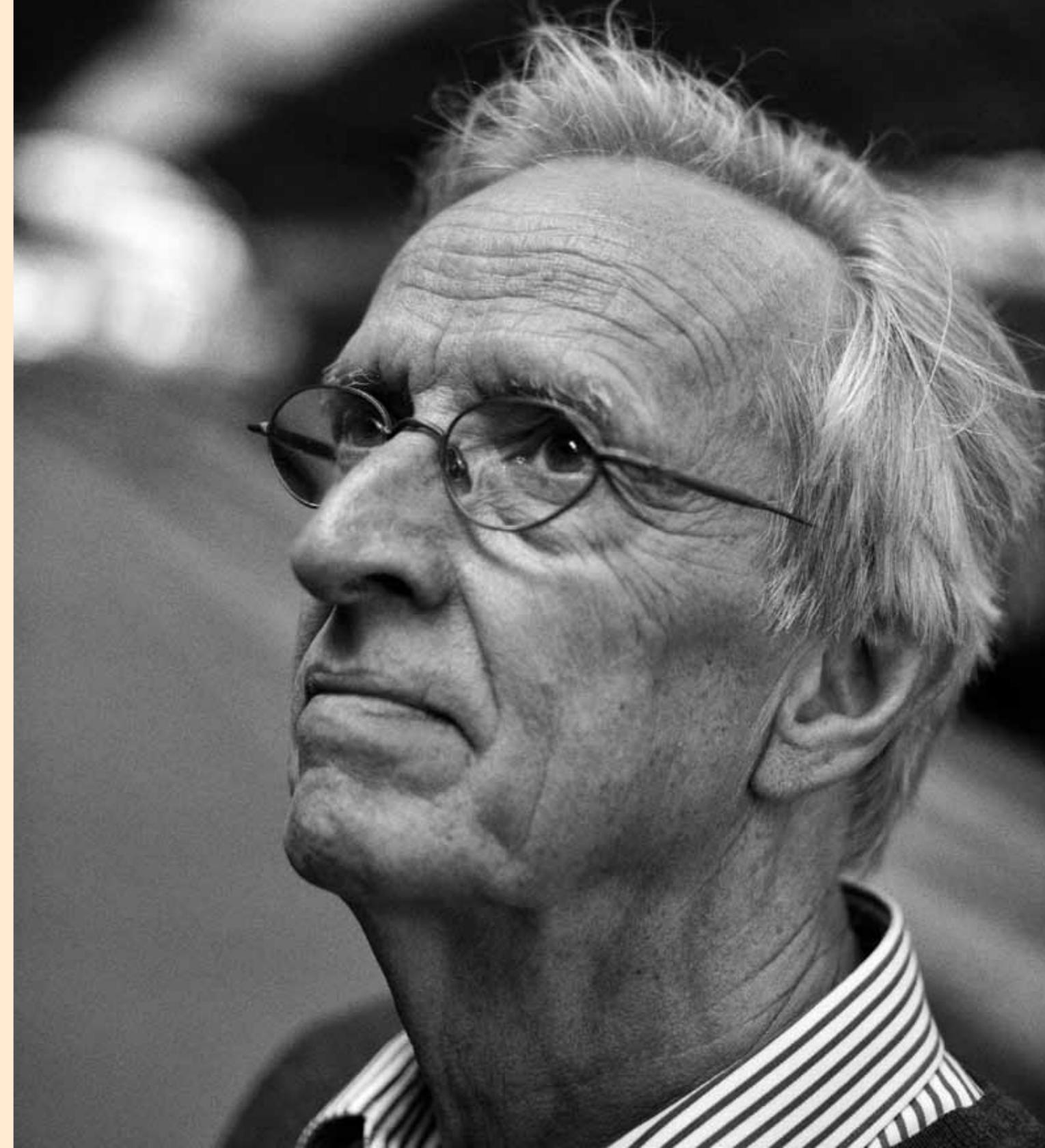
Debido a mi formación católica, yo también estaba destinado al sacerdocio, al igual que mi hermano mayor. El hecho de que no haya resultado así tiene que ver solo con Chile. Probablemente nunca me habría unido al movimiento de solidaridad con Chile si en 1964, cuando tenía 23 años, no hubiese sido enviado como seminarista a la 'misión' Chile. Un país angloparlante habría sido más lógico, pero la exótica Latinoamérica era mi sueño. Y mis superiores me permitieron cumplir ese sueño.

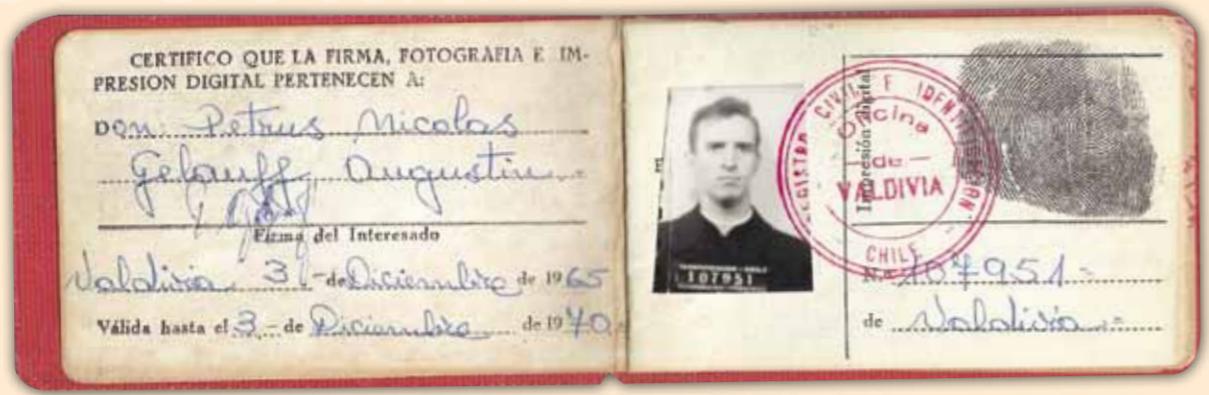
Dos meses antes de mi partida iban a celebrarse elecciones en Chile. Salvador Allende, que en 1958 ya había intentado sin éxito llegar a la presidencia, era el candidato de izquierda. Un sacerdote holandés algo mayor que trabajaba en Chile advertía que el país acabaría en las garras del comunismo, y que por eso era mejor que no fuera. No obstante, Allende fue vencido y el demócratacristiano Eduardo Frei fue elegido presidente.

Lamentable, pero a mí me abrió el camino a Chile. Navegué seis semanas en un barco de carga que me transportó -después de cruzar el océano- por todo tipo de puertos, vistosos y también hediondos. En esta travesía conocí otros

sonidos, otras voces, una nueva lengua y desafiantes mujeres, a quienes la tripulación del barco, con cierto tacto, trataba de mantener lejos de este joven seminarista. Era de noche cuando por fin llegamos a la bahía de Valparaíso, donde miles de lucecitas en los cerros que encerraban a esta ciudad-puerto ofrecían una romántica vista. Después yo descubriría que detrás se escondía un mar de pobreza.

Chile no fue para mí un periodo fácil, pero sí apasionante. Mientras daba clases en Valdivia, y a la vez aprendía español, Frei, con el lema 'Revolución en Libertad', daba inicio cuidadosamente, contra la voluntad del sistema establecido de los poderosos, a la reforma agraria, la nacionalización del cobre y la construcción de viviendas sociales para habitantes de poblaciones de chabolas. Para algunos fue demasiado lejos, para otros no lo suficiente. Las tensiones políticas que esto produjo fueron mi primera experiencia verdadera de lucha contra la pobreza y la injusticia y por los derechos fundamentales para todos. También la iglesia estaba que ardía. Entré en contacto con la teología de la liberación, la opción de la iglesia por los pobres. Este era un nuevo camino,





muy prometedor, y el principio de mi conciencia política.

Mi decisión, en 1969, de dejar el seminario significó, para mi pesar, también mi partida de Chile, el país que había llegado a amar y donde veía mi futuro. En 1970 Allende, que era para muchos la personificación de la esperanza en una vida mejor, fue elegido presidente. Que yo siguiera comprometido con Chile era inevitable. En 1972 participaría en el boicot en el puerto de Róterdam al barco cargado con cobre chileno, el Birte Oldendorff. Más tarde, después del golpe de Estado de aquel fatídico 11 de septiembre de 1973, me involucré en la organización de la solidaridad de los sindicatos holandeses con el movimiento sindical chileno. Muchos holandeses creían en esa época en el mismo mundo mejor en el que creía Allende.

Cientos de chilenos que -escapando de la dictadura militar- solicitaban asilo en Holanda, eran recibidos con los brazos abiertos por el gobierno, por los partidos políticos, por el movimiento sindical, por organizaciones de mujeres y por decenas de grupos de base. Era la época de gente como Den Uyl, el socialdemócrata que durante muchos

años mantuvo ante el congreso de su partido: “Creemos en el sueño de otra sociedad, y ese sueño nunca morirá”.

Lo de Chile fue una tragedia. No sólo para los chilenos: también para todo el que creía en una sociedad mejor. Cuando en 1978 entré en el Comité Holandés de Solidaridad con Chile, ya hacía tiempo que los Chicago Boys tenían instalado en Chile su laboratorio para construir a sus anchas la economía de mercado neoliberal. Todo lo contrario de aquello en lo que nosotros creíamos. Bajo la dictadura militar obtuvieron todo el espacio que quisieron para experimentar con un mundo en el cual el dinero, el gran capital, adquiriría prioridad sobre el mundo del trabajo, del combate contra la pobreza, del desarrollo humano. Desde los años ochenta vimos con horror y rabia cómo este modelo se expandía por el mundo con Reagan, Thatcher y Lubbers (Primer ministro holandés entre 1982 y 1994). Mientras organizábamos acciones para restablecer la democracia en Chile, en todo el mundo se estaba regalando al mercado la soberanía del pueblo.

Por mi trabajo en una organización crítica con las políticas para el tercer mundo me comencé a ocupar más

La tripulación mantenía a este joven seminarista lejos de mujeres desafiantes

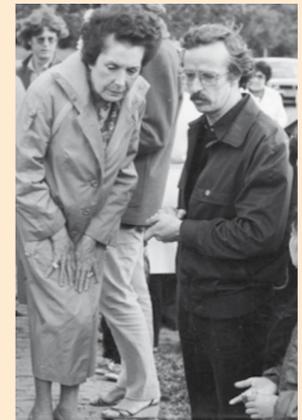
Se estaba regalando al mercado la soberanía del pueblo

en esos años de la desigualdad y los derechos humanos en un sentido más amplio. Seguí viajando a Chile para evaluar proyectos financiados por Holanda; también por los cursos de verano del Instituto para el Nuevo Chile en Mendoza; por la caravana de capacitación a lo largo de Chile de la campaña por el NO, en 1988; y por las elecciones de 1989. Las últimas dos veces fui como observador durante las elecciones. Después del retorno de la democracia he estado con menos frecuencia en Chile. El primer presidente de la democracia, Patricio Aylwin, vino de visita a Holanda, y la embajada me pidió que hiciera de intérprete.

En 1998 Pinochet era arrestado en Londres y el juez de instrucción español Baltasar Garzón quería juzgarlo en España en base al derecho internacional. Sin embargo, el temor del gobierno chileno a repercusiones internas era tan grande, que trató de impedirlo a toda costa. Para mí fue volver a la acción. Las redes sociales no habían descendido aún sobre nosotros, así que ahí estaban otra vez los viejos trípticos de toda la vida, los volantes, afiches, los piquetes frente al consulado británico, aunque al final pudieran no servir de nada.

Con el correr de los años he visitado muchos países latinoamericanos, pero Chile se me metió bajo la piel. Es un sentimiento ambiguo. En mi novela *De verzwegen geschiedenis van de familie Manríquez* (La silenciada historia de la familia Manríquez), publicada en 2005, trato de poner esto en palabras: el reencuentro con un antiguo amor, las contradicciones de clase, el dolor de las víctimas, la hipocresía de la política.

Pero han pasado más de cuarenta años y a mucha gente no le dice nada el Chile de 1973. Y puede ser lógico, pero es muy amargo darse cuenta de que con ello parece haber desaparecido también el idealismo, la hospitalidad y la solidaridad de esa época. Incluso el partido que en aquellos años decía que ‘el sueño de otra sociedad nunca morirá’, abandona sus principios y está dispuesto a criminalizar a gente que llega a Holanda buscando protección. La sociedad de 1973 y la de hoy no podrían ser más contrapuestas.



En el monumento a Allende en Ámsterdam con Hortensia Bussi, viuda de Allende, 1977



Con alumnos en Valdivia, 1965

Cédula de identidad chilena (pág. anterior)

La música me ha ayudado a conectar con el país en donde me encuentre

Johan C.P. Méndez Vera (Ámsterdam 1974) como hijo de exiliados chilenos ha vivido entre Chile y Holanda. Su doble identidad le ha servido para el desarrollo de su carrera musical.

Nací dos meses después de que mis padres llegaran a Holanda como refugiados políticos. Mi juventud estuvo marcada por las innumerables reuniones de chilenos en Holanda, casi siempre en el edificio okupa 'De Groot Keijser' (El Gran Emperador), en Ámsterdam, y a veces en Róterdam. Allí se reunían mis padres con otros chilenos, y los niños jugábamos entre las mesas y en los pasillos. Nos gustaba mucho, conocíamos niños de otras ciudades y descubríamos que "¡he, nos parecemos!".

En esa época casi no había extranjeros en el colegio. Yo me daba cuenta de que era un extranjero porque en la casa hablábamos castellano. En esas reuniones de chilenos reconocíamos una identidad. No es que me sintiera mal con los holandeses, pero con los niños chilenos había algo más.

Para mí era positivo ser chileno, porque eso implicaba que estaba viviendo más intensamente que mis compañeros de curso. Mis padres me hacían participar de todas las actividades, y podía quedarme levantado hasta tarde. Me sentía un niño inteligente y consciente. Siempre pensaba: "Hago cosas más serias que los otros niños".

Lamentablemente, en algún momento esas actividades se terminaron. Siempre me preguntaba "¿por qué?" Después supe que las familias habían tenido discusiones, porque pertenecían a distintos partidos políticos. Nuestros padres dejaron de ir a las reuniones, y por tanto nosotros también. No me gustó nada. Yo me preguntaba cuándo vería a esos niños de nuevo, y me imaginaba que habría otra marcha o algo así y los podría ver. Cuando tenía unos siete años mis padres se separaron, al igual que muchas otras parejas chilenas. También esa fue una razón por la cual no seguí viendo a algunos niños. Había tanto caos en torno a la separación, que el contacto se perdía.

Hasta que tuve nueve años nunca había estado en Chile, pero sí había recibido la visita de mi abuelo y de mi abuela; y después mi tía y mi prima se vinieron a vivir con nosotros. Tenía amigos chilenos que automáticamente se transformaban en mis primos, y sus padres en mis tíos y tías. A veces íbamos juntos de vacaciones, y eso era todo un evento familiar. Cuando los veo ahora, tengo la sensación de que no hay que hablar mucho para entenderse. Podemos conversar, por ejemplo, sobre



si te sientes discriminado, y eso nos da seguridad. También me pasa eso con hijos cuyos padres dejaron de juntarse con los míos.

Cuando tenía nueve años, mi madre me llevó por primera vez a Chile, contra la voluntad de mi padre. Eso fue muy importante para mí, porque conocí a mi familia. Era 1983; había protestas y toque de queda. Ahora sé que ese fue un año movido. Al conocer a mi familia me sentí muy 'lleno'. Sentía que mi corazón había crecido con todo ese amor incondicional; era muy lindo. Había vivido como hijo único dos difíciles años con mi padre y su nueva familia, y de repente encontrar a todos esos familiares en Chile fue excelente.

Igual en Chile me sentía extranjero, pero positivamente. La gente me invitaba a sus casas para que les contara cómo era Ámsterdam, y me llamaban automáticamente 'el holandés'. Pero eso no me molestaba. Igual me sentía más holandés que chileno, porque nunca antes había vivido en Chile. En Holanda me llamaban 'el chileno', y eso también lo encontraba bien; incluso me gustaba. Cuando estaba en la enseñanza media era interesante ser extranjero. Eso es lo lindo de la doble identidad: puedes jugar constantemente con ello y aprovecharlo.

En 1990 mi madre decidió volver a Chile: yo tenía entonces quince años, y por tanto tenía que irme también, junto a mi hermano de dos años. Pero yo no quería irme, porque recién había comenzado a hacer música junto a otros colegas en Ámsterdam. Estábamos iniciando

la era de la música tecno. Igual pude desarrollarme musicalmente en Chile, ya que en ese tiempo los chilenos podían volver a desarrollar actividades culturales. Mi primer álbum, bajo el nombre *La Pozze Latina*, lo editó el Sello Alerce en 1993 y, promoviendo música tecno desde Arica hasta Ancud, me quedé trabajando en Chile hasta fines de 1994, contratado por Jorge González, de la emblemática banda Los Prisioneros.

Regresé a Holanda, donde me contrató el sello ID&T, y compartiendo mis experiencias musicales llegué a ganar De Grote Prijs van Nederland (el Gran Premio de Holanda) en la categoría 'Dance' en 1996, bajo el nombre de Theremin, y el año 2000 conseguí el segundo lugar del mismo premio. Paralelamente trabajo como DJ. Inventé un estilo, que hasta el día de hoy llama mucho la atención. Es el fruto de haberme desarrollado entre ambos países. Creo saber cómo ven los europeos a América Latina, y con eso puedo jugar. Ese estilo funciona, y aunque no era mi ambición inicial, estoy contento de haberme convertido en un productor de música multicultural.

He viajado mucho entre Chile y Holanda, y a veces pienso que nunca me he quedado lo suficiente en algún lugar como para poder construir algo. Pero la música ha sido siempre mi apoyo. A través del trabajo con artistas locales y el compartir mi experiencia con ellos, la música me ha ayudado a conectarme con el país en donde me encuentre.



A los 11 años con su madre y familiares en Santiago

Con su hermano Eraso (izquierda) en estudio en Inglaterra, 2009

Johan con su padre en 1975



En Chile me sentía un extranjero, pero en forma positiva

Puedo jugar con cómo los europeos ven a América Latina

Nos veían como héroes

Elena Fredes Echegoyen

(La Serena 1946), en Holanda desde 1974, trabajó como asistente social en la acogida a refugiados. A los holandeses solidarios a veces los encontraba ingenuos. A pesar de la nostalgia, Elena todavía no ha regresado a Chile.

En octubre de 2012 estuve por primera vez en la conmemoración de la ejecución de las quince personas ocurrida en La Serena el 16 de octubre de 1973. Soy de esa ciudad nortina de Chile y tenía amigos entre las víctimas. Fue una confrontación muy emotiva, además porque me entristece que el proyecto de Allende fracasara. Durante la época de la Unidad Popular trabajaba como asistente social en un hospital, entusiasmada con la nueva política pública: salud gratuita, accesible y menos jerárquica, dirigida a la educación y la prevención.

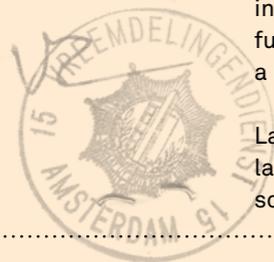
Era tesorera de la sección local del Partido Socialista y fui detenida a mediados de octubre en mi trabajo. Mi pareja de entonces, un dirigente sindical, consiguió entrar en la embajada holandesa a fines de 1973 y solicitó una visa para mí. Para poder liberarme, la embajada inventó que Holanda me había otorgado una beca de estudios. Algo así es actualmente inimaginable, pero en ese tiempo funcionó, y en mayo de 1974 pude viajar a Holanda.

La recepción fue muy cálida. Nos dieron la bienvenida el gobierno y grupos de solidaridad; y estábamos contentos

de poder trabajar con los holandeses hombro con hombro contra la dictadura. Eso nos consolaba y nos ayudaba a disminuir los sentimientos de culpa con los familiares y camaradas que corrían peligro en Chile; y también hizo mucho más fácil la integración. Muchos holandeses, sin embargo, no comprendían que, a pesar de la buena acogida, no nos sintiésemos felices. Nuestra venida no había sido una elección libre, fuimos sacados de nuestro país abruptamente. A veces nos trataban de forma paternalista, y a veces incluso como niños chicos.

Al mismo tiempo nos veían como héroes y superidealistas. Habíamos luchado por el socialismo y sufrido por nuestros ideales. Yo una heroína, ¿cómo es eso? Yo era simplemente una militante de un partido de izquierda. Les costó a los holandeses vernos como gente común, de carne y hueso. Algunos encontraban raro que quisiéramos tener un teléfono o un auto, porque eso era considerado capitalista.

Muchos holandeses eran ingenuos, tendían a creer todo lo que les decíamos, y a aprobar todo lo que hacíamos. Muchas veces recaudamos dinero junto con ellos para



Es bueno estar con familia y amigos con quien comparto una historia

organizaciones, presos y sus familiares. Ellos y nosotros pensábamos: “ese dinero llegará bien a su destino”, pero no era siempre así. El movimiento de solidaridad se dejó mucho llevar por jóvenes intelectuales exiliados, que se comportaban como si ellos fueran los únicos verdaderos revolucionarios.

Después de tres años de trabajar en limpieza, en 1977 pude trabajar en mi propia profesión, como asistente social para exiliados latinoamericanos. Mi título fue reconocido de inmediato, pero la organización que me contrató en un principio tuvo problemas con el hecho de que una solicitante perteneciera al mismo grupo que los beneficiarios. Sin embargo, como tenía una buena formación, hablaba el idioma y además también tenía experiencia como exiliada, finalmente me contrataron. Mi trabajo ha sido siempre muy importante, un hilo conductor de mi vida aquí, que me ha mantenido de pie frente a las dificultades.

En un principio, los exiliados chilenos recibían consejos equivocados de los asistentes holandeses, que aún no eran profesionales: “Ustedes han sufrido mucho; descansen primero, no trabajen de inmediato; pueden recibir una ayuda social”. Nosotros, los asistentes sociales latinoamericanos, junto con organizaciones de refugiados de nuestro continente, desarrollamos otra visión del exilio: lo que tenemos que hacer es aprovechar las oportunidades de estudio y trabajo aquí para poder usar esa experiencia después de que

terminen las dictaduras. Casi todos pensábamos: “dentro de dos años se acaba la dictadura y podemos regresar”.

Al principio encontré difícil trabajar con exiliados vietnamitas, por las diferencias culturales, pero la problemática de muchos exiliados del Medio Oriente no era muy diferente a la nuestra. Nos asombraba y emocionaba que ellos supieran de Chile, y conocieran los nombres de Pablo Neruda, Víctor Jara, Salvador Allende y Pinochet. Estos refugiados invitados más tarde, fueron todavía bastante bien acogidos, pero para ellos y otros latinoamericanos no hubo un movimiento tan amplio de solidaridad como el que nosotros conocimos.

La acogida amistosa se transformó más tarde en una política inhumana. Actualmente al IND (Servicio de Inmigración y Naturalización) no le interesa la historia ni la experiencia ni la seguridad de la gente. Me acuerdo de una exiliada de África que había perdido a sus dos hijos en un ataque armado en su pueblo. Años después fueron encontrados en un miserable campo de refugiados, pero su solicitud de reunificación familiar fue rechazada porque “ya hacía años que ella no se ocupaba de ellos y por lo tanto los niños no formaban parte de la familia”. ¡Escandaloso!

Los exiliados son llamados ahora solicitantes de asilo, lo que para mucha gente es sinónimo de parásitos y violadores en potencia. Incluso mis

Siempre me resistí a llamarlos solicitantes de asilo

antiguos colegas los designan así; yo siempre me resistí.

Siempre he tenido una nostalgia gigante por Chile, por mi familia, mis amigos y el país. Por eso fui ya en 1980, recién separada, con mi hijito de cinco años. Todo el mundo me lo desaconsejaba, porque el país estaba en plena dictadura, pero afortunadamente todo salió bien.

Cuando a fines de los años ochenta terminó la dictadura, quise volver definitivamente a Chile. Ya tenía un contrato con Fasic, una organización en Santiago que daba asistencia psicosocial a víctimas de la dictadura. Tenía ya mi pasaje listo, pero comencé a sentir cada vez más miedo, y al final decidí no irme. Además mi hijo entró en la pubertad, y ahí sí que no es aconsejable mudarse. Él no quería dejar a su padre ni a Holanda.

Desde Holanda yo mantenía a mis padres económicamente, pero con una media jornada en Fasic no habría podido mantener dos casas. Ellos no podían venir a vivir conmigo a Santiago, por la mala relación con mi padre, pinochetista. El trabajo me parecía fantástico, pero todo junto se hacía muy pesado. Dudé de si tendría las fuerzas para comenzar de nuevo, y finalmente decidí no irme. ¡Me sentí tan aliviada! Me reconcilé con esa decisión, con la idea de quedarme temporalmente aquí, esperando un mejor momento. Aún no ha llegado.

Desde 2008 estoy jubilada y todos los años voy cuatro meses a Chile. Esto no es siempre agradable, porque ha surgido una nueva clase media arrogante que discrimina como en la colonia a los migrantes de Perú y de Bolivia. Pero igual me siento en casa en Chile, la gente es amistosa y sociable, se vive más afuera, y siempre hay alguna razón para juntarse. Es agradable volver a la familia y a los amigos con los que comparto una historia. Eso no lo tengo aquí.

Elena (centro) reunida con chilenos, alrededor de 1984

Depositando corona en monumento a Allende en Ámsterdam con Jorge Arrate, alrededor de 1980



Chile era un país distinto, esperanzador y único en América Latina

Jan Pronk (1940) se sintió atraído por el experimento pacífico, único de Allende en Chile. Era ministro de Cooperación para el Desarrollo de Holanda cuando Pinochet tomó el poder por la fuerza, y también cuando la Concertación iniciaba la transición a la democracia. Pronk siguió siendo solidario con los pobres de Chile.

En 1971 fui por primera vez en mi vida a Chile, como economista de la Universidad de Róterdam. El catedrático Tinbergen me había enviado a América Latina para hacer contactos con universidades e instituciones estatales en el marco de nuestra investigación sobre empresas transnacionales. Estuve en Chile para el 1 de mayo, cuando el gobierno de Allende llevaba medio año. Allí me encontré con Koos Koster, a quien había conocido en reuniones del Consejo Mundial de Iglesias, donde desde los años sesenta la teología de la liberación estaba muy presente.

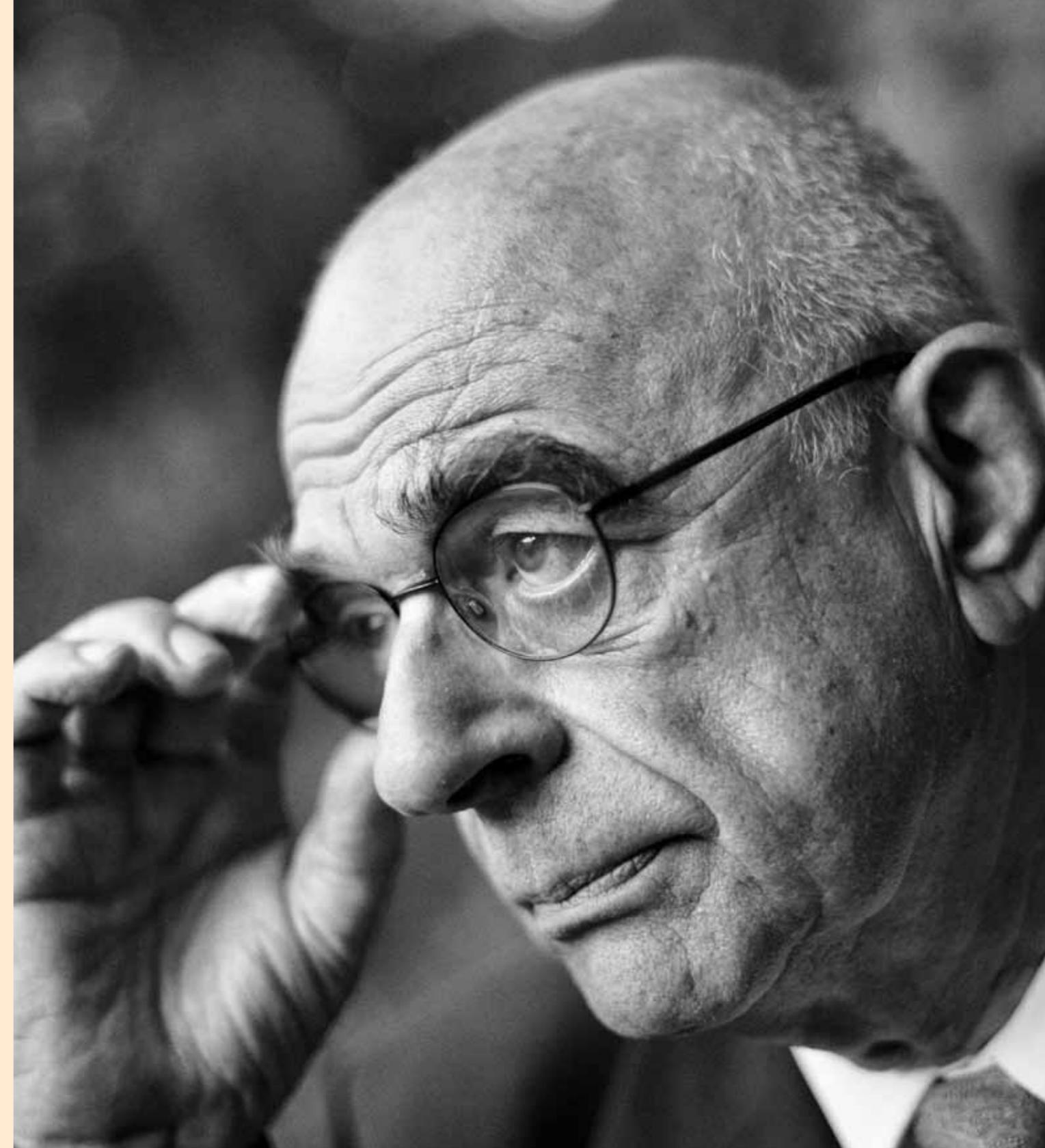
Gracias a Koos entré en contacto con una red de personas muy distintas a las que me habían dado citas oficiales. Conocí a activistas de derechos humanos y a exiliados de Uruguay y Brasil, gente con historias que yo hasta entonces sólo conocía de la literatura. Esas historias me conmovieron mucho; Chile seguía siendo un puerto libre de democracia y derechos humanos en América Latina.

Durante la tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo de la UNCTAD, en 1972, yo estaba de nuevo en Chile, pero ahora como diputado del

Partido del Trabajo (PvdA). También el dirigente nacional del PvdA, Joop den Uyl, formaba parte de la delegación holandesa. Me quedé todo el tiempo que duró la conferencia, abril y mayo. Para mí era como una reafirmación de los contactos de un año antes. También pude presentar a Joop den Uyl a otras personas, distintas a las “vips” oficiales. Juntos vivimos muchas experiencias, también eventos culturales y de tinte político. Escuché cantar a Víctor Jara y a Ángel Parra ¡Eso sí que estuvo bien!

En esa época también visité las poblaciones de las afueras de Santiago. Las condiciones eran indignas; había tanta pobreza... la necesidad de un cambio era evidente. No sólo los obreros votaron por Allende; también los cesantes sin perspectivas depositaron sus esperanzas en ese cambio democrático de izquierda. En las poblaciones se notaba que la gente confiaba en ello, a pesar de los contratiempos asociados a la rapidez de los cambios.

En resumen, Chile era distinto, un ejemplo de cambios pacíficos; esperanzador y único en América Latina. Chile era lo contrario al golpe de Estado de la izquierda revolucionaria en Cuba.



Chile decía: también se puede hacer de una manera democrática.

Max Arian, Jan Joost Teunissen y yo fundamos en octubre de 1972 el Comité Holandés de Solidaridad con Chile (CKN), para solidarizar con el Chile de Allende. Cuando fui ministro no pude seguir siendo miembro, pero obviamente el Comité tenía una buena entrada al gobierno. En esa época había aquí muchos comités de solidaridad, era fantástico; Holanda iba a la vanguardia. Esa solidaridad era más importante aun que el aspecto de ofrecer ayuda.

Un año más tarde, el 11 de mayo de 1973, comenzó en Holanda el gobierno del primer ministro Den Uyl (PvdA), exactamente cuatro meses antes del golpe en Chile. Yo era ministro de Cooperación para el Desarrollo; Van der Stoel, también del PvdA, estaba en el ministerio de Relaciones Exteriores, y Den Uyl, que había hablado personalmente con Allende y estaba convencido de sus principios democráticos, era el primer ministro. Los tres estábamos casualmente en posiciones claves cuando los militares se tomaron el poder en Chile. Por esto se pudieron tomar decisiones rápidas a pesar de los grandes problemas de esa época, como la crisis del petróleo y la guerra de Yom Kipur. Hicimos lo que pudimos: le dimos voz a la oposición, apoyamos a los exiliados, nos preocupamos de que no se apoyara al nuevo régimen en Chile.

Además, el movimiento holandés de solidaridad reaccionó inmediatamente con marchas masivas ya el 15 de septiembre. Yo fui uno de los oradores

en Ámsterdam: “Durante tres años Chile ha sido el país de la esperanza. Lo que Allende inició no podrá desaparecer tan fácilmente”. El 11 de septiembre está para mí indisolublemente relacionado con Chile.

La destrucción del modelo chileno fue un golpe para todo el mundo. En todos los países se habían dado golpes, pero Chile tenía una larga tradición democrática, y por eso esperábamos que no sucediera allí. ¿Que si no habíamos visto venir el golpe? Bueno, era por supuesto un régimen democrático odiado por el orden establecido, y casi nadie confiaba en la política de Estados Unidos con respecto a América Latina. La solidaridad -también la creación del Comité Holandés de Solidaridad con Chile- se basaba en el temor de que el proceso democrático se viera debilitado.

Afortunadamente había periodistas holandeses en Chile, como Jan van der Putten y Koen Wessing, que registraron los hechos. Las historias eran impactantes. Chile recibía muchísima atención por parte de la sociedad holandesa, y hacía años que se venía criticando la política exterior de Estados Unidos, que apoyaba a varios regímenes de dudosa reputación. Por eso nuestra política hacia los exiliados chilenos pudo contar con apoyo durante mucho tiempo. Los exiliados eran bienvenidos, y eso siguió siendo así hasta los años noventa.

Pude detener de inmediato la ayuda al desarrollo para Chile ya el 12 de septiembre, porque los informes para el Prinsjesdag (‘el día de los príncipes’:



Pude oír cantar a Víctor Jara y a Ángel Parra. ¡Eso sí que estuvo bien!

El 12 de septiembre pude detener de inmediato la ayuda a Chile

cuando el gobierno presenta el presupuesto para el año siguiente), aún no habían sido enviados al parlamento. Chile fue simplemente retirado de la lista de países prioritarios; y también decidimos que Holanda invitaría a exiliados. Hubo un problema con la embajada en Santiago: el embajador pensaba que el golpe no era tan terrible, pero Van der Stoel intervino rápidamente y dejó claro que la embajada debía ofrecer protección a los exiliados y que estos podían viajar a Holanda.

El Comité Holandés de Solidaridad con Chile obviamente cambió su carácter después del 11 de septiembre de 1973. Hizo lo que un movimiento de solidaridad debe hacer: otorgar una voz a la oposición chilena, y denunciar la manera en que algunos gobiernos occidentales - en este caso Estados Unidos- y las empresas transnacionales habían ayudado a los generales y seguían haciéndolo. En Holanda, y en Europa, el CKN ejercía presión para evitar que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional aprobaran préstamos a Chile.

La primera vez que volví a Chile después del golpe de Estado fue en 1990, para el segundo funeral de Allende. El gobierno chileno había invitado a algunos políticos de países que habían sido solidarios con Chile. Fue un acontecimiento muy impresionante.

Ese año pude terminar -en una situación muy diferente- lo que había empezado en 1973. Cuando recién asumí la función de ministro decidí poner a Chile en la lista de países prioritarios para la cooperación al desarrollo; después del golpe yo mismo revertí esa situación. En 1990, cuando Chile volvió a la democracia, yo era de nuevo ministro, e introduje a Chile otra vez en el programa de ayuda holandés. No fueron grandes sumas pero todo se puso en marcha otra vez. El partido demócratacristiano (CDA, por sus siglas en holandés) encontraba que era una tontería: Chile ya no era un país pobre. Pero la desigualdad dentro del país era todavía enorme. Pude mantener la ayuda entonces, y me alegre mucho de haber podido hacerlo, aunque haya sido después de más de diecisiete años.

En la inauguración de la exposición ‘15 años de solidaridad con Chile’: Ámsterdam, 1987

Con Ruud Lubbers (CDA, izq.) en manifestación por Chile; Ámsterdam, 1978

Discurso en manifestación por Chile, 15 sept. 1973, Ámsterdam

En el verano es una fiesta con todos los pájaros

Jorge Kata Núñez Ampuero

(Valdivia 1953)
llegó a Holanda en 1977. En Chile comenzó pintando murales políticos y en Holanda se desarrolló como artista. Retornó a Chile en 2012.

Hace ya más de cuarenta años que todos me llaman Kata. En las brigadas muralistas alguien señaló mi camisa verde y dijo “Eres Kata”, que es un papagayo verde. Soy feliz con ese nombre. Otros brigadistas tenían casi siempre sobrenombres crueles, y a mí me gustan los pájaros.

Desde los trece a los dieciséis años viví solo en el campo, cerca de Valdivia, en el sur de Chile, porque una señora de origen alemán necesitaba a alguien que le cuidara la casa en su fundo. Y para mi madre, pobre y con seis hijos, esto significaba una boca menos que alimentar. La escuela estaba a cinco horas caminando ida y vuelta, por eso faltaba muchas veces. La naturaleza fue mi escuela. Tenía más contacto con los animales que con la gente. Caminaba sin rumbo por los bosques, y aprendí a reconocer plantas y pájaros. Eso me encantaba. Como compañía, y a veces contra el frío, llevaba animales a la casa: perros, papagayos y un caballo. Dormía siempre pegado al vientre del caballo. En las mañanas las maravillosas alfombras alemanas amanecían llenas de excrementos. Ahora pienso: ¿A quién se le ocurre dejar allí a un niño solo? Pero cuando llegué a Holanda me di cuenta de que este había sido el período

más hermoso de mi vida.

A los dieciséis años volví a la casa de nuestra familia en Valdivia. Entretanto había ocurrido de todo, y yo no tenía idea. Los jóvenes usaban el pelo largo y querían cambiar la sociedad, Allende podría ser presidente. Me fui a trabajar a una empresa metalúrgica y a estudiar de noche.

Encontré mi camino en las Brigadas Muralistas de la Juventud Comunista. Desde joven fui buen dibujante, y en los murales hacía los trazados, que eran coloreados por otros. Esto había que hacerlo muy rápidamente, ya que la policía y los grupos derechistas podían aparecer en cualquier momento. Una vez hicimos un mural de treinta metros en tres minutos. Cuando Allende ganó las elecciones en 1970 comenzó la fiesta; pintábamos menos textos y más símbolos, con muchos colores: estrellas, flores, leche para los niños. Fue una época idealista y romántica.

Después del golpe, el trabajo político se hizo clandestino. Seguimos pintando murales, pero se convirtió en algo muy peligroso. En 1974 me arrestaron y torturaron durante mucho tiempo. Me condenaron a veinte años. Unos años



más tarde esa condena fue mutada por quince años de exilio.

Sin preparación, y terriblemente solo, en 1977 aterricé en el aeropuerto de Schiphol. De repente escuché “¡Kata, Kata!”. Era Patricia Schell, una chilena que trabajaba en la acogida a los refugiados. No la conocía, pero la abracé y la besé.

Rápidamente me metí en una brigada de pintura, pero esta vez el trabajo era seguro y legal. Cuando estaba en clases de holandeses, los brigadistas golpeaban la ventana: “¡Kata, vamos a pintar!” La profesora suspiraba: “¿Kata, te vas de nuevo?”, y yo contestaba: “Sí, tengo que irme”. En Holanda pinté unos setenta murales.

Primero viví en el Bijlmer, un barrio a las afueras de Ámsterdam; luego en Spijkensisse, una comuna cerca de Róterdam, y después terminé en Róterdam mismo. Allí continué con las actividades de solidaridad y trabajé en el Centro Salvador Allende. En 1978 comencé a estudiar en la Academia Libre de La Haya. Aquello fue un derroche de nuevos conocimientos y de gente estupenda. Después estuve cinco años en la Escuela Gráfica de Utrecht, donde aprendí muchísimo.

En Holanda me pude desarrollar como artista profesional. Allí todos aceptaban la idea de que era un artista, mientras que en Chile me habrían dicho que tendría que ganarme el pan simplemente y dejarme de pretensiones burguesas. Debido a mi formación comencé a pintar de manera diferente. Los primeros murales políticos eran

armados rápidamente, con planos grandes, líneas negras anchas y colores convencionales. Se parecían mucho unos a otros, había mucha repetición. Con lo que aprendí, empecé a pintar con más evolución de colores, con menos líneas gruesas, o sin líneas, y usé formas gráficas en un estilo figurativo. Nunca pinté sobre Holanda, sino que mucho procedía de mi juventud en la naturaleza del sur de Chile, especialmente con pájaros.

En Róterdam pinté grandes murales en barrios, donde antes discutía el diseño con sus habitantes. Los murales no son arte privado, sino algo social. En 2003 hice una pintura sobre pájaros en un muro de 25 por 2,4 metros de la fundación Vogelklas, un refugio para pájaros instalado en una vieja escuela. Allí estuve dos meses pintando en la calle, donde entretanto conversaba con la gente que iba a mirar. Con el dinero que gané con esto compré un terreno boscoso en Valdivia.

En 1990 volví por primera vez a Chile, pero debido a que tenía que seguir un tratamiento contra el cáncer en Róterdam, no era el momento apropiado para quedarme definitivamente. En Valdivia conocí a Isabel, quien partió a Róterdam unos meses después. Los lazos con Valdivia se reforzaron, y en 1994, junto a Juan Heinsohn, hice una exposición de nuestras pinturas y dibujos. En 2000, un nuevo tratamiento de quimioterapia interrumpió otra vez los eventuales planes de retorno.

Cuando fuimos a Valdivia a fines de 2011, nuestra familia nos había

La naturaleza fue mi escuela



construido una casita en el terreno que yo había comprado antes: “Llegó el momento; estábamos esperándolos”. Sobre todo Isabel quería volver. Yo encontraba difícil decirles a mis amigos de Róterdam que después de 35 años dejaría mi segunda patria.

Llegamos aquí en octubre de 2012, y con ayuda de la familia construí un piso extra en la casita. Aquí estamos aislados en la selva. En el verano es una fiesta con todos los pájaros. Aquí me llegan muchos recuerdos de la extraordinaria infancia que viví en el campo. Tenemos tres perros, pero ahora los hago dormir fuera. Me encanta estar en la naturaleza, aunque en Chile se

convive muy mal con ella. El bosque lo están talando a gran velocidad para hacer dinero rápido.

Mis ingresos son muy inseguros. Además de la pintura y el trabajo gráfico, espero ganar algo extra con un nuevo oficio, haciendo juguetes de madera. Si eso no funciona, tendremos que inventar otra cosa. Incluso quizás regresemos a Holanda. En ese caso ya habré cumplido el sueño de volver a Chile, aunque también haya terminado.

Murales de Kata Núñez en la página 144 y 145.

Kata junto a mural en Zuidplein, Róterdam

Kata dibujando un retrato

Pintando un bus (Kata a la izq.)

Hacíamos un mural de treinta metros en tres minutos

La solidaridad en imágenes



'Las mujeres chilenas saludan a las mujeres holandesas en este día'; huelga de mujeres, Ámsterdam, 1980



Acción de boicot contra la importación de manzanas chilenas, probablemente Groningen, 1977

Políticos holandeses y un popular humorista. Al megáfono Wim Kok, presidente de la FNV (Central sindical). Fines de los setenta.



'Comité de apoyo a los presos políticos en Chile', fines de los ochenta



'Pinochet a la justicia', Ámsterdam, a finales de 1998

La vida siempre te ofrece nuevas posibilidades

Bincho Alarcón Seguel (Loncoche 1946), en Holanda desde 1974. Fundó un departamento sobre América Latina en la Academia Social De Horst, en Driebergen. Con esto aportó a una sociedad multicultural, respetuosa de la identidad propia de cada cual.

Desde niño me interesó la política. Mi padre, proveniente de una familia obrera, fue elegido alcalde de Loncoche, cerca de Cautín. Como hombre de concepciones socialistas, estaba comprometido con una sociedad más justa. Yo me hice militante de la Juventud Socialista, y trabajé en el movimiento estudiantil, pero en 1965 ingresé al MIR de Temuco. Cinco años después participé en los preparativos de la primera toma de terreno de los mapuche en la región, lo cual estimuló nuevas acciones, que condujeron a que más mapuche recuperaron sus tierras.

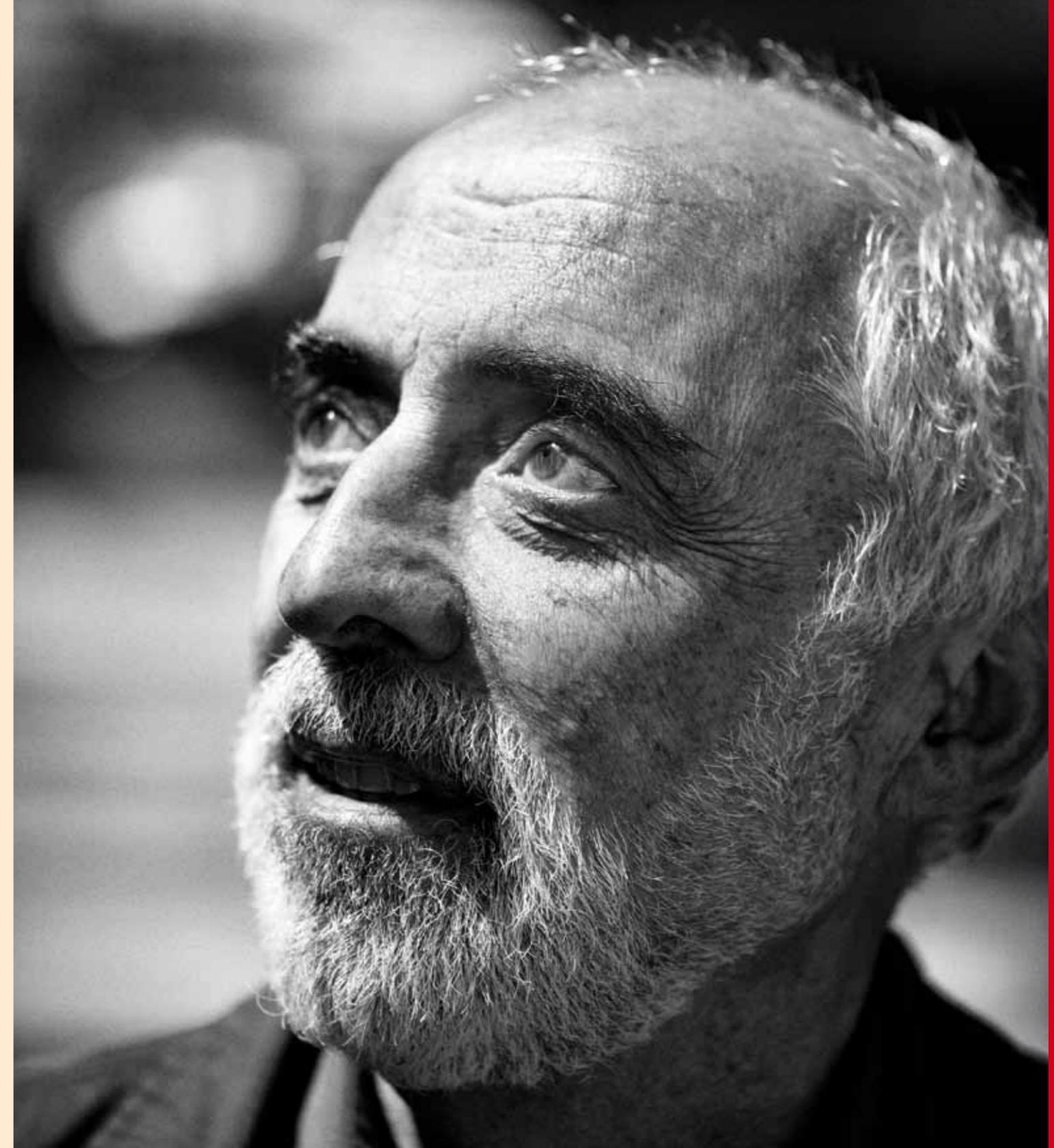
Durante la Unidad Popular trabajé en una organización dedicada a la implementación de la reforma agraria. Primero participé en la formación de los consejos campesinos y después fui representante del gobierno para devolver a los campesinos las tierras expropiadas a los grandes terratenientes. Tenía que negociar con los campesinos y con los expropietarios, que me odiaban, y a quienes después lamentablemente Pinochet les devolvió las tierras.

La segunda semana de agosto de 1973, poco antes del golpe de Estado, fui arrestado por carabineros junto con

mi amigo Ambrosio Badilla. Fuimos falsamente acusados de haber puesto una bomba, y por eso nos dejaron en una celda incomunicados durante cinco días. Con la ayuda de intermediarios nos dejaron en libertad condicional el 4 de septiembre. Habían difundido afiches sobre nosotros: 'Se buscan: vivos o muertos'. No volví a ver nunca más a Ambrosio: lo detuvieron y al final lo asesinaron.

Poco después del golpe de Estado salí de Temuco con destino a Santiago usando la vestimenta de sacerdote, pero tampoco allí estaba a salvo. El obispo luterano alemán Helmut Frenz me consiguió asilo en Holanda, pero yo mismo tenía que ver cómo lograba entrar a la embajada. Salté un muro, pero un funcionario de la embajada me exigió entrar por la puerta principal, que estaba rodeada de militares. Por suerte el portero me ayudó a salir y volver a entrar en un momento oportuno. Estuve largo tiempo en la embajada. Sólo después de diez meses me dieron un salvoconducto.

A mediados de 1974 llegué a Holanda junto a mi pareja, y poco después nos casamos, y en 1982 tuvimos un hijo, Maurino. Después nos separamos y ella



regresó a Chile. Tengo una hija y otro hijo con mi esposa holandesa.

En la organización Sjaloom conocí a Piet Reckman, docente de la Academia Social De Horst, en Driebergen, y activista muy comprometido con Chile. Piet estaba muy interesado en mis experiencias con la metodología de alfabetización y concientización de Paulo Freire, y me ofreció ser docente en De Horst. A los seis meses de mi llegada a Holanda ya tenía un contrato temporal, y después de seguir una capacitación complementaria obtuve un contrato fijo.

Muchos refugiados latinoamericanos no pudieron terminar sus estudios, o no encontraban trabajo en Holanda. Para ellos especialmente fue que creamos un departamento aparte sobre América Latina. Llegaron holandeses, chilenos, antillanos, surinameses y otros latinoamericanos. El éxito de esta iniciativa nos hizo abrir un departamento para estudiantes que venían desde el Tercer Mundo. Finalmente llegamos a tener 250 estudiantes de dieciséis nacionalidades distintas, entre los cuales un tercio eran chilenos. Esto llamó la atención internacionalmente: "¿Cómo se puede enseñar a estudiantes de dieciséis culturas distintas?" Sí, se podía. En un permanente diálogo sobre religión, política y sociedad aprendíamos unos de otros.

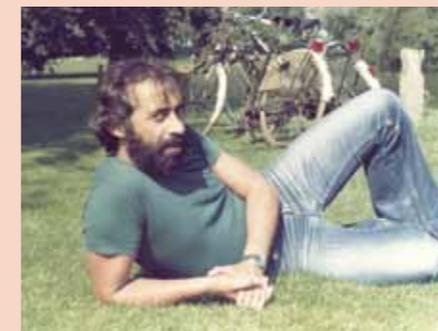
Mi época en De Horst fue el periodo más hermoso de mi vida. Esa experiencia única no me la quita nadie, fue un sueño hecho realidad. Entregué un aporte a lo que Holanda debía ser: una sociedad

multicultural, en la cual la gente respetaba sus identidades respectivas.

Alrededor de 1990, cuando terminó la dictadura, De Horst tenía planes de instalar en Santiago un centro de estudios que coordinaría yo. Sin embargo, debido a la caída del muro de Berlín, muchos subsidios se desviaron a Europa Oriental, por lo que el plan no resultó. La hermosa carrera que creamos en De Horst fue eliminada por nuevos gerentes, que querían dar otra dirección a la academia. En 1996 quedé cesante junto con veinte colegas. Desde entonces, he escrito cientos de cartas de solicitud de trabajo sin ningún resultado.

Con mi familia hicimos un nuevo plan de retorno. Compramos un terreno en los alrededores de Temuco para, junto con otras tres familias que vivían allí, instalar una parcela modelo, para combinar la agricultura responsable con el trabajo en educación y en salud. Todo iba bien hasta que me aquejó una enfermedad a los ojos y el doctor dijo que podía quedarme totalmente ciego. Y así se truncó nuestro segundo intento de regresar a Chile.

Afortunadamente se me presentó una nueva tarea, la de dueño de casa. La mamá iba a trabajar y el papá se quedaba en la casa. Antes yo daba clases sobre eso, pero ahora aprendí a vivir la experiencia de lo que es responsabilizarse de la casa y de la crianza. Como papá y dueño de casa crié dos niños. No había más tiempo para fantasías ideológicas, puesto que tenía



que pensar en concreto: ¿qué comemos hoy; qué compras necesitamos? La comida tenía que estar a tiempo, había que lavar y planchar. Tenía que llevar y traer a mis niños al jardín y luego al colegio. Mi vida social se limitó; pasaba mucho tiempo en casa. Pocos hombres tienen esta experiencia. Puede ser muy monótono hacer todos los días lo mismo, pero puedes ver cómo se desarrollan los niños. Estoy muy contento de haber participado en su formación.

Hace diez años murió mi padre, y desde entonces mi madre vive sola.



Ahora tiene 95 años, y está muy lúcida. Por suerte puedo permitirme viajar regularmente a Chile, cuidar a mi madre y encontrarme con viejos amigos y compañeros. También soy muy activo en la lucha por la justicia y el esclarecimiento de los crímenes de la dictadura.

Ya vivo en Holanda desde hace 40 años. El tiempo ha pasado muy rápido, pero he seguido mis sueños y tratado de realizar la mayor cantidad posible. La vida no es un proyecto terminado, y si soy fiel a mis sentimientos siempre llegan nuevas posibilidades. Surgen nuevos

Bincho sobre el pasto de la Academia Social De Horst

Con la familia (sus padres en primer plano), Ámsterdam, 1977

Con su hermano Belto (izq., recién salido de la cárcel), París, 1975

Esta experiencia única no me la quita nadie

Surgen nuevos movimientos y formas de solidaridad

Aprendí a aceptar a los demás como son

Hugo Bascuñán

(Valdivia 1950)

bajo el gobierno de Allende fue dirigente estudiantil, y entre 1977 y 1987 vivió en Holanda, donde organizaba actividades culturales, sorprendido de la tolerancia. A su regreso a Chile, se dedica a solucionar los problemas de jóvenes de poblaciones.

En la ciudad donde nací, en el sur de Chile, el mundo no se veía más grande que Valdivia; como mucho el mundo era Chile. En Holanda cambió esa apreciación mía. Allí no solo conocí holandeses, sino que también peruanos, bolivianos, argentinos y uruguayos.

Hijo único de una madre sola que quedó embarazada de un terrateniente, crecí en un barrio pobre, con la sabiduría que te da la calle. Desde joven estuve involucrado en actividades de teatro, y políticas y sociales. Para complacer a mi madre estudié primero para contador. Luego, trabajando paralelamente, pude ir a la universidad, donde hice lo que yo quería: teatro.

Cuando los militares dieron el golpe el 11 de septiembre de 1973, yo era militante de las Juventudes Comunistas y presidente de la Federación de Estudiantes. Entonces me expulsaron de la universidad, aunque yo seguí trabajando en la resistencia. Vivía cada vez en un lugar distinto. La iglesia católica me protegió dándome un trabajo como docente de teatro e historia del arte en el seminario de Valdivia. Allí viví un tiempo, y me involucré en el activismo por los derechos humanos de la iglesia y en

una imprenta. En mi primera detención me liberó un obispo, pero luego me arrestaron cada vez más seguido. La casa donde yo vivía con mi esposa e hijita fue destrozada, y la imprenta fue allanada. Fui torturado en la cárcel. Finalmente, el director del seminario y el obispo me ayudaron a irme de Chile.

Llegué a Holanda a fines de 1977. Iba a quedarme a vivir un mes en una congregación religiosa de franciscanos de Leiden, pero me quedé cinco años. Mi esposa no quería ir con nuestra hijita a Holanda. Tomé contacto con el Centro Salvador Allende (SAC), fundado en Róterdam en 1977, y me convertí en su coordinador cultural. Mientras, seguí viviendo un tiempo en Leiden, trabajaba en Róterdam, y estudiaba además en la academia social De Horst, en Driebergen.

Participé en la organización de grandes festivales de música con la Fundación Música Libre y el Festival Víctor Jara (que luego se llamó el festival VLAM) en Utrecht. Llevamos a Holanda importantes grupos de música y artistas como Inti-Illimani, Quilapayún, Los Jaivas, Mercedes Sosa, Daniel Viglietti y Silvio Rodríguez.



Algunos holandeses que acogieron a chilenos eran muy paternalistas y querían arreglarlo ellos todo: “Las galletas tienes que ponerlas en un tarrito”, decían. Pero lo que más me sorprendía era su gran tolerancia, dentro de mi comunidad franciscana y también fuera. Muchos holandeses estaban abiertos a la multiculturalidad, aunque eso después cambió muchísimo. La diversidad era más aceptada y valorada de lo que yo estaba acostumbrado en Chile. Aquí los mapuche eran vistos y tratados como inferiores. El sexo era tabú y los discapacitados físicos se escondían. En Holanda aprendí a aceptar a los demás como son.

Recién en Holanda conocí gente de otros países latinoamericanos. Disfruté de la multiculturalidad, de los poemas en distintos idiomas del Festival de Poesía Internacional, de las distintas cocinas. Otros chilenos estaban menos acostumbrados.

En Holanda se discriminaba a los trabajadores inmigrantes, pero no a los refugiados políticos. Teníamos cierto estatus; todavía no éramos muchos. Se valoraban nuestras expresiones culturales, como la música y los murales que introdujimos en el país. Mi estadía en Holanda profundizó mi interés político-cultural, y el Centro Salvador Allende fue una escuela para mí, donde tenía amigos solidarios que me enseñaron a valorar la vida, la multiculturalidad y el compromiso con la justicia.

En 1987 regresé definitivamente. La dictadura llegaba a su fin y pensé que podía hacer algo por Chile otra vez. Mi nueva esposa pensaba que era mejor volver antes de que nuestros hijos de cinco y casi tres años fueran al colegio. No nos fuimos a Valdivia, nos quedamos en Santiago, porque ella era de aquí.

Yo encontré rápidamente un trabajo como trabajador social en una comuna cerca de Santiago. También me involucré en la lucha por la democracia de los movimientos sociales; en un comité de vivienda social, por ejemplo, y un comité de exiliados retornados. En mi comuna fui presidente del Comando por el NO: no contra Pinochet en el referéndum de octubre de 1988.

No tenía miedo de ser detenido, porque la lucha ya no era clandestina, sino pública, y mucha gente salía a las calles. Te podían detener breves períodos y maltratarte, pero ya no te torturaban. Como ex coordinador del Centro Salvador Allende tenía muchos contactos, y organicé conciertos masivos de grupos de músicos retornados, como Illapu e Inti-Illimani, y también de muralistas.

Me quedé trabajando en Santiago, organizando programas de desarrollo para jóvenes de poblaciones pobres, de manera que pudieran enfrentar sus problemas sociales a través de la participación y de actividades artísticas. Ahora soy jefe de esos programas en la comuna de Huechuraba, en Santiago Norte.

Recién en Holanda conocí a otros latino-americanos

Encuentro fantástico que hayan venido migrantes de Perú, Bolivia y Ecuador



Nunca más regresé a Holanda, pero tengo aún algunos contactos. Mi gran amigo Kata Núñez regreso a Chile en el año 2012. También organicé conciertos aquí de la cantante holandesa Winanda van Vliet.

No me gusta el Chile de hoy. Hay demasiado autoritarismo y la democracia aún no está desarrollada. Chile muestra una linda cara hacia afuera, pero la desigualdad es escandalosamente grande. La gente es poco tolerante, los mapuche son terriblemente excluidos, y considerados terroristas por exigir que les devuelvan su propia tierra. Hay discriminación hacia las mujeres y las minorías sexuales, y también hacia los pobres. Los chilenos también menosprecian a los nuevos migrantes de Perú, Bolivia y Ecuador. A mí me gusta su cultura, y la

música andina. Encuentro fantástico que hayan venido. Traen cosas nuevas, como la cocina peruana. Pero no soy nada pesimista: trabajo justamente para cambiar las relaciones de injusticia. No me quedo sentado en la casa esperando; todavía tengo espíritu de lucha.

Hugo en su habitación de la congregación de los franciscanos, Leiden, 1979

Sin Chile mi vida habría sido totalmente distinta

Moniek Reckman

(1958) tenía quince años cuando comenzó a involucrarse en actividades con y para los exiliados chilenos en Holanda. Los contactos y amistades que construyó en ese periodo enriquecieron su vida enormemente.

Yo estaba en casa cuando escuché la noticia del golpe de Estado. Durante todo el camino a la escuela iba pensando: no puede ser verdad, ¡no puede ser! En casa siempre veíamos a Chile con mucha admiración. Mi padre -Piet Reckman- incorporó muchas lecciones sabias de Chile a su trabajo como docente en la academia social De Horst, en Driebergen; y como político. ¡Y sucede esto!

Todavía me acuerdo bien: después del colegio y los fines de semana dejaba tiempo libre para el grupo de acción solidaria Sjaloom -que fue fundado por mi padre en 1963- y para otras actividades sociales. Cuando en 1972 mi padre regresó de Chile, de la Conferencia de la UNCTAD, trajo muchas anécdotas. También traía maravillosos ponchos y varios elepés de vinilo. Desde entonces la música latinoamericana nunca me abandonó; pero no sólo la música.

Un día llegó mi padre con la idea de traer a Holanda al conjunto de música chileno Inti-Illimani, que andaba de gira por Europa. Organizamos algunos conciertos, y me permitieron acompañarlos en la gira, aunque tenía quince años. Cuando estaban aquí,

los músicos no sabían que habían dejado un país que ya nunca sería el mismo. El 11 de septiembre de 1973 estaban en Italia. La gira, que comenzó unos días después del golpe, tuvo instantáneamente una carga emocional muy distinta. Comenzaron las protestas y todo el mundo se sentía involucrado con Chile. El conjunto musical llegó con una maleta para la gira como único equipaje, y los músicos no tenían idea de adónde debían ir. Cuando los conocí hubo de inmediato un clic. Nosotros no hablábamos castellano, ellos tampoco hablaban inglés, pero no importó: todos sentíamos igual. Durante las pausas de las presentaciones se encendía inmediatamente la televisión. ¿Que estaría pasando en Chile?

Al poco tiempo comenzaron a llegar los primeros exiliados al hotel IJtunnel de Ámsterdam. Junto a otros colaboradores de Sjaloom me trasladé rápidamente allí a darles la bienvenida. Muchos de ellos se convirtieron en mis amigos, con quienes mantengo contacto hasta el día de hoy. Lentamente los exiliados comenzaron a amoblar sus casas, pero aún se sentían muy desorientados. Para suavizar el shock emocional, organizamos con Sjaloom una fiesta para los exiliados chilenos, para que



Es una lástima que el sentimiento de solidaridad pareciera haber desaparecido de nuestra sociedad

sintieran que los valorábamos y que nos importaba mucho que estuvieran bien. Ese sentimiento lo tenemos todavía; ellos y nosotros. Como había que cocinar para tanta gente, hicimos trutros de pollo, ¡innumerables trutros de pollo! Al final ya no podíamos ni verlos, pero sin duda la ocasión fue muy entrañable.

Antes del golpe de Estado ya estaba interesada en la cultura y política chilenas. Después el interés sólo fue aumentando. Cuando había alguna marcha o se pintaba algún mural, allí estaba yo. Alrededor de 1974, junto con otras fundé 'Nederlandse Vrouwen voor Chili' (Mujeres holandesas por Chile), una organización que recaudaba dinero para familias cuyo jefe de hogar había desaparecido durante la dictadura. Así, los niños podían ir al colegio y tenían qué comer.

Cuando las familias se las pudieron arreglar solas, porque recibían por ejemplo una ayuda social del Estado, o porque los hijos ya ganaban dinero, decidimos apoyar a los niños de familias que retornaban a Chile. Cuando estas también estaban instaladas, comenzamos con una iniciativa de talleres de radio, a través de los cuales los niños chilenos de las poblaciones aprendieran a formarse un criterio propio, y así tener más confianza en sí mismos. Un proyecto muy valioso, que todavía apoyamos.

Durante todos esos años pude dar cauce a mi pasión por la música

latinoamericana. Por ejemplo, ayudé en la organización del primer Festival Víctor Jara, que después se llamaría Festival de América Latina. Las entradas para el recientemente reinaugurado teatro Vredenburg, en Utrecht, se agotaron prácticamente de forma inmediata. A través de ese festival conocí a muchos músicos, y pude asistir a muchos conciertos en todo el mundo.

El efecto de aquel movimiento de solidaridad es positivo. De los chilenos que conozco, muchos lo recuerdan con satisfacción. Todos se llevaron buenas cosas de Holanda. Es una lástima ver que ese sentimiento de solidaridad pareciera haber desaparecido de nuestra sociedad; y lo que me molesta por sobre todo es la intolerancia. Me acuerdo de un amigo de París que compró en Holanda un lindo sombrero latinoamericano. Andaba todo el día con él, pero lo dejó colgado aquí cuando volvió a Francia, porque no lo podía usar allá, dijo. Nosotros éramos tolerantes, podíamos hacer lo que queríamos, estábamos en la vanguardia en las protestas contra las armas atómicas. Antes me sentía orgullosa de decir que era holandesa.

Habría esperado que, dado el fuerte movimiento de solidaridad de entonces, hoy siguiésemos tratando a los refugiados de esa manera. Ahora los llaman "buscadores de fortuna"... Debiéramos tener respeto por estas personas, que lo han tenido que dejar todo atrás. Puesto que conozco las historias de los chilenos, sé lo que es

ser refugiado. No sólo escapar ha sido difícil en casi todos los casos, también el retorno. Muchos exiliados habían cambiado al regresar a Chile. Por suerte la mayoría vuelve al mismo modelo de antes. Pero sigue siendo difícil, aunque hubiesen soñado muchos años con el retorno. Hace unos años me encontré en Chile con un conocido que me invitó a tomar un café, pero su casa era tan pequeña que apenas cabía una persona.

Si miro a mi alrededor en mi casa, veo por todas partes objetos que tienen que ver con Chile, y regularmente vienen amigos chilenos a visitarme. Sin lo sucedido en Chile mi vida habría sido totalmente distinta. Ocuparme de problemas sociales lo aprendí de pequeña, pero la llegada de los exiliados chilenos cambió mi vida totalmente. No se le desea un golpe de Estado a ningún país, pero aunque suene raro: el golpe de Estado en Chile enriqueció



Aunque parezca raro, el golpe de Estado enriqueció enormemente mi vida

Mi casa flotante es mi asidero

Arturo Avendaño Vera (Santiago, 1957) llegó a Holanda en 1981, después de haber trabajado en la resistencia en Chile. Desde 1987 trabaja como cooperante interdisciplinario en España, Ecuador, Yemen y Palestina. Su asidero lo constituyen su casa flotante y algunos de sus vecinos de las casas flotantes de Schellingwoude, un sector de Ámsterdam Norte.

Crecí en Chillán, al sur de Santiago, y desde joven ya participé en política. Durante el gobierno de Allende fui dirigente de una organización estudiantil, y militante de la Juventud Socialista. No era raro entonces que después del golpe de Estado fuera arrestado, muy maltratado, y testigo de falsas ejecuciones.

Cuando quedé libre me puse a trabajar para la prensa clandestina, mandando información al extranjero. En 1977 fui otra vez arrestado, y también torturado. Después de un año quede libre y retomé el trabajo por los derechos humanos y la democracia, hasta que se puso muy peligroso y tuve que salir del país.

En 1981 llegué a Holanda, a través de España. El reconocimiento como refugiado individual, no invitado, era difícil. Se demoraron dos años en otorgármelo. En ese tiempo reparaba autos y colaboraba con la revista *Unidad y Lucha*, además de realizar otras actividades de solidaridad. Después de divisiones dentro de la corriente socialista, a mediados de los ochenta disminuyó mi actividad.

Me hice un poco holandés cuando en 1982 me fui a vivir a una casa

flotante, que para un chileno es muy extraño. Con ayuda de Ton, la pareja de Wietske, del movimiento de solidaridad, construí en Schellingwoude, con mucha improvisación, una nueva estructura sobre un pequeño casco hundido. Fue una aventura magnífica; me fascina cómo se forma una idea y después poder ejecutarla. Como mi barco estaba sobre hielo en invierno, aprendí a patinar. Esa fue una experiencia tan maravillosa que me fui una vez patinando hasta Purmerend. Gracias a los contactos con mis vecinos, también habitantes de casas flotantes, comencé a echar raíces aquí.

En Chile había trabajado con sacerdotes y abogados, pero aquí ni siquiera pude ir a la universidad, porque no tenía los diplomas exigidos. A través de mi trabajo periodístico llegué a VARA y luego a NOS [entidades de radio y televisión], donde colaboré con el programa para españoles en Holanda. NOS y Estudio Abierto me enviaron en 1987 a España como corresponsal, y para instalar una radio local, que hice junto a jóvenes campesinos que después de una toma de terrenos habían formado una cooperativa. Luego trabajé tres años en Ecuador con campesinos y jóvenes para la



organización para el desarrollo SNV, con simples medios de comunicación. Una fantástica experiencia. Como chileno encontraba sorprendente cómo el pueblo originario aquí mostraba su fuerza, que era un factor significativo. Su cultura era valorada. El pueblo originario era discriminado por los blancos de la ciudad, pero menos que los mapuche en Chile. Para los mapuche tampoco había mucho espacio en el movimiento solidario de izquierda; la lucha contra Pinochet siempre estaba antes.

Una vez de vuelta en Holanda, seguí estudios de educación para adultos y didáctica, y trabajé un tiempo en el departamento de capacitación y comunicación del Instituto Real de los Trópicos. Fue una bonita etapa. Con mis colegas latinoamericanos nos reíamos mucho; nos divertíamos de una manera que nuestros colegas holandeses no entendían; por ejemplo cuando yo decía "Goedemorgen (buenos días) mi amor".

Después fui a dar a Yemen como experto en comunicación. Era un mundo totalmente distinto, un país tribal donde difícilmente funciona un Estado. La mayoría de la gente no tiene idea de que a muchos kilómetros de distancia existe algo llamado gobierno, o que unas buenas autoridades con reglas aceptadas por todos puede ayudar a la población. Aprendí que solo se puede conseguir algo con mucha paciencia, si no la gente se pone nerviosa y se enoja, y entonces ya no se puede lograr nada. Trabajaba en dos tempos: el mío propio y el de los yemeníes. En 1994 tuve que parar

de repente, porque estalló una guerra entre Yemen del Norte y Yemen del Sur.

Luego seguí estudios en Holanda y en España. En 1998 me fui a trabajar a Palestina para una ONG española en un proyecto sobre salud mental y resistencia pacífica. La situación allí es de una locura total. Los niños no pueden ir al colegio cerca, ni las mujeres embarazadas a un hospital a la vuelta de la esquina, porque lo impide un puesto de control militar. Trabajé un tiempo en una clínica para mujeres víctimas de la violencia política y doméstica. La tortura la conocía de Chile, pero la violencia y sus consecuencias eran aquí peores. Algunas mujeres, por ejemplo, no contaban con el apoyo de sus familias, porque supuestamente habrían perdido el honor.

Pude hacer algunos pequeños aportes allí. Puesto que las ambulancias no podían llegar a los enfermos y heridos debido a los puestos militares y caminos bloqueados, diseñé un sistema de primeros auxilios móvil. En caso de urgencia, los asistentes médicos podían llegar rápidamente al lugar con una mochila especial. Las mochilas contenían material médico y medios de comunicación radial. Hay tres tipos: para heridos, para mujeres embarazadas y para enfermos.

Después de trece años, en 2011, tuve que dejar Palestina, porque las autoridades israelíes no prolongaron mi permiso de trabajo. Había echado raíces y me habría gustado quedarme más tiempo. Por tercera vez tuve que irme de un país en contra de mi

Patinar fue una experiencia fantástica

Tres veces tuve que irme en contra de mi voluntad: de Chile, de Yemen y de Palestina



voluntad: primero Chile, luego Yemen y ahora Palestina.

Nunca me he preocupado mucho de volver a Chile. Retorné por primera vez en 1990, justo después del fin de la dictadura. Había un silencio terrible sobre lo que había ocurrido durante la dictadura. En ese tiempo yo trabajaba en Ecuador; me había ligado a gente allá, e incluso me había hecho amigo de un obispo, Luna Tobar, que trabajaba con los pueblos originarios. Una amistad como esa nunca me la habría imaginado antes. En Ecuador conocí a una familia que, junto a mi verdadera familia en Chile y a mis vecinos de Schellingwoude, Ton y Wietske, se transformó en mi tercera familia.

Hace seis años que voy anualmente a Chile a visitar a mi madre. La casa flotante y mis vecinos en Holanda son



Arturo en su casa flotante, Schellingwoude, 1982

Con Ryad Zanoun, ministro de Salud de Palestina, 1998

mi asidero, ellos me han enseñado a vivir aquí. Este es mi lugar, al que regreso siempre. Si me preguntaras qué soy, diría: un tercio chileno, un cuarto ecuatoriano y el resto, holandés. Soy una especie de mezcla de muchas culturas y he aprendido a usar elementos de esas culturas en todas partes.

He tenido lindas relaciones pero nunca me establecí con una familia en ninguna parte. A veces fui una especie de nómada, cuyo asidero han sido las relaciones especiales con la gente. Creo que las experiencias que tuve entre mis quince y veinte años en Chile me hicieron tener curiosidad sobre la gente y su desarrollo. Por eso es que tengo siempre ese impulso de partir a nuevos lugares, con un nuevo trabajo y nuevas personas.

Cantar siempre me ha salvado

Jacqueline Castro Ravelo (Santiago 1957) llegó a Holanda en 1977, donde se desarrolló como multifacética cantante. A fines de 2012 regresó a Chile. Con su música quiere tender puentes y suavizar dolores.

Mi madre, Elisa Ravelo, quería ser cantante de ópera, tenía una voz maravillosa y siempre cantaba. Cuando vivimos un año en Cuba, por el trabajo de mi padre, en 1964, ella consiguió que cantáramos en la radio junto a mis hermanas, Elisa y Verónica, y a mi hermano pequeño Nahum.

Después de que se separasen en 1967, mi padre, Nahum Castro, se quedó en Santiago, y mi madre se fue con nosotros a Antofagasta. Él era socialista, y durante el gobierno de Allende fue director de los Ferrocarriles del Estado. Mi madre militaba en el Partido Comunista y en organizaciones de mujeres. Yo misma llegué a las Juventudes Socialistas a través de una buena amiga. Cantaba en el coro de la escuela, y con Verónica cantaba canciones políticas en peñas.

Un mes después del golpe de Estado, Mario Silva, el padre de mi amiga socialista, fue asesinado por los militares. Esto me afectó profundamente. Los militares allanaban y revolvían nuestra casa y se llevaban a mi madre a menudo para interrogarla. Nunca nos contó lo que pasaba en esos interrogatorios. La familia de mi madre nos dio la espalda: “Váyanse, ustedes

son comunistas”. Eso fue terrible, y una de las razones para escapar.

Mi padre fue arrestado y condenado a cadena perpetua. Podíamos visitarlo en el campo de concentración Chacabuco, donde se encontraba, cerca de Antofagasta. Entretanto yo cantaba en un coro y me acompañaba con la guitarra, dirigida por nuestra profesora de música. Eso me encantaba, porque a pesar de todas las adversidades, la música era mi vida. Mi padre quedó libre en 1975, después de recibir una invitación de Holanda; y después de un año en Argentina, en 1977 llegamos con mi madre a Delft, haciendo uso del programa de reunificación familiar.

En Holanda, mis padres trataron de estar juntos de nuevo, pero mi madre estaba terriblemente estresada y mi padre traumatizado. Nuestra familia se desarmó. Entretanto, Verónica y yo cantábamos canciones de protesta por todas partes. En las reuniones de la solidaridad, nuestras canciones eran casi siempre un tipo de adorno, que interrumpía el debate político. Los chilenos y holandeses solidarios seguían conversando mientras cantábamos. Eso era frustrante, pero el cantar me daba fuerza, siempre me



ha salvado y me ha ayudado a superar periodos difíciles.

Yo encontraba terrible estar en Holanda, y no veía futuro. Con poco apoyo familiar, andaba un poco perdida, buscando dar un sentido a mi vida. Una escuela de música me rechazó porque no podía leer bien notas, una escuela de matronas me dijo que no por mi holandés deficiente. Afortunadamente tenía mucho apoyo de unos amigos holandeses. Uno de ellos me regaló un piano y me pagó las clases. Finalmente fui aceptada en enfermería, y después de terminar la formación trabajé un año en un hospital.

En 1984 volví por primera vez a Chile, con cinco meses de embarazo de mi pareja holandesa. Esta visita fue una experiencia maravillosa. Con mi panza canté en manifestaciones de protesta sin sentir miedo. También me volví a encontrar con Rosa María Silva, mi amiga de Antofagasta a cuyo padre habían asesinado.

Cuando por 1990 se acercaba el fin de la dictadura, mi madre, y después mi padre, regresaron a Chile. Yo también quería irme, pero había sido aceptada en el conservatorio de Róterdam para estudiar rítmica, que combinaba música y danza. Estaba súper feliz y quise terminar esa formación primero. Durante un tiempo viví en una casa okupa, y también esa fue una linda experiencia.

Lamentablemente, también los problemas con el padre de mi hija, Ayla, hicieron imposible mi regreso a Chile. Nos habíamos separado, y él

consiguió la tuición de mi hija mintiendo a los jueces. Me sentí terriblemente discriminada como mujer y como chilena. Hubo un acuerdo de visitas, pero Ayla aprendió a verme a través de los ojos de su padre, para mi gran tristeza.

En los años noventa me desarrollé profesionalmente como música. Cantaba menos canciones de protesta y amplí mi orientación musical. Mi más bella actuación fue como solista en el *Canto General* de Pablo Neruda, con música de Mikis Theodorakis. En 2012 publiqué mi quinto cd con los poemas de Gabriela Mistral musicalizados por mí: *Portretten-Retratos*.

Desde 1996 he estado viajando a Chile todos los años. En el año 2000 comencé una investigación folclórica sobre canciones, cuentos y poemas del valle de Vallenar, en el norte. Allí conocí a Nelson, un artesano que hace joyas maravillosas y también fabrica guitarras. Un año más tarde nos casamos en Chile, pero no podíamos decidirnos sobre dónde vivir. Finalmente lanzamos una moneda al aire y salió Holanda.

A fines de 2012, y después de 35 años, regresé definitivamente. Tenía 55 años, ni muy vieja, ni muy joven, una edad en la cual aún podía construir algo. Vivimos en la 'Casa del Sol' de Nelson en el desierto de Vallenar.

Chile es un país terrible, pero también fantástico. Terrible por la explotación, pobreza, racismo, maltrato a las mujeres y destrucción del medio ambiente. A

Me sentí discriminada, como mujer y como chilena



Primera actuación en Holanda, Delft, mayo de 1977

Con madre y hermanas (Icha, primera a la izq.; Verónica a la derecha)

veces me siento discriminada por como soy: muy directa, con voz fuerte, crítica y no muy adaptada. Pero el sol me hace bien, y también la fruta exquisita. Aquí me puedo expresar mejor, estoy más presente, más involucrada y menos estresada. Estoy conociendo a chilenos nuevos que viven con mucha conciencia: ¡me encanta!

Me vine con muchos planes. Todavía tengo mucho que hacer, pero donde he pedido trabajo lo he conseguido. Tengo gran esperanza en conseguir más actuaciones y trabajos en escuelas. También tengo casi terminada ya una cantata sobre cómo sobrevivía la gente en el campo de concentración de Chacabuco, donde estuvo mi

padre. Todos los años voy a Holanda a colaborar con el Teatro Popular de Róterdam (Rotterdams Volkstheater).

Con la música puedo tender puentes entre personas y culturas. Es comunicación a un nivel muy profundo. Debido a todo lo que he vivido, no he estado muy concentrada, y la música exige una enorme concentración. Cuando canto no puedo mentir; sale de mi boca como tiene que salir. La música es sanadora, para mí y para otros. Puede suavizar el dolor, la pena y los traumas. Creo que a largo plazo podré realizar mis sueños musicales en Chile.

La música es sanadora, para mí y para otros

Sólo con el tiempo me di cuenta de lo profundo de las consecuencias

Huub Oosterhuis (1933) es poeta, teólogo y fundador de El Amor Nuevo (De Nieuwe Liefde, centro de debates, reflexión y poesía de Ámsterdam).

En los años setenta fue presidente del Movimiento Holandés de Solidaridad con Chile. Los teólogos de la liberación de América Latina y Pablo Neruda son su permanente fuente de inspiración.

Ese horrible golpe, las crueles acciones militares, la lucha por el poder me recordaron imágenes de la Segunda Guerra Mundial que yo había vivido cuando era un niño. Realmente yo creía que algo así nunca más podría suceder. Rápidamente me quedó claro que si como cristianos debíamos hablar de algo, era ciertamente sobre lo que pasaba en Chile.

Pertenecía a una comunidad eclesial comprometida políticamente, y dentro del grupo de discusión de la Ekklesia Estudiantil [Studentenekklesia] de Ámsterdam, de cuyos textos yo era el autor, estudiábamos la gran entrevista que hizo Regis Debray a Allende en 1971. Durante las reuniones dominicales en la iglesia Amstelkerk debatíamos, también con invitados del mundo de la política, sobre una condonación de la deuda externa de Chile, porque considerábamos que esto era necesario para que el experimento chileno pudiera tener éxito. Las llamadas reuniones sobre la UNCTAD se realizaban en toda Holanda.

Mi compromiso con lo que sucedía en Chile estaba alimentado también por los contactos personales con sacerdotes 'marxistas' de América Latina. Estos

teólogos de la liberación veían en el camino que Allende proponía una oportunidad para realizar la idea bíblica de alcanzar la justicia aquí en la Tierra; para formular un nuevo cristianismo. Uno distinto al cristianismo capitalista, que es el 'cristianismo oficial' en gran parte del planeta.

Una de las personas que me inspiró profundamente fue el sacerdote socialista Gerard Thijssen (que más tarde se llamó Santiago). Él había trabajado largo tiempo en las minas de cobre de Chile, y después del golpe, cuando escapó a Holanda, supo relatar con gran detalle lo que estaba sucediendo.

En diciembre de 1973 me pidieron intermediar entre los dos comités holandeses de solidaridad con Chile, que no se entendían. Me costaba identificarme con el comité de Piet Reckman (Sjaloom); me sentía más atraído por el comité fundado por Max Arian, Jan Pronk y Jan Joost Teunissen. Con ellos fundé el Movimiento Holandés de Solidaridad con Chile (CBN, por sus siglas en holandés), como una plataforma para los partidos políticos chilenos, todos los partidos progresistas de Holanda, el movimiento sindical,



organizaciones de estudiantes y de jóvenes y comités holandeses locales de solidaridad con Chile. Esa solidaridad local, el hecho de que la gente espontáneamente ofreciera ayuda a los chilenos refugiados, tuvo una importancia enorme. También las reuniones sobre la UNCTAD ayudaron a que la gente estuviera bien informada, y a que se generase tanta buena voluntad. Y si hablamos de la hospitalidad con la que fueron recibidos los chilenos, no se debe menospreciar la influencia de Joop den Uyl, el primer ministro, quien conoció a Allende personalmente.

Mi tarea era encontrar una voz común. Por supuesto que eso no era sencillo, pero igual pienso que durante los primeros cinco años pude cumplir relativamente bien con ese rol de intermediario.

Logramos muchas cosas. Por ejemplo, en 1977 había un chileno que arriesgaba su deportación, y de quien se sabía que había sido torturado. Tomé contacto con el catedrático Bastiaans, que era conocido por sus tratamientos a personas traumatizadas por conflictos bélicos, y le pregunté si lo que había dicho sobre la gente que había sido torturada durante la Segunda Guerra Mundial también se aplicaba a los chilenos que habían sido torturados. “Por su puesto”, dijo él. Y se ofreció a declarar en una entrevista que saldría en el periódico del día siguiente. Llamé en seguida a un periodista y pedí al dirigente del partido político D’66, Hans van Mierlo, que me presentara al subsecretario de justicia, Zeevalking. Él le dio entonces un permiso de residencia.

Pero a veces había cosas que no resultaban, como en 1978. El Partido Comunista de Holanda (CPN), que en ese tiempo tenía mucha autoridad sobre los activistas, era partidario de una plataforma lo más amplia posible, y los jóvenes demócratacristianos (del partido CDA) querían participar en la manifestación nacional en apoyo a Chile. Desde mi punto de vista, sin embargo, su participación era inaceptable mientras no se revocara el telegrama de felicitación que el CDA había enviado a los demócratacristianos chilenos por la caída de Allende. Cuando Ruud Lubbers, -que en ese entonces era el segundo hombre del Partido Demócrata Cristiano de Holanda (CDA)-, fue igualmente invitado a participar, me pareció correcto presentar a cada orador contando lo que cada uno de los partidos a que pertenecían había hecho por Chile.

Entonces presenté a Lubbers con la historia del telegrama de felicitación, y ahí comenzaron a vociferar. Marcus Bakker, presidente del Partido Comunista de Holanda, se paró detrás de mí y me susurró que esta era mi última actuación. Y no, no renuncié a la presidencia, pero sí que después me mantuve en las sombras.

Sólo con el tiempo me di cuenta de las profundas consecuencias de este golpe. Milton Friedman, el fundador del capitalismo neoliberal, con sus Chicago-boys, después del golpe pudo instalar en Chile su laboratorio para probar su desenfrenado mercado libre. “Las personas existen por el bien de sí mismas, y por ello deben desprenderse del pensamiento altruista que sólo produce sentimientos de culpa”. Es realmente incomprensible

Era una oportunidad para formular un nuevo cristianismo

que ese hombre haya ganado el premio Nobel. Mucho más tarde comprendí las palabras proféticas del famoso escritor Gabriel García Márquez. Inmediatamente después del golpe escribí: “El drama ocurrió en Chile, para mal de los chilenos, pero ha de pasar a la historia como algo que nos sucedió sin remedio a todos los hombres de este tiempo y que se quedó en nuestras vidas para siempre.”. Es evidente que lidiamos todavía hoy con ese sistema neoliberal desvergonzado que gobierna nuestro planeta, vende nuestra civilización y afecta cada vez más a nuestra moral pública.

Como poeta y pensador, aún estoy fuertemente influenciado por Pablo Neruda, para mí uno de los más grandes poetas del siglo veinte. Leer su trabajo ha sido para mí un proceso de toma de conciencia que me transformó en lo más profundo. Me ha dado consuelo y reconocimiento, indignación, furia y esperanza.

Lo conocí personalmente durante el Festival de Poesía Internacional en 1972. Debido a un problema con el auto, llegué muy tarde. Sin embargo el organizador,

Martin Mooij, igual me lo presentó. ¡Qué orgulloso estaba cuando Neruda con una mano en mi hombro, me recitó especialmente su *Oda al viento!*

No, no domino el castellano, pero tenía mucho contacto con los traductores de su trabajo, Dolf Verspoor y Barber van der Pol. Con ellos hemos discutido algunas cosas.

Gracias a Neruda me acerqué más a mi propia lengua, y superé una suerte de vergüenza por las ‘grandes palabras’, como amor y justicia. Neruda sabe decir sin reticencia de qué tenemos que hablar: de un mundo nuevo donde se haga justicia. Un mundo nuevo del cual también hablaba Allende, con el que muchos soñábamos.

Aquel gran sueño común fue borrado con el golpe hace cuarenta años. Un experimento tan grande como aquel ya no existe, pero afortunadamente hay todavía grandes y pequeños proyectos de los cuales extraigo esperanza. Porque todavía creo y espero, parafraseando a Neruda, que “ya vendrá un día en que todo para todos será”.

En un servicio religioso dedicado a Chile, Iglesia Moisés y Aarón, Ámsterdam, 11 de septiembre, 1988

Durante la marcha del 11 de septiembre de 1977, Ámsterdam. Huub en el centro

Gracias a Neruda me he acercado más a mi propio idioma



Gracias a mi trabajo con exiliados pude dar sentido a mi propia experiencia personal

Patricia Schell
(Antofagasta 1953)
llegó a Holanda junto con su marido en 1973 a través de Naciones Unidas. Trabajó desde 1977 en temas de salud para refugiados. Actualmente es directora de Salud de una institución municipal de salud mental en Róterdam.

Durante un primer período en Holanda, mi marido y yo vivimos siete meses en un hotel de la calle Prins Hendrikkade, en Ámsterdam. Después nos dieron una vivienda de estudiantes en Diemen. Por un lado, esa temporada en el hotel fue muy estresante y triste, porque extrañaba a mi familia, mi país y mi vida anterior. Pero por otro lado fue un periodo lleno de nuevas experiencias. Encontré mucho apoyo en otros exiliados; mis mejores amistades datan de esa época. El grupo era en gran parte de mi edad y muchas mujeres estaban embarazadas, como yo.

Al poco tiempo de llegar comencé a estudiar holandés y a participar en las actividades que se organizaban para nosotros. Nos reuníamos con frecuencia para hablar de la situación en Chile. El hotel, especialmente destinado para los exiliados de Chile, lo pagaba el ministerio, que también nos daba una pequeña mesada. Un día alguien del ministerio nos llevó a una casa comercial a comprarnos ropa de invierno. Se podía elegir un abrigo y unos pantalones y chalecos. Como mujer, también podía comprar ropa interior en una lencería. Casi todas andábamos con el mismo abrigo, porque no había mucha elección.

Las primeras acciones directas de solidaridad las viví de la mano de sobrevivientes de campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial. Ellos nos apoyaban, nos orientaban en el sistema holandés y nos daban clases de conversación. Nos mostraban los tatuajes de los campos de concentración; nos contaban historias de esa época. Me sentía unida a ellos.

Por todos los acontecimientos políticos, tanto en Chile como internacionalmente, me di cuenta relativamente rápido de que mi estadía en Holanda podría durar más de lo que inicialmente había pensado. Encontraba que tenía que hacer algo con sentido con mi tiempo, y todo el conocimiento y diplomas que pudiera reunir en Holanda eran bienvenidos. En Chile había estudiado en la universidad dos años enfermería, pero en Holanda sólo podía estudiar a nivel de educación profesional superior. Quería hacer algo que eventualmente también pudiera usar en Chile, y con lo cual poder ayudar a otros refugiados latinoamericanos. En 1975 comencé a estudiar trabajo social, luego de lo cual estudié psicología en un programa con horario parcial y terminé una maestría en Salud Pública.





En 1977 trabajé en la Comisión de Chilenos (que después fue la asociación de ayuda a refugiados 'Vluchtelingenwerk Nederland'). Gracias a ese trabajo pude dar sentido a mis propias experiencias personales; aprendí de cómo los otros las enfrentaban. Conversando con colegas y aplicando teorías y conocimiento aprendí a racionalizar. Eso me ha ayudado en la superación de los problemas.

Las circunstancias eran distintas para cada contingente de refugiados chilenos. El primer contingente que llegó a través de la embajada había vivido el periodo fuerte que siguió inmediatamente al golpe. Los refugiados que llegaron más tarde desde la cárcel habían sido casi todos torturados. A la mayoría los habían sacado de la cárcel y puesto directamente en un avión, y recién una vez en Holanda se habían reunido con sus familias. Muchos de ellos estaban traumatizados y no querían hablar de sus experiencias, aunque sus familiares sabían que les habían sucedido cosas terribles. Veías cómo algunas personas se distanciaban. Después, en los años ochenta, trabajé con refugiados que tuvieron que

soportar toda la incertidumbre del proceso mismo de asilo.

Me quedó claro que las mujeres chilenas se integraban más fácilmente a la sociedad holandesa que los hombres chilenos. Al cuidado de los niños era más fácil establecer contactos. Las mujeres tenían menos miedo de hablar holandés; para los hombres el cometer errores era una vergüenza. Además las mujeres tenían menos problemas para aceptar trabajos sencillos. Lo que también me llamó la atención es que durante las actividades de solidaridad los hombres hacían panfletos y las mujeres empanadas. Participé en grupos de mujeres latinoamericanas donde hablábamos sobre el exilio, la formación de los hijos, el desarrollo de la mujer y hacíamos cosas juntas.

No sólo la mentalidad machista chilena, sino también la situación holandesa tuvo influencia en la posición de las mujeres. A veces era la mujer la que había estado en la cárcel en Chile, no el hombre, pero al llegar a Holanda, era el hombre quien recibía automáticamente el estatus de refugiado político, y la mujer el estatus de 'mujer de'. Yo recibí también el estatus de refugiada política por estar casada con mi marido. Nadie me preguntó si era activista política o no. Mi marido recibió una beca familiar para estudiar, yo no recibí ayuda porque estaba embarazada. Me dijeron que tenía que quedarme en la casa cuidando al bebé.

En 1983 comencé a trabajar en la asistencia a exiliados latinoamericanos, que estaba dirigida sobre todo a la problemática del retorno, a todo el

El hombre recibía automáticamente el estatus de refugiado político y la mujer el estatus de 'mujer de'



proceso psico-social en torno a la decisión de volver a Chile; una decisión muy difícil. Incluso yo misma no he decidido aún si vuelvo o no vuelvo. Mi hija y mi nieta viven aquí. Cuando me jubile, enfrentaré el dilema.

Retornar a Chile significa que tengo que despedirme de todo lo que se ha vuelto familiar para mí. Que debo vivir de nuevo el dolor, el miedo, la pena, la inseguridad y también la esperanza y alegría que sentí cuando dejé Chile. Por mi experiencia de trabajo sé que a veces todas esas emociones, a veces contradictorias, pueden producir problemas psíquicos o profundizar los existentes. Al igual que otros exiliados, me enfrento a grandes preguntas existenciales: ¿qué he hecho con mi vida?

En un principio todo era política y solidaridad. Siempre había mucha energía, motivación y combatividad y se organizaron muchas actividades por el 11 de septiembre. Muchos chilenos



Patricia en 1974 con su marido, Gerardo Recalde

Patricia en el Bijlmer (barrio de Ámsterdam), 1978

Carnet de estudiante Universidad de Ámsterdam 1985-86 (pág. anterior)

no querían ser llamados refugiados, sino exiliados. Esto era importante para nuestra identidad; por eso luchábamos, y eso nos ha ayudado a mantenernos fuertes psíquicamente. Durante los años noventa comenzó la despolitización; la combatividad y las actividades desaparecieron. Muchos de nosotros tuvimos que aprender a sobrellevar este cambio; hubo una pérdida de identidad, que con frecuencia conllevó problemas psíquicos.

Aunque todavía sigo los acontecimientos del Chile actual, noto también una distancia. La pasión y emoción que antes tenía ya no están. En el principio yo tenía un compromiso político y profesional; más tarde mi interés fue más profesional. Cuando comencé a trabajar para refugiados de distintas partes del mundo me di cuenta de que los procesos se repiten. Pude generalizar más y veo ahora sobre todo la problemática más amplia de la guerra y la violencia y sus consecuencias psíquicas.

Los hombres hacían panfletos y las mujeres empanadas

¿Qué puedo hacer hoy contra la dictadura?

Jorge Arrate Mac Niven (Santiago 1941), ministro de Allende; de 1977 a 1987 fue director del Instituto para el Nuevo Chile en Róterdam. Después de haber sido ministro varias veces y de una candidatura presidencial se encuentra retirado de la vida política activa.

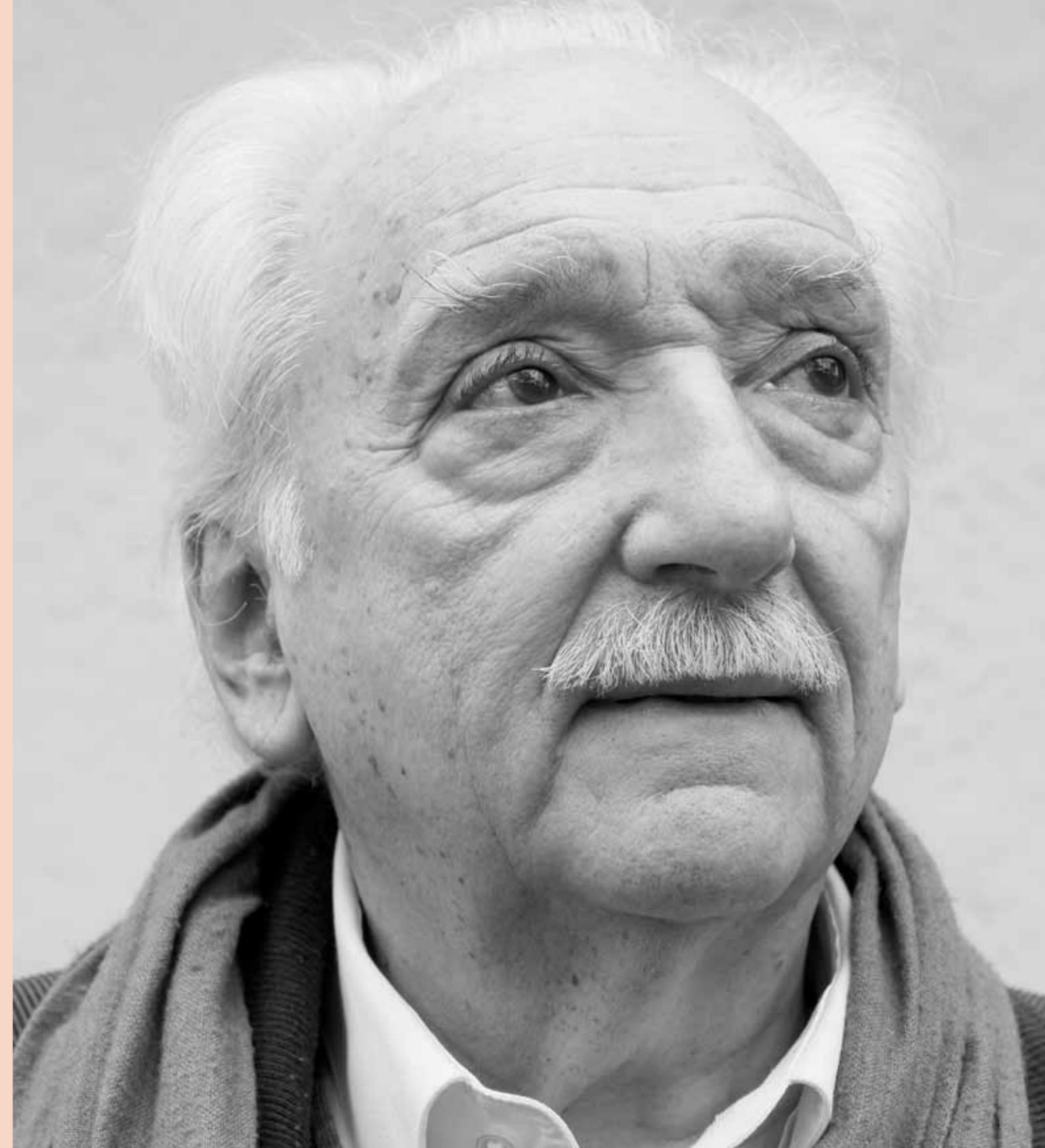
Durante el exilio estuve totalmente centrado en Chile, en mi trabajo y en mi cabeza. Era evidente que yo retornaría apenas se pudiese, y por eso nunca me adapté realmente a Holanda. Nunca aprendí bien el idioma y tenía poco contacto con holandeses. Además mi posición era privilegiada, pues siempre pude trabajar pagado contra Pinochet. Cada vez que despertaba pensaba, “¿Qué puedo hacer hoy contra la dictadura?”

Como militante del Partido Socialista (PS), durante la Unidad Popular fui consejero económico de Allende. Cuando se nacionalizaron las minas de cobre, el presidente me nombró director de la nueva empresa estatal, Codelco. También fui ministro de minería durante un breve período. El día del golpe yo volvía a Santiago de un viaje cuyo fin era encontrar nuevos mercados para el cobre chileno. El aeropuerto estaba cerrado, y el avión tuvo que dar la vuelta. Mi nombre estaba en la lista de los 95 políticos nacionales de izquierda que debían presentarse ante las nuevas autoridades, así es que después no volví más a Chile.

Después de dos años en Roma y otros dos años en Berlín Oriental, en 1977 me

fui a Holanda por iniciativa de Orlando Letelier, ministro de Allende por el PS, y en ese tiempo director del Instituto de Estudios Políticos en Washington (Institute for Policy Studies). Ese instituto tenía una filial en Ámsterdam: el Instituto Transnacional (Transnational Institute, TNI), y por eso Letelier visitaba regularmente Holanda. A él no le parecía buena idea que el cuartel general del PS en el exilio estuviera en Berlín Oriental, porque el partido siempre había sido crítico con el socialismo estalinista de Europa del Este, y se sentía más cercano al experimento yugoslavo, a la revolución cubana y a otras experiencias latinoamericanas. Se daría una impresión errónea si el PS se instalara sólo en Berlín Oriental, y por eso Letelier quería instalar en Holanda un centro de estudios sobre dictadura y democracia. Junto con el Partido Radical Chileno, que al igual que el PvdA holandés era miembro de la Internacional Socialista, pedimos subsidio a Jan Pronk, ministro de Cooperación al Desarrollo.

Un gobierno con el PvdA como partido más importante nos beneficiaba: nos dieron subsidio para el Instituto para el Nuevo Chile (INC) en Róterdam. Hasta su disolución en 1991, casi



todo el subsidio provenía del Estado holandés, sin importar el color político del gobierno.

Fui el director del Instituto, que se comenzó a desplazar cada vez más hacia Chile. En Róterdam casi me quedé solo, porque cada vez más colaboradores podían regresar a Chile, mientras que yo estuve en la lista negra de la dictadura hasta 1987. En el instituto hacíamos investigaciones, organizábamos reuniones y publicábamos documentos dirigidos al Chile de después de la dictadura. Eran importantes las escuelas de verano de una semana que organizábamos; primero en Róterdam y luego en Mendoza, Argentina, cerca de la frontera con Chile. Allí se encontraban los chilenos del interior y del exterior. En nuestro instituto trabajaban juntos socialistas, radicales y demócratacristianos de izquierda.

La idea de que nosotros aprendimos a hacer coaliciones de la política holandesa es algo exagerada. Para mi desarrollo ideológico fueron más importantes los dos años en Roma, donde discutíamos sobre eurocomunismo. Allí surgió la idea de que había que hacer grandes coaliciones entre la izquierda y la democracia cristiana contra la dictadura.

Lo que era nuevo y sorprendente en la política holandesa eran la sencillez, la falta de ostentación, de demostración de fuerzas y alarde. Una vez alguien

me dio un número de teléfono de Joop den Uyl (el primer ministro), y cuando lo necesité, llamé. Alguien respondió “Aló”, y yo pregunté: “¿Podría hablar con el primer ministro, Den Uyl?”, “Sí señor, soy yo”. Eso dice algo de la relación entre políticos y ciudadanos. También para mí era sorprendente ver a Van Agt en bicicleta -aunque políticamente no me gustaba- o ver a la reina en la Elfstedentocht (‘la ruta de las once ciudades’: una marcha en patines sobre hielo a lo largo de 200 km).

Había vivido en la República Democrática Alemana (RDA), donde la xenofobia estaba prohibida oficialmente. En Holanda culturalmente tampoco se respiraba mucha xenofobia; existía mucha tolerancia y respeto. En la escuela básica todos los niños eran blancos, a excepción de mis dos hijos, algo morenos, y la educadora, que era negra. Es decir, la persona con autoridad en el terreno del conocimiento y el orden era negra. ¡Un tipo de Obama!

Sobre Holanda en general difícilmente puedo hablar, porque yo vivía en Róterdam y viajaba mucho a Ámsterdam. Ámsterdam es distinta al resto del país: cosmopolita, tolerante, individualista y libertaria. Pero el calvinismo holandés sí me parecía extraño. Yo era ateo, pero crecí en una sociedad católica. Por eso, de vez en cuando tomábamos el auto y nos íbamos a Bélgica a comer bien con los católicos.

Yo quería volver a Chile a luchar contra



Pinochet. Por eso, junto con algunos otros chilenos que también estaban en la lista negra, a principios de los ochenta intentamos tres veces entrar abiertamente al país, pero las tres veces nos impidieron la entrada en el aeropuerto de Santiago. En 1987, estando yo en nuestro instituto en Mendoza, llegó la noticia de que podía entrar a Chile. ¡Me fui al día siguiente!

Personalmente no fue una decisión difícil, porque un año antes me había separado de Ana María. Mi hijo vivía ya por su cuenta en Ámsterdam, como estudiante del conservatorio, y mi hija iba a comenzar sus estudios de cine. Una razón importante para regresar eran mis padres. Era hijo único y en 1973 se quedaron de repente sin hijo, sin nuera y sin nietos.

En Chile reanudé mi trabajo político, hasta 1991 como director del INC, y después como presidente del PS. En los gobiernos de demócratacristianos y socialistas fui entre 1992 y 1999 consecutivamente ministro de educación, ministro del trabajo, y

ministro secretario general de gobierno. Luego encontré que esta coalición no ofrecía respuestas adecuadas a los problemas. La gran desigualdad social, la gran influencia del mercado y de las empresas extranjeras, la discriminación a los mapuche y la falta de democracia fueron enfrentadas insuficientemente. Por eso dejé el PS después de 46 años para, en 2009, ser candidato presidencial de partidos y organizaciones situadas a la izquierda de la coalición de gobierno. Saqué el seis por ciento de los votos.

Actualmente estoy más tranquilo que hace años. Estoy escribiendo mis memorias, ya no soy militante de ningún partido, y por tanto soy totalmente independiente. Todos los años voy a Holanda a visitar a mis hijos y nietos. Mis hijos dicen tener el sueño de regresar, un sueño que yo les he traspasado. Pero son totalmente holandeses, aunque hablen todavía como chilenos.

1999 en el Palacio de la Moneda con Winanda van Vliet. Detrás desde la izq. Hugo Bascuñán y Peter Gelauff

Discurso en NIVON alrededor de 1980

Se daba una impresión errónea al instalar el Partido Socialista sólo en Berlín Oriental

La falta de ostentación en la política holandesa me llamó la atención

Ser reconocida como latina me entrega un sentimiento de pertenecer a algún sitio

Victoria Heinsohn Bulnes (Den Haag 1986) se mudó con sus padres y hermana menor a Chile, donde tuvo que transformarse en una verdadera latina. Ahora vive otra vez en Holanda, donde tuvo que hallar de nuevo su lugar, ahora como latina en Holanda.

Mi madre me contó siempre que había demasiados exiliados que viven con 'la maleta lista': gente que vive diciendo "mañana regresamos", mientras el tiempo pasa y ellos siguen donde están. Su padre le había enseñado: "Si no sabes cuándo podrás regresar, tienes que ver la manera de crear un lugar en el país donde estés por si acaso tardas en volver, o no vuelves nunca".

Cuando tenía diez años, mi madre decidió que regresaríamos a Chile. Yo lo llamo ahora regresar, pero en realidad era irnos; yo no regresaba a ninguna parte. Nací en La Haya como hija de dos chilenos refugiados. Mis padres, procedentes de distintas partes de Chile, se conocieron en una peña folclórica en Holanda. Después de vivir y trabajar veinte años en Holanda, volvieron en 1996 a Chile junto a sus dos hijas nacidas en Holanda: Cristina, mi hermana pequeña, y yo.

Mis padres eran exiliados, pero yo no: me sentía holandesa, no chilena. Tampoco quería 'volver' a Chile: no hablaba castellano, apenas conocía la patria de mis padres; tampoco quería renunciar a mi vida en Holanda, donde me sentía segura. La primera impresión de Chile fue un shock. Vi por primera

vez perros vagabundos, gente que vivía en la calle y edificios sucios. Todo era distinto; incluso las piedras en la calle no eran como en Holanda. No entendía nada de este nuevo mundo y nadie me lo explicaba.

Los primeros años fueron terribles. En mi escuela nueva era 'la holandesa', la extranjera de Holanda, que hablaba un castellano raro y no conocía los usos y costumbres chilenos. Yo era 'rara', alguien de fuera. Tenía que aprender todo de nuevo.

Lloré y me quejé durante un año: quería volver a Holanda. Hasta que mi madre dijo un día que estaba aburrida de mis quejas: "Ahora vivimos en Chile, no vamos a volver a Holanda, así es que céntrate". Entendí que tenía que cambiar, y pensé: voy a ser una chilena. Y eso es en lo que de verdad me convertí. Me costó entre dos a tres años perder mi acento holandés. En un momento determinado la gente ya no notaba que no había nacido allí; ya nadie me preguntaba de dónde era. Me gustó dejar de ser la gringa; ser simplemente la chilena Victoria.

Al final soy la única de mi familia que ha conservado un lazo fuerte con Holanda.



En 2006 regresé por un mes a visitar a unos familiares. ¡Me encantó! Después de una visita más larga en 2008, decidí presentarme a una maestría de comunicación intercultural de la universidad de Utrecht, que era mitad en castellano, mitad en holandés, y donde para mi sorpresa fui aceptada. Así que en junio de 2010 me mudé a Holanda. Lo que yo suponía era que después de un breve período volvería a Chile con la cola entre las piernas, pero no fue eso lo que pasó.

Esta vez tampoco fue fácil. Me había transformado en una verdadera latina y tuve que acostumbrarme de nuevo a la vida aquí. Todavía extraño el calor de los chilenos. En Holanda todo es muy planificado: si te quieres tomar una cervecita con alguien solo podrás si esa persona casualmente tiene algún huequito en su agenda la semana siguiente. En Chile no se hacen citas; sencillamente después de las clases todo el mundo va a tomarse una cervecita. Los estudiantes holandeses después de las clases se van directamente a la casa. En mis dos años de estudio tampoco conocí a nadie realmente.

Pero igual pude encontrar aquí mi lugar como medio holandesa, medio chilena. El año pasado me mudé de Utrecht a Róterdam. En Utrecht vivía en un barrio con muchos turcos, y casi siempre me confundían con turca. En esa época no me molestaba que no me vieran como latina. Lo pasaba bien en mi barrio multicultural. Cuando llegué a Róterdam me di cuenta de que sí me gustaba que me reconocieran como

latina. En Róterdam la gente sabe mejor quién y qué soy; pueden adivinar de dónde vengo; se habla mucho castellano en las calles; el basurero me saluda con un “Hola señorita”. Eso me gusta, aquí me siento realmente en casa.

He vivido la mitad de mi vida en Holanda y la otra mitad en Chile. No es fácil sentirte en casa y no sentirte en casa en dos lugares al mismo tiempo. No conozco a nadie que haya vivido 14 años aquí y 14 años allá. Por eso me siento a veces única, aunque prefiero no ser única y pertenecer a la masa.

Mi hermana se enoja siempre conmigo cuando viene a verme a Holanda. Ella encuentra que yo no soy yo misma aquí, que hago como que soy holandesa, mientras que en realidad soy una latina. Por supuesto que me comporto más holandesa en Holanda, tal como cuando estoy en Chile me comporto más chilena. Algunas veces es confuso, pero no creo que me haga ‘falsa’ o ‘menos yo’.

Muchas personas se sienten ciudadanas del mundo cuando se sienten bien en más de dos países. Yo soy una holandesa chilena y una chilena holandesa. Más que eso no soy, pero sí soy ambas cosas.

No conozco a nadie que haya vivido 14 años aquí y 14 años allá



Victoria con su madre regresan a Chile en 1989

Victoria en 2008



No es fácil sentirte en casa y no sentirte en casa en dos lugares al mismo tiempo

Los jóvenes chilenos luchan de nuevo por sus ideales. ¡Hermoso!

Jan Joost

Teunissen (1948)

durante el gobierno de Allende trabajó durante medio año en cooperativas agrícolas del sur de Chile. Después del golpe de Estado, como colaborador del Comité holandés de Solidaridad con Chile, dirigió campañas de boicot contra la dictadura. Luego de su reencuentro con Chile en 1993 tuvo que olvidar su sueño chileno.

Durante el gobierno de Allende, a principios de 1973, mi esposa Aafke Steenhuis y yo fuimos a Chile a trabajar medio año en cooperativas agrícolas de campesinos pobres y trabajadores agrícolas. Ya desde mi época en la enseñanza media quería ir a trabajar al campo en América Latina, de preferencia en la reforma agraria. Estudié sociología y ciencias de la información en Groningen y en Wageningen, y seguía los acontecimientos en Chile muy de cerca. Me había dedicado durante años a leer textos de ciencias sociales, y ahora quería experimentar en la práctica, como participante, los problemas de la reforma agraria.

Poco antes de nuestra partida, en una reunión sobre Chile, conocimos a Max Arjan, que quería crear un comité de solidaridad con Chile. Con él, Jan Pronk y otros, me involucré en la fundación de lo que más tarde fue el Comité Holandés de Solidaridad con Chile, (CKN, por sus siglas en holandés). Había mucha simpatía por la vía democrática al socialismo en Chile, pero el gobierno de Allende fue obstaculizado por los poderes económicos y financieros internacionales. Y queríamos denunciarlo.

Trabajé en dos cooperativas agrícolas. En la primera, cada familia recibiría un terreno propio y una casa, y yo ayudaba en la identificación de esos terrenos. En la segunda cooperativa no se encontraba importante la posesión de una parcela propia, ya que los hombres, casi todos mapuche, ya tenían su propia parcelita. Me sentía ligado a la gente. Por las noches bebíamos mate junto a la fogata. No se hablaba mucho, aunque de repente surgían historias.

Las contradicciones políticas fueron creciendo, también entre los partidos de izquierda. Los trabajadores del campo y los campesinos con bajo nivel escolar decían: "Tenemos que discutir nuestras diferencias y no dejarnos llevar por la lucha política dentro de la izquierda". Sobre esto trató el libro que escribí con Aafke, *Chileens Dagboek* (Diario de Vida en Chile).

Posteriormente, en el Comité de Solidaridad con Chile no teníamos preferencia por ningún partido político, ni chileno ni holandés. Los comités que sí lo hicieron fueron menos efectivos y duraron menos tiempo.

En el comité, como colaborador a sueldo entre 1975 y 1979, pude hacer



mucha investigación y contactos con los medios de comunicación y con políticos. Después nunca volví a tener tanto poder. A través de las acciones de boicot en el ámbito del comercio, inversiones y préstamos, teníamos influencia directa sobre las políticas del gobierno holandés, y también a nivel internacional. Movilizábamos a grupos de personas y presionábamos a los políticos para que pusieran en práctica los discursos.

Las acciones de boicot de los comités locales se desarrollaban en los supermercados y en las verdulerías. Esto daba ánimo a la gente. Esas acciones tuvieron como resultado que Albert Heijn (uno de los supermercados más grandes de Holanda), no comprara más manzanas chilenas. Crearon además un clima político tal, que el movimiento sindical y los partidos políticos tuvieron que expresar su apoyo al boicot contra el régimen chileno. De esta manera, uno de los logros fue el congelamiento del seguro de los créditos de exportación, lo cual hizo imposible que Holanda exportara bienes de capital hacia Chile. Nuestras acciones más conocidas fueron aquellas contra la importación de manzanas chilenas, contra la empresa de construcción Stevin, que iba a invertir 62,5 millones de dólares en Chile, y contra los préstamos del banco ABN a Chile.

Cuando el régimen chileno le quitó la nacionalidad a Orlando Letelier el 10 de septiembre de 1976, poco después de que Stevin hubiese desinflado su potencial inversión, pude comprobar claramente que habíamos dañado

al régimen. Letelier era ministro de defensa de Allende cuando Pinochet dio el golpe de Estado, y antes había sido tres años embajador de Chile en Estados Unidos. Le quitaron la nacionalidad porque llamó a los trabajadores portuarios de Holanda a boicotear los productos chilenos y pidió a Stevin detener sus inversiones en Chile.

Me encontré con él cuatro veces en 1976. Nos hicimos amigos, y lo involucré en nuestras acciones de boicot. Letelier publicó un artículo poco antes de su muerte donde decía que el capitalismo brutal y los graves atropellos a los derechos humanos son dos caras de la misma moneda. Yo veía el golpe de Estado como una toma de poder capitalista, que arrasó con la democracia y los derechos humanos sin ningún escrúpulo.

Al principio yo estaba contento con el éxito comprobado de nuestro activismo, pero cuando supe, cuatro días más tarde, que Orlando había sido asesinado en Washington por el servicio secreto de Chile, me pareció terrible.

En nuestras acciones de boicot aprovechábamos el clima político del gobierno de Den Uyl. Los ministros Den Uyl, Lubbers y Pronk se sentían muy comprometidos con Chile. Los medios de comunicación nos daban mucha atención; también porque algunos miembros del mismo comité eran periodistas. Kokje, el hombre clave de Stevin, nos dijo: “Yo pensé que uds. eran un grupito activista con lienzos y pancartas, pero se ve que tienen excelentes contactos con

En nuestras acciones de boicot aprovechábamos el clima político del gobierno de Den Uyl



parlamentarios, autoridades locales y periodistas”.

Pasaron veinte años antes de que Aafke y yo regresáramos a Chile, a principios de 1993; esta vez con nuestros dos hijos pequeños, Belle y Jannis, para escribir nuestro libro *Weerzien met Chili* (Reencuentro con Chile). Esperaba encontrar en Chile algo de lo que había dejado: el sueño de trabajar juntos por un futuro mejor, pero eso era difícil, porque en una de las cooperativas se devolvió, en 1973, la mitad de las tierras a sus antiguos propietarios. En 1993, solo dos de los veintiséis hombres que habían recibido terrenos aún los tenían. En la otra cooperativa, los militares habían asesinado a cuatro de los cuarenta, y se le devolvió toda la tierra al ex-propietario.

Ayudándome de fotos busqué a la gente con la cual habíamos trabajado. Ellos nos dijeron: “Uds. son los primeros que vuelven desde 1973. Ningún funcionario o político ha venido”. Yo les conté que había ido para verlos y para escribir un libro sobre ellos, pero que luego me tendría que ir. Algunos pensaban que yo los podría ayudar personalmente, pero no podía. Eso fue doloroso. Me sentía emocionalmente muy ligado a Chile. Parecía que mis raíces estuviesen



allí. Los primeros meses siguientes al nacimiento de nuestra hija Belle, yo le hablaba en español, con acento chileno: “Hoooola chiquilla”. Mi colega Adriana Bulnes, una exiliada chilena, me dijo cuando regresé, cuando vio las dificultades por las que pasé: “¡Si pareces un exiliado!”

Tuve que archivar mi pasado con Chile, olvidar el sueño político. Veía en la televisión que los políticos de izquierda le daban la mano a Pinochet, que aún era comandante del ejército... Eso me ponía mal. Yo sabía que en los pueblos la gente todavía era humillada.

He estado muchas veces en Chile debido a que Fondad -un foro y red internacional sobre finanzas internacionales en países en desarrollo que yo fundé en 1986- colaboraba con la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina en Santiago, y organizábamos conferencias en conjunto.

Chile se convirtió simplemente en un país capitalista y, por tanto dejó de ser especial en términos políticos. Pero con las protestas estudiantiles de los últimos años surge nuevamente algo del antiguo sueño. Los jóvenes chilenos luchan de nuevo por sus ideales. ¡Hermoso!

Conferencia de prensa con Isabel Letelier, viuda de Orlando Letelier y Relus ter Beek, diputado del PvdA, La Haya 1977

Acción de boicot contra la fruta chilena, puerto de Róterdam, 1976

Después del nacimiento de Belle, yo le hablaba chileno: “Hoooola chiquilla”

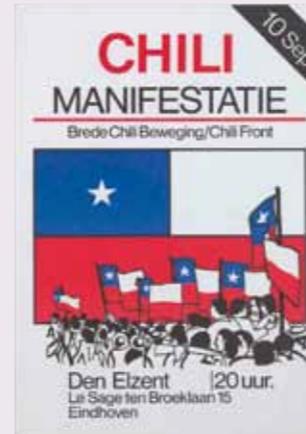
Afiches de la solidaridad

Afiches de la solidaridad



'Yo trabajo por Chile' Fundación Evert Vermeer, 1 de mayo de 1973

'Ayuda al niño chileno. Apoya la acción de la olla común'. Amstelveen, alderedor de 1980



Manifestación en Eindhoven, 1981



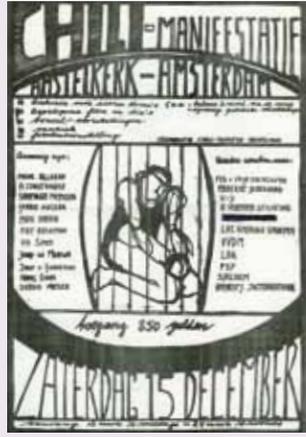
Fondo para la Lucha por Chile, mediados de los años setenta



Ámsterdam, 11 de septiembre, 1981



Comité Holandés de Solidaridad con Chile, Libertad para todos los Presos Políticos, 1976

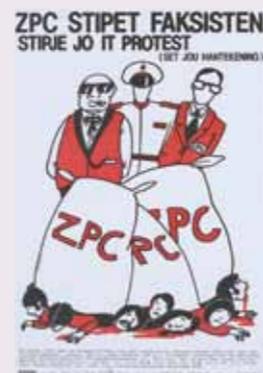
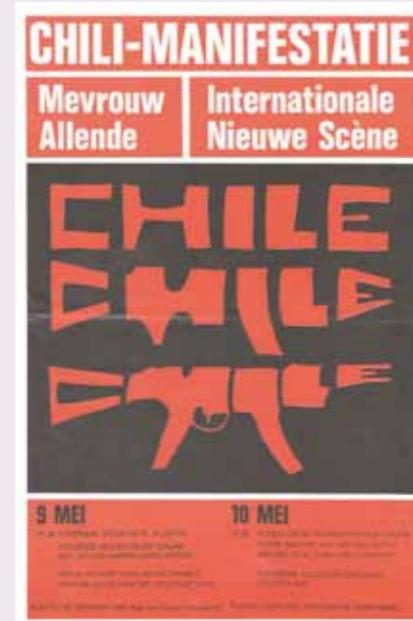


Ámsterdam, fines de 1973



Manifestación en Zwolle, 1986

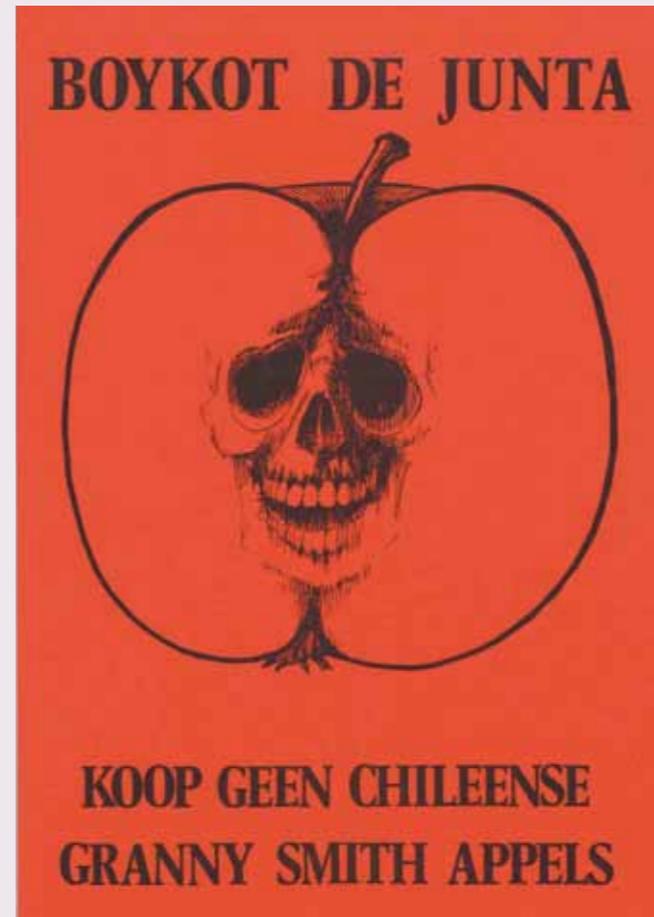
Señora Allende; grupo de teatro 'Internationale Nieuwe Scene', Nijmegen, 1974



Acción contra el establecimiento en Chile de una empresa holandesa de cultivo de patatas; Friesland (norte de Holanda), 1979

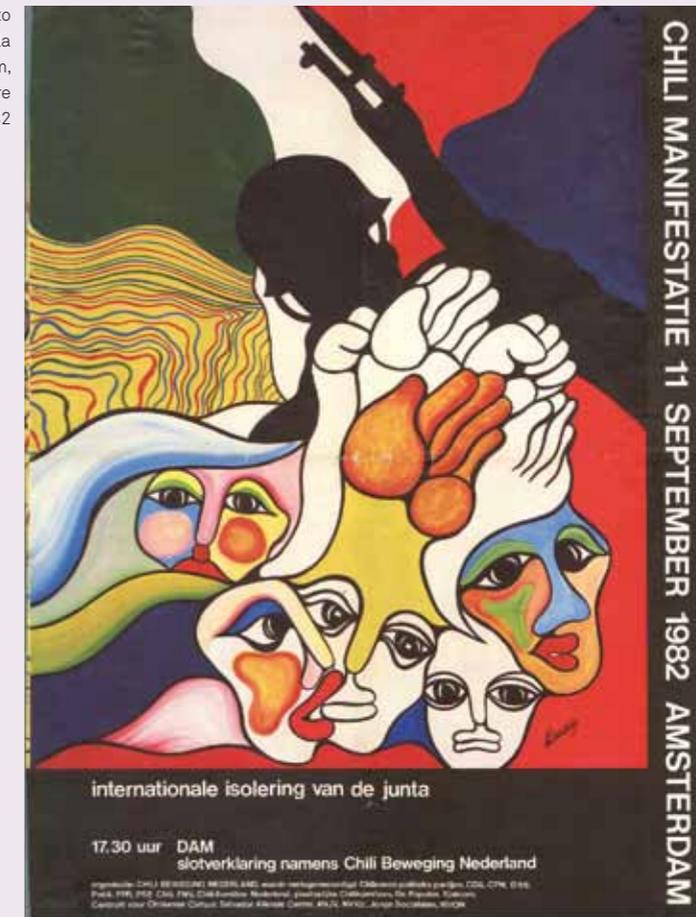


'Boicot al fascismo chileno'. Manifestación sindical, 25 años de la CUT, Ámsterdam, 1978



'Aislamiento internacional a la junta', Ámsterdam, 11 de septiembre de 1982

'Boicot a la junta. No compres manzanas granny smith chilenas', 1976



La gente puede dar forma a su propia comunidad de manera creativa

Fabiola Jara Gómez (Santiago 1953) llegó a Holanda en 1974, donde continuó sus estudios de antropología. Le fascinan los pueblos originarios y trabaja desde 1984 como docente en la Universidad de Utrecht.

Para Edmundo, mi pareja de entonces, y para mí, la época de Allende fue una época muy linda y emocionante. Yo recién había comenzado mis estudios de antropología, y formábamos parte de un pequeño movimiento radical que hacía una dura crítica al entumecido ambiente cultural y social de Santiago. Éramos neo-marxistas y hippies, y entre nosotros había además un amigo 'provo' holandés.

Durante los meses previos al golpe de Estado, una huelga de transportistas detuvo la distribución de alimentos en el país. Colaboré entonces en un sistema alternativo de distribución basado en el trueque, fuera de las estructuras existentes y de la economía del dinero. Lo más importante que aprendí entonces fue que la gente en tales circunstancias desarrolla nuevas formas de organización y es capaz de hacer innovaciones radicales.

Después del golpe, Edmundo -con quien me casé rápidamente- y yo nos dimos cuenta de que nos teníamos que ir, especialmente porque Edmundo había estado preso antes del gobierno de Allende, por ser activista político de izquierda. Había recibido gracia de Allende, pero eso ya no sería de ayuda

ahora. Lo fueron a buscar a la casa, pero afortunadamente ya estaba en la embajada, desde donde viajó a Holanda. En enero de 1974 llegué yo, en el marco de la reunificación familiar, sorprendida de la cordialidad y hospitalidad.

Para mi asombro, pude continuar mis estudios de antropología en la Universidad de Ámsterdam, donde aumentó mi interés por los pueblos originarios, sobre todo los del Amazonas. Pero como yo, siendo exiliada, no tenía pasaporte, y en Brasil había una dictadura militar, no pude ir a hacer investigación allí. Por eso es que nos fuimos a Surinam. Edmundo y yo estudiamos la visión del mundo de los pueblos originarios, y cómo ellos relacionan su sociedad a ciclos naturales como el año astronómico, las estaciones y la ecología de la selva.

Muchos chilenos en Holanda pensaban que iban a regresar pronto. No querían estar aquí; encontraban terrible el idioma; y a los holandeses, distantes. Yo vi mi situación de una manera totalmente distinta. Nada indicaba que la dictadura fuera a terminar pronto. Además Edmundo y yo no teníamos en Chile compromisos políticos con partidos. Yo tenía que



usar las oportunidades que Holanda me brindaba. Comenzamos con una campaña ´provo´ dirigida a jóvenes chilenos que tenían problemas con la libertad sexual de los jóvenes holandeses de su edad. Hicimos afiches con Lenin y Marx diciendo: “Joven, tienes que usar condón” y “La conducta machista no es presentable”. Muchos jóvenes lo encontraron un insulto a Marx y a Lenin. Nunca me metí en el núcleo de los chilenos políticamente activos.

Sí que me involucré con mucho entusiasmo en el movimiento internacional por los derechos de los pueblos originarios. Entre otras cosas, fui intérprete; colaboré en el Tribunal Russell de Róterdam sobre pueblos originarios.

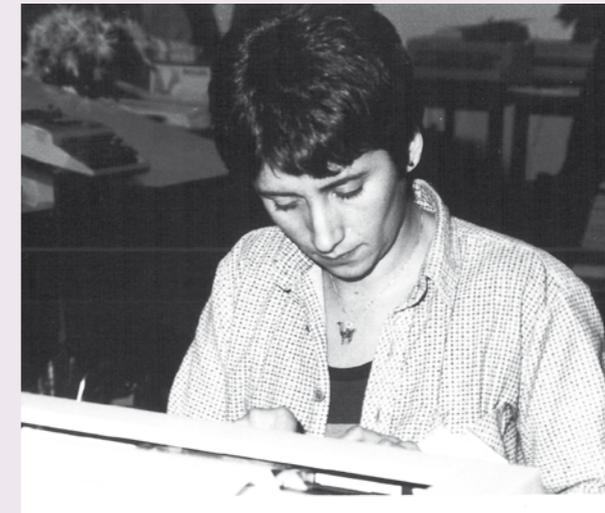
Edmundo y yo fuimos después una vez más a Surinam para hacer el trabajo de campo, que fue la base de nuestras tesis de doctorado. Yo estudié una tribu nómada que acababa de ser ´descubierta´ en 1970. Los nómades en la selva tropical buscan un espacio entre los animales y las plantas y tratan de pasar lo más inadvertidos posible. Su presencia igual tiene gran influencia en la ecología. Estos nómades cumplen un rol importante en la conservación del reino vegetal y animal. Lo lindo de esto es que no necesitan estructuras de poder. No deja de fascinarme cómo la gente da forma a su propia comunidad de manera creativa, y me di cuenta de que yo ya había vivido algo de eso en Chile en 1972-1973.

Uno de mis estudiantes está investigando cómo la gente en Grecia enfrenta la crisis socio-económica y llama a eso navegar: buscar un camino en este mundo sin certezas, sin objetivos preestablecidos, en busca de información y relaciones a las que poder asirse. En Holanda vi en el movimiento okupa de los años ochenta cómo la gente organiza su propia comunidad. Yo misma formé parte de eso y tuve buenos amigos.

Nunca me he confrontado a la pregunta de si volvería o no a Chile. Con mi trabajo en la universidad, donde comencé como docente en 1984, era evidente que tenía que quedarme aquí. Extrañaba a mi familia, pero afortunadamente mi hermana vino a estudiar en 1985, y se quedó. Año por medio trato de ir a Chile a ver a mis padres y mis dos hermanos. Mi antiguo círculo de amigos de Chile está disperso por el mundo. A mediados de los noventa, Edmundo y yo nos separamos. Fue un tiempo triste pero seguimos siendo muy buenos amigos. Él se fue a vivir a Chile.

Mi familia y Edmundo me amarran a Chile, pero si extraño un país, ese es más bien Surinam. Allí estuve las últimas décadas involucrada mucho más cotidianamente, mientras que a Chile voy de vacaciones. En Surinam tengo buenos amigos, y el país es indescriptiblemente apasionante. No hay mucha organización clara, todo parece provisional, pero la gente goza mucho de la vida.

Soy una gran admiradora de Spinoza



Fabiola escribiendo a máquina

Con su promotor de tesis, Harry Hoetink (derecha) y el investigador especialista en Surinam Wim Hoogbergen



Con mujeres en Surinam

Hay momentos en la historia en que estalla la libertad

Aquí ya no tengo mucho contacto con chilenos; sí con algunos que conozco desde el principio. Cuando el tema de conversación es ´los holandeses´ no me siento cómoda entre los chilenos. Cuando llegué aquí quería saber qué pasaba y descubrir las posibilidades. No me identifico con una comunidad nacional; lo que me inspira son las personas.

Una de ellas es un holandés del siglo diecisiete, Spinoza. Soy una gran admiradora de este filósofo de pasiones, paz y libertad. Gracias a Spinoza encontré afinidad con la historia holandesa. El siglo diecisiete

fue fantástico, y eso lo relaciono con mis experiencias en Chile de principios de los años setenta. Hay momentos en la historia en que la libertad estalla; y eso me alegra. El amor y la alegría son la base de la filosofía de Spinoza. Desde el odio no se puede comprender nada; desde el amor sí. A Jos, mi pareja, con quien comparto esta pasión por Spinoza, lo conocí a fines de los años noventa. Mi hijo, que nació aquí, me ha hecho conocer Holanda y a los jóvenes holandeses, y mi nieto recién nacido me ata a la vida aquí y ahora.

Nota de la traductora: Edmundo Magaña falleció en Chile en agosto de 2013

El baile dirige mi vida

El baile es el hilo conductor en la vida de **Roberto (Tim) Espinoza Soto** (Santiago, 1961), que vive en Holanda desde 1978. Con el Ballet Folclórico Newen Copihue se dedica desde hace ya casi treinta años a presentar bailes folclóricos de toda América Latina.

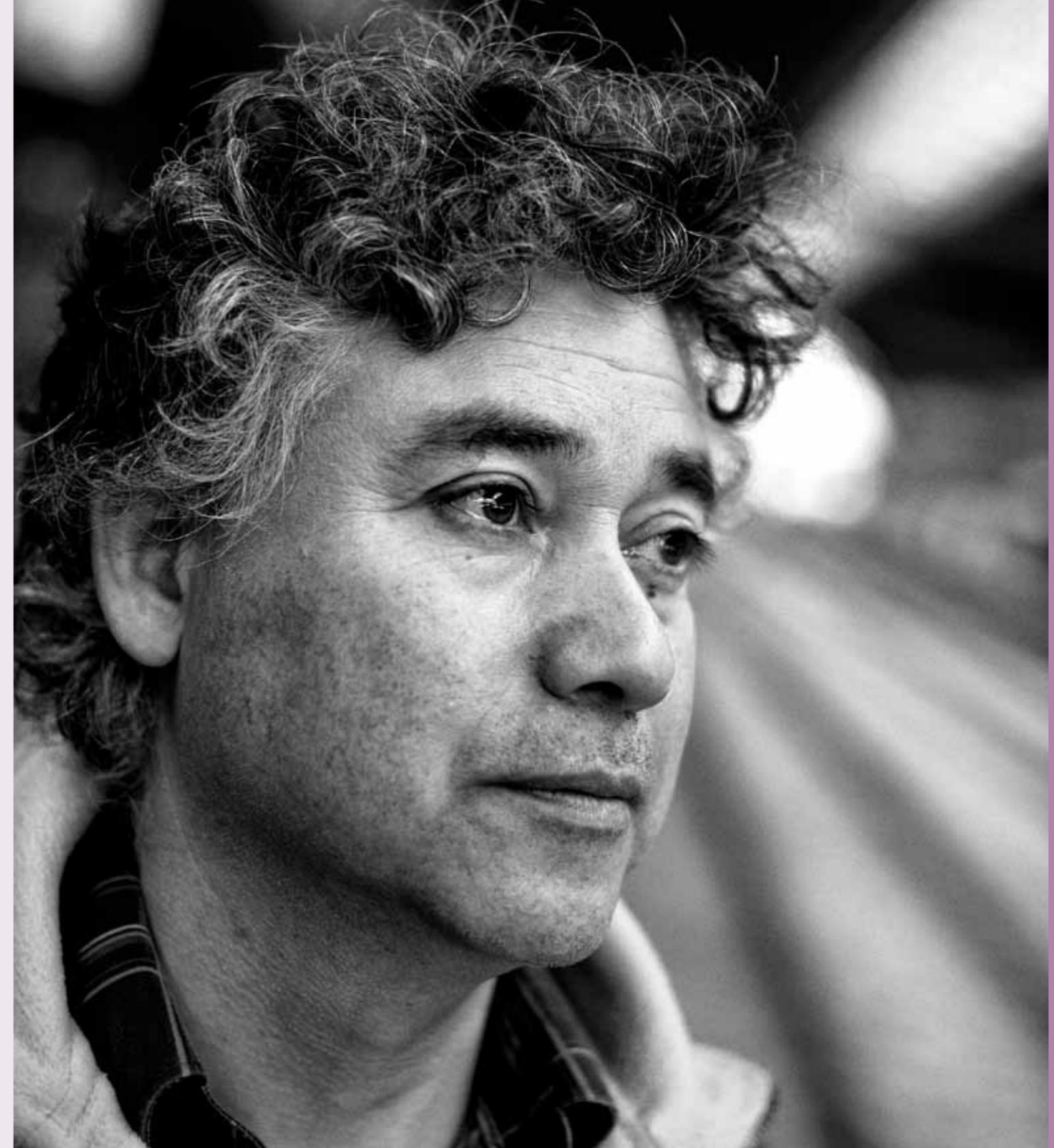
El baile desarrolla la disciplina, la dedicación y la concentración. Desde 1984 promuevo las danzas folclóricas de América Latina con el Ballet Folclórico Newen Copihue, que significa Copihue Fuerte. El baile dirige mi vida, literalmente. Cuando estaba en la escuela básica en Chile tocaba la guitarra en un grupo folclórico. Veinte minutos antes de una presentación se enfermó un bailarín y tuve que reemplazarlo. Desde entonces nunca más dejé de bailar. El Ballet Folclórico Newen Copihue, compuesto por cuatro parejas de bailarines y seis músicos, llegó a ganar incluso un premio europeo. La música y el baile los llevamos en la sangre, y reflejan el temperamento apasionado del pueblo latinoamericano.

Todavía recuerdo bien nuestra salida de Chile. Era enero de 1974 y vivíamos con mis hermanos y hermanas en la casa de mi abuela. Un día pasó mi madre y nos llevó a tomarnos fotos de pasaporte, y dejamos Chile de un día para otro, hacia Argentina, solo con la ropa que llevábamos puesta. Mi padre ya había tenido que dejar el país un año antes por sus actividades para el MIR en Valparaíso. Tuve que acostumbrarme a Mendoza. La gente hablaba con otro acento, y dominaba otra cultura. La

sensación de estar de vacaciones que tenía al principio se acabó cuando mi madre nos explicó por qué estábamos en Argentina. Mi inocencia desapareció de golpe y, siendo el mayor de cinco hermanos, me sentí responsable. Ahí comenzó la incertidumbre: ¿cuándo podríamos regresar? No había podido despedirme de mi familia, amigos, de mis compañeros.

Naciones Unidas acogió a nuestra familia y a otros exiliados latinoamericanos. En cuatro años nos mudamos muchas veces dentro y alrededor de Mendoza. El servicio secreto chileno también estaba actuando en Argentina, donde tampoco había democracia. Tomé conciencia de la situación y me hice adulto de un momento a otro.

Aproveché entonces para dedicarme a mi propio desarrollo. Mientras mis padres trabajaban, yo estudiaba para convertirme en contador. Además trabajaba en negro en una cafetería y ayudaba en el revelado de películas, algo que me había enseñado mi padre cuando trabajaba en el mundo de la televisión. Yo no trabajaba solo por dinero: también quería hacerme un lugar en la sociedad.



Mi inocencia desapareció de golpe y, siendo el mayor de cinco hermanos, me sentí responsable

Después de haber construido una vida en Argentina durante cuatro años, tuvimos que dejar todo de nuevo. Podía llevarme un solo recuerdo, y elegí un lp con baladas latinoamericanas, que todavía tengo. Era invierno cuando en noviembre de 1978 llegué a Holanda con mis padres, mi hermano y tres hermanas menores. Yo llevaba ropa de verano. En el hotel donde nos acogieron nos dieron un sandwich como almuerzo. Por suerte habíamos aprendido unas palabras en holandés y podíamos decir algo. Muy pronto nos dieron un departamento amoblado en el Bijlmermeer, un barrio a las afueras de Ámsterdam, recibimos ropa y nos enseñaron a preparar comida holandesa. Esta cálida acogida cambió mi opinión inicial sobre la vida holandesa.

Aunque la idea era quedarnos dos años aquí, quise ir de inmediato al colegio. Quería estudiar inglés, alemán y francés. Después de interrumpir estudios de antropología cultural, saqué un diploma en técnicas gráficas en Ámsterdam. Pero donde más a gusto pude usar mi talento fue cuando entré a la Academia de Baile de Róterdam a estudiar para profesor de baile.

Todos los acontecimientos tuvieron un costo para nuestra familia. Aunque en Holanda estábamos por fin todos juntos, mi madre y mi padre se habían visto muy poco durante todos esos años debido a las actividades políticas de mi padre en otros lugares de Chile, y después en Argentina. Se habían ido alejando. El

hombre latinoamericano es machista, el jefe de la familia, pero en Holanda mi madre había abierto los ojos. Ella quería trabajar, y tenía que hacerlo, y con cinco hijos en edad escolar. Pero mi padre estaba totalmente en desacuerdo y ahí surgieron fricciones. Finalmente mis padres se separaron a principios de los años ochenta.

Cuando regresó la democracia a Chile mi madre reemigró, en 1992. Toda familia de exiliados chilenos se hacía la misma pregunta: ¿Volveremos o no? Nuestra estadía aquí se suponía que era temporal. Yo volvía a plantearlo cada dos años... ¿a dónde íbamos a regresar? Chile es el país de mi infancia, Argentina es el país de mi juventud...

Esa eterna duda terminó hace tres años, cuando nació mi primer nieto. En ese momento Chile o Argentina estaban muy lejos. Quería estar con mis hijos y mis nietos. Además tuve un infarto al corazón y tuve que empezar a vivir con más calma. Estoy tranquilo con la elección de quedarme. Eché raíces aquí; Ámsterdam es mi lugar, aquí formo parte de la vida cultural. En este país he aprendido a vivir y a tratar con gente de todas partes.

Con el baile llevo Chile y América Latina a la gente. Hablo con el público sobre mi pasado, y les cuento quién soy yo, de dónde vengo y por qué vine. Ser exiliado es una parte de mi pasado cultural. Todavía me siento exiliado, aunque estoy incorporado a la sociedad holandesa.

Estoy muy orgulloso de nuestro grupo de baile. La danza es el resorte positivo en mi vida, y gracias a ella he podido cumplir metas y sobrevivir. Tengo en mí el ímpetu de vivir, de hacer las cosas bien. Gracias también a la danza pudimos descubrir y aceptar nuestra identidad como latinoamericanos, y recibimos reconocimiento como

segunda generación de exiliados. Al mismo tiempo nos integramos, lo que no quiere decir solamente que hayamos adoptado las costumbres, valores y normas de Holanda, sino también que hemos aportado a su enriquecimiento.



Con la familia al partir de Chile a Argentina, 1974

Bailando con Copihue (Tim a la derecha)

Grupo de baile Copihue (Tim primero a la derecha)



Ser exiliado es una parte de mi bagaje cultural

Gracias a los Estudios de la Mujer abrí los ojos

Patricia Vera Traslaviña

(Santiago 1952)

llegó en 1974 a Holanda, donde se transformó en activa feminista. Trabajó en muchas iniciativas en Holanda y en Chile. Desde hace poco, Patricia vive otra vez en Chile.

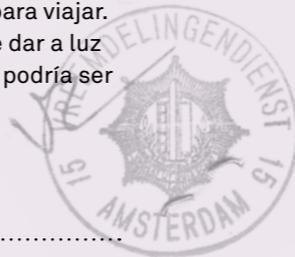
Mi madre era extrovertida y liberal, pero vivía la opresión de su rol de dueña de casa y madre de cinco hijos. Su madre también crió a cinco niños, pero sola. De joven mi familia me sobreprotegió. Mi hermano mayor me decía que no iría a la universidad, porque éramos pobres y además yo era mujer.

A los quince años no me dejaban salir sola, y menos de noche, pero encontré una escapatoria en el Mes de María (diciembre). Iba cada noche a la parroquia del barrio, simplemente por salir. Allí conocí a otros jóvenes con compromiso político-social. Desde entonces mi conciencia social y política se desarrolló rápidamente. Los jóvenes de nuestras comunidades cristianas, junto a los sacerdotes misioneros holandeses y canadienses fundamentalmente, ingresaron al MAPU, partido marxista leninista miembro de la Unidad Popular, y del cual me convertí muy joven en líder local.

Cuando Allende salió elegido, en 1970, yo comenzaba a estudiar psicología, pero mi militancia política la ejercía en el frente poblacional y sindical del cordón de Vicuña Mackenna.

Poco antes del golpe, junto con unos compañeros del partido fuimos detenidos por militares, porque en el marco de la aplicación de la ley de control de armas revisaban los autos y decomisaban las armas. El machismo de los militares me salvó: revisaron solo a mis compañeros, mientras que yo llevaba documentos muy comprometedores. Después del golpe, tras un período en que no encontrábamos lugar seguro para ocultarnos, el secretario general del partido, Carlos Montes, nos dijo que teníamos que dejar el país: la situación era de mucho riesgo: podían detenernos y teníamos mucha información.

Buscamos protección en la embajada de Holanda. Conseguimos pasar la barrera de los militares y entrar, a pesar de los tironeos entre un policía holandés que trataba de meternos y dos militares chilenos, que me clavaban los fusiles para impedirlo. Yo estaba embarazada, y tuve que esperar tres meses antes de conseguir un salvoconducto para viajar. De no conseguirlo tendría que dar a luz en un hospital chileno, donde podría ser arrestada.



El machismo de los militares me salvó

Por suerte pudimos viajar en enero de 1974 a Holanda, donde con otros chilenos fuimos llevados a un hotel en que permanecemos cuatro meses. En un momento dado nos aislaron, porque algunos decían que mi pareja era agente de la inteligencia militar. Nos sentaban solos durante las comidas, y salvo por algunos compañeros del MIR y unos exiliados brasileños, que nos avisaron del rumor, nadie nos hablaba. Fue terrible. Afortunadamente esa información fue desmentida por el partido meses después. A fines de marzo, aún estando en el hotel, nació Rodrigo, el primer bebé nacido en el exilio en Holanda.

No pude continuar estudiando al llegar porque, como a otras compañeras, el director del Fondo de Asilo Universitario (UAF), me dejó claro que “en Holanda las mujeres embarazadas y las que acaban de ser madres se quedan en casa”. Una trabajadora social decidió que tenía que comprar una máquina de coser y no un equipo de música, pese a que le dije que no sabía coser y que la música era muy importante para mí.

Mi pareja encontró trabajo en una fábrica de lámparas de Uithoorn, adonde nos enviaron a vivir, y donde trabajé limpiando y sirviendo café. En 1976 comencé mis estudios de antropología en la Universidad de Ámsterdam. Allí hice el primer curso de Estudios de la Mujer, que me abrió los ojos. Siempre sentí que había algo que no encajaba. Llegué como activista política a Holanda, pero en las reuniones los hombres no tomaban en serio la opinión de las mujeres. Ellas estaban siempre en la cocina. Cuando sacaba este tema me acusaban

de haberme “holandizado”. Después de muchos problemas, me separé y recuperé mi identidad; dejé de ser la mujer ‘de’. Este proceso fue muy difícil, largo y triste. Finalmente el juez me otorgó la tuición de Rodrigo, en parte gracias a que el director de su escuela, surinameño, declaró que a los machos latinoamericanos no son los hijos lo que verdaderamente les importa, sino castigar a la mujer.

No volví a tener que ver con partidos políticos, pero sí con organizaciones autónomas de mujeres. Cofundé la Asociación de Mujeres Chilenas en Holanda. Éramos unas cincuenta asociadas, bastante radicales para entonces. Íbamos solas a peñas y teníamos grupos de autoayuda. Los hombres chilenos decían: “Son lesbianas, se europeizaron, olvidaron la revolución chilena”.

Siempre intenté volver a Chile. En 1990 partí a Santiago. Rodrigo tenía quince años, y tres Erasmo, el hijo que tuve con mi entonces compañero, Claudio Parra, pianista de Los Jaivas. Con el apoyo de la Cooperación holandesa trabajé tres años en el Instituto de la Mujer de Santiago, donde hacía de puente entre feministas profesionales de ONGs y el movimiento de feministas populares y autónomas, espacio con el que más me he identificado.

Al terminar mi contrato en 1994 regresé a Holanda. Mi intención era tomar un descanso y regresar nuevamente a Chile, pero me quedé diez años más. Trabajé primero para OLAA, la organización que reemplazó al Comité Holandés de Solidaridad con Chile. Luego trabajé en Tilburgo con refugiadas



de Bosnia, víctimas de violencia sexual de guerra, y también hice investigación sobre las necesidades de atención sanitaria de refugiados de siete culturas.

Trabajé en Mama Cash, el fondo feminista internacional, hasta 2003 en Ámsterdam, y desde allí partí a Chile a fortalecer y apoyar el desarrollo de fondos de mujeres en América Latina. Durante ese período estuve muy involucrada en la organización de encuentros feministas en Chile. Al finalizar ese contrato tampoco pude quedarme en Chile, por inseguridad económica. De regreso a Ámsterdam, fundé una organización internacional, Fundación Diáspora Solidaria, para dar relevancia al aporte de mujeres migrantes de América Latina en Europa y apoyar iniciativas de defensa y promoción de los derechos de las mujeres en la región de origen. En 2010 organizamos un encuentro en Ámsterdam que reunió a unas 120 mujeres.

Vivo mi vida aquí y allá



Desde 2013 vivo en Santiago con Erasmo -que ahora tiene 28 años-, pero esta vez sin contrato. Este regreso se siente muy solitario después de 39 años. En los últimos veinte años fallecieron muchos familiares: mis padres, mi hermano y hace poco mi cuñada y mi hermanita Rossi, quien me acompañó diez años en Holanda. Para mí, las nociones de retorno definitivo o permanencia temporal perdieron sentido; ahora todo es temporal. Por la pérdida de tantos seres queridos, vivo mi vida, aquí y allá, en un duelo largo y profundo. Y aunque sigo siendo activista, ahora veo las cosas con más calma.

Holanda me ha dado libertad y seguridad, casi siempre como madre sola, sin depender económicamente de un hombre. Pude estudiar y emanciparme como mujer. Pero el exilio también me impidió tener una vida familiar normal y el apoyo natural de una red social como tendría en Chile. Y pese a mis esfuerzos y aportes a la sociedad holandesa, nunca me sentí totalmente aceptada.

Carnet de estudiante, Universidad de Chile (pág. anterior)

De izq. a der. Fabiola Jara, Edmundo Magaña, Claudio Parra, Patricia, Fernando Polle, 1984

Carnet de refugiada, 1984

Patricia en una conferencia sobre violencia contra las mujeres

Un salto al realismo, dando pequeños pasos hacia adelante

Daniel García Soto

(San Antonio 1952)
llegó directamente desde la cárcel a Holanda en 1976. De la dirección del MIR pasó a la política de los pequeños pasos: como funcionario de la FNV (Federación de Sindicatos Holandeses) y como concejal por el Partido del Trabajo (PvdA) en Ámsterdam.

Desde pequeño estuve involucrado en política y trabajo sindical y organizativo. Mi abuelo, un anarquista emigrado desde España, hablaba mucho de la lucha obrera. Mi padre, socialista, era estibador, y por muchos años dirigente del sindicato de los trabajadores portuarios.

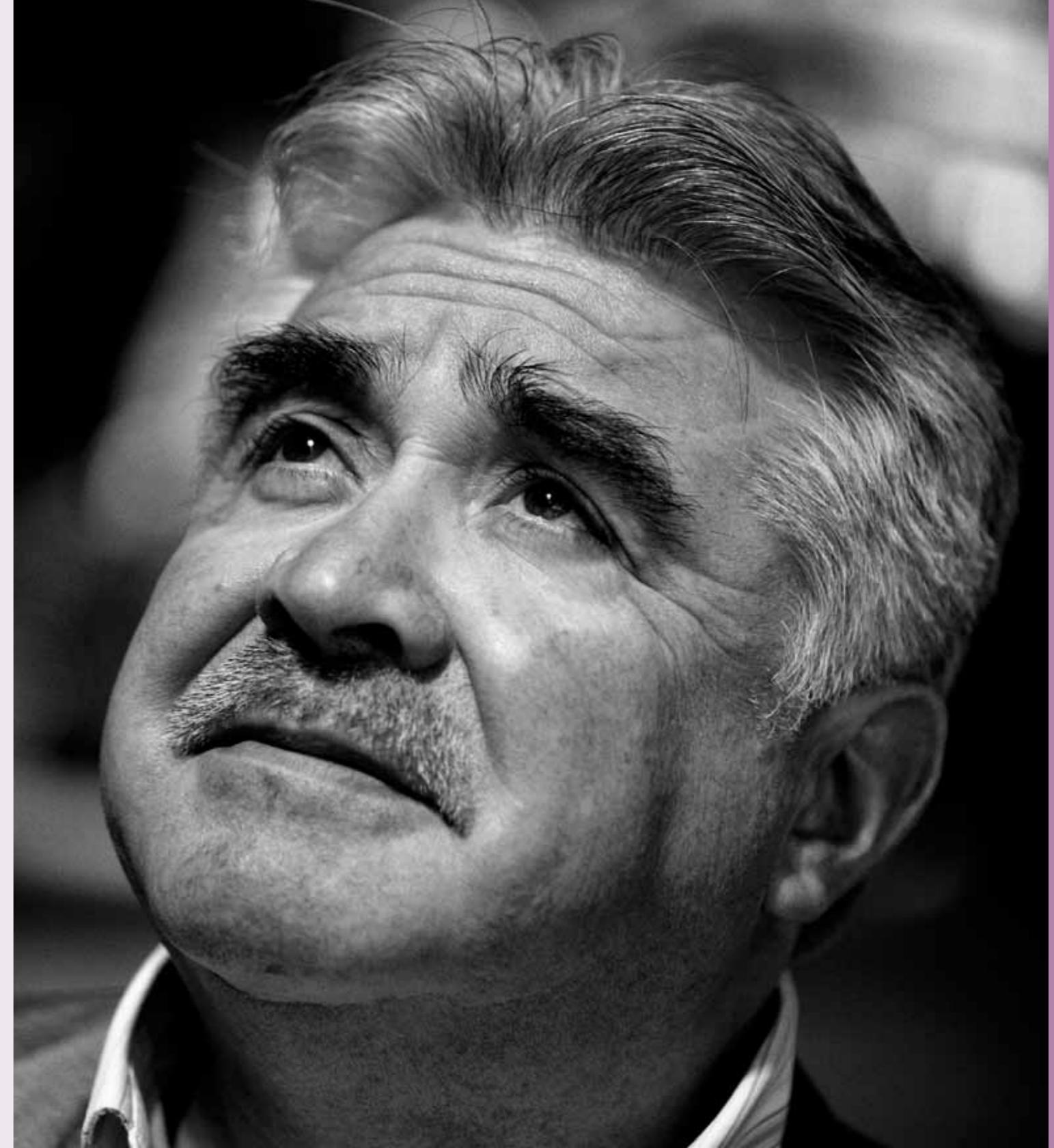
Ya a mis catorce años, en 1966, ingresé al MIR, y dos años más tarde, cuando aún era estudiante, fui secretario de la junta de vecinos de nuestro barrio. Tenía discusiones fuertes con mi padre, pero con respeto. Él estaba por el camino pacífico al socialismo, y yo opinaba que sin violencia nada resultaría.

Mis actividades políticas alcanzaron el clímax durante la Unidad Popular, cuando estudiaba sociología y contabilidad en la universidad en Talca. Me presentaba públicamente como dirigente estudiantil, mientras que como militante del MIR participaba en ocupaciones de terrenos para apurar la reforma agraria.

Aunque sabíamos que vendría un golpe de Estado y estábamos preparados para el trabajo clandestino, la resistencia fue imposible. Un mes después del golpe tuvimos un problema con un

contacto en un encuentro. Éramos tres y a uno de nosotros le disparó la policía de inmediato y murió. A mí y a la otra persona nos arrestaron. En el cuartel militar de Talca me estuvieron torturando toda una semana, día y noche. Un cuarto de siglo más tarde he tratado de que se condene a mi torturador, Jorge Zucchini, que actualmente es un general en retiro. En Chile casi no se ha condenado a torturadores, pero en mi caso resultó, aunque formalmente. Y aunque era una condena simbólica de tan solo treinta días de prisión, Zucchini sólo cumplió dos. El caso sí recibió mucha publicidad.

Después de haber conmutado mi prisión por el exilio, llegué a Holanda en marzo de 1976, en un frío día de nieve. De inmediato me incorporé al trabajo político: a los cuatro días ya tenía una reunión en París con la dirección europea del MIR. Por la experiencia que yo tenía en Chile como dirigente regional, me encomendaron la tarea de reorganizar al MIR en Holanda, lo cual me puso en una posición difícil. Muchos militantes no me miraban bien, pero yo era leal con la línea del partido y lo hice igual.



Nosotros no pensábamos que la dictadura fuera a caer en dos años, sino que nos dimos cuenta de que la lucha sería larga. Trabajé mucho en el plan de retorno: los militantes del MIR recibían un entrenamiento militar en Cuba o en otro país, para ir posteriormente a luchar en Chile. Después me arrepentí de haberme involucrado tanto en eso porque en Chile no hubo buena acogida, ya que el MIR había sido completamente infiltrado allá por los servicios de seguridad. Cuando nuestra gente llegaba a Chile, eran detenidos o asesinados de inmediato.

Alrededor de 1985 me retiré del MIR voluntariamente, porque encontré que con la política del retorno cometíamos siempre los mismos errores. Muchos militantes del MIR consideraban central la lucha militar, y para mí esta solo podía servir como apoyo a la lucha social, que era más importante.

En Ámsterdam trabajé primero como administrativo en la empresa municipal de transporte, hasta que en 1980 fui contratado en el departamento de finanzas de la FNV (Federación de Sindicatos Holandeses). Después de una capacitación interna, desde 1989 me dediqué, como funcionario de políticas públicas, principalmente a las minorías étnicas y su lugar en el mercado de trabajo. Instalamos una oficina de denuncias de discriminación y logramos incorporar en las condiciones laborales algunas medidas contra la discriminación. Entretanto terminé mi formación como trabajador social y una

maestría en Estudios organizacionales.

También comencé a enfocarme en la política holandesa, y en 1987 ingresé al PvdA. Para mí, después del MIR significó un salto al realismo, dando pequeños pasos hacia adelante. Esto es acorde también con la tradición en mi familia de una lucha obrera concreta.

Mi plan de retorno a Chile en 1990 no resultó. Iba a instalar un instituto de capacitación para la Central Unitaria de Trabajadores de Chile, CUT, y el salario lo iba a pagar la Cooperación para el desarrollo de Holanda durante dos años. Después la CUT tendría que continuar haciéndolo. Me di cuenta en las conversaciones que sostuve en Santiago con el presidente de la CUT de ese tiempo, un demócratacristiano, de que sólo había interés en el dinero que yo llevaría. No me dieron ninguna garantía para después de esos dos primeros años, y mi posición en el instituto de capacitación no quedaba muy clara. Probablemente mi pasado mirista tuvo un papel en esto.

Entre 2000 y 2010 fui miembro por el PvdA del concejo municipal del barrio amsterdams Rivierenbuurt (que después se llamó ZuiderAmstel). Como concejal entré en conflicto con el responsable político de Vivienda del barrio (miembro de mi propio partido), que quería demoler unos edificios antiguos, prácticamente las últimas viviendas sociales que existían, para construir viviendas caras. Con el apoyo del VVD (partido liberal de derecha),

Después me arrepentí de haberme involucrado tanto en el plan de retorno



que no tenía ninguna relación con las viviendas sociales, pero que sí creía que había que conservar un sector social, gané: los edificios no fueron demolidos. Después de diez años de lucha también tuve éxito con el caso de la Mirandabad, la piscina municipal que querían privatizar para convertirla en un spa de lujo. Ahora no será privatizada, sino que refaccionada. Tengo dificultades con el rumbo actual del PvdA, pero no me retiraré así nomás: sigo siendo leal.

En 1989 pude entrar a Chile por primera vez y desde entonces voy regularmente. Desde 2008 voy todos los años. Allá veo un fuerte individualismo y poca solidaridad; el movimiento sindical casi no tiene influencia y los partidos

progresistas no ofrecen alternativa al modelo neoliberal. Estoy decepcionado, pero eso no me impide hacer algo, a pasitos pequeños. En 2013 jubilé y pienso ir a Chile cada año y quedarme unos cuatro o seis meses. En San Antonio y en Talca colaboro en un proyecto social para jóvenes, con unos conocidos de antes. Cuando en tres años más mi esposa, holandesa, con quien estoy desde 1977, reciba su pensión, se irá conmigo. Me gustaría estar en Chile. Con Holanda ya estoy listo, pero por mi esposa y mi hijo no me puedo ir definitivamente. Mi hijo tiene 31 años, es independiente y no irá con nosotros. Eso significa que tendremos que seguir yendo y viniendo durante los próximos años.

Depositando una corona el 4 de mayo en el Dam (Conmemoración anual de las víctimas de la segunda guerra mundial), Ámsterdam, alrededor de 1980. A la der. Daniel García, a la izq. Huub Oosterhuis junto a Rodrigo Araya

Tendremos que seguir yendo y viniendo durante los próximos años

Chile forma parte de nuestra vida

La casa paterna de **Wietske Langedijk** (1954) fue un lugar de descanso para exiliados. Junto con su familia actuó en las manifestaciones por Chile y fue durante años el motor detrás del Comité holandés de Solidaridad con Chile. Después de su viaje clandestino por Chile adoptó una hija chilena.

Vivíamos en Putten, en la región de Veluwe, y nuestra casa contaba con un terreno grande; mi hermana tenía un trabajo a tiempo parcial en el albergue de jóvenes. Un día llegó contando muy agitada que en el edificio contiguo del CNV (Central Sindical Cristiana de Holanda) habían acogido a chilenos. Muy interesante, por supuesto. Cuando se buscó familias que quisieran dar la bienvenida a los chilenos y orientarlos en las costumbres holandesas, inmediatamente dijimos que sí.

Los primeros que llegaron fue la familia Corbalán. Y allí estábamos nosotros, curiosos, pero sin poder intercambiar ni una palabra. ¡Con manos y pies! Venían cada vez más chilenos a nuestra casa, también muchos solteros. A ellos les gustaba venir. Teníamos mucho espacio y ellos podían hacer lo que quisieran: encender una fogata, tocar música... siempre eran bienvenidos. ¿Como lo encontrábamos? Muy impresionante; de repente disfrutábamos de un importante acontecimiento histórico de muy cerca.

En esa primera época nos comunicábamos sobre todo a través de la música, porque si era difícil conversar, cantar y tocar no costaba nada. Un día

preguntó Bincho Alarcón si el conjunto chileno de exiliados de París, Karaxú, podía alojar en Putten cuando vinieran a Holanda. Lo encontramos brillante, y ellos también. Karaxú fue el prelude de muchos músicos que vendrían a nuestra casa en Putten.

Lo que me sorprendió al principio fue la desunión política. Yo pensaba de manera bastante simple: son todos de izquierda, todos escaparon de Pinochet... ¡pero tenían tremendas peleas entre ellos! Eso no encajaba en nuestra imagen de solidaridad. Había muchas tensiones al principio, también entre hombres y mujeres, que, a veces por la cárcel, no se habían visto en años. También vivimos eso: problemas de pareja a lo latino, o sea, con gritos y golpes a veces.

Nuestras noches musicales con los chilenos fueron la base para la creación de nuestro grupo de teatro Beroerd. Muchas manifestaciones por Chile eran súper aburridas; nosotros queríamos contar el caso de Chile con música y teatro. Beroerd actuó prácticamente en todas las manifestaciones por Chile de esa época. Mi padre se encargaba del aspecto técnico, mi madre, mis dos hermanas, mi esposo y yo cantábamos



y actuábamos. Otros amigos tocaban el acordeón, el bombo, el violín y la guitarra.

Desde fines de los años setenta trabajé como voluntaria en el Comité holandés de solidaridad con Chile (CKN). Pero eso pasó a un segundo plano por Beroerd. Nos invitaron hasta a Centroamérica. En 1984 me llamó un amigo: “Tienes que solicitar ahora mismo, el CKN busca una colaboradora para organizar las acciones”. Yo pensé: No tengo nada de tiempo para eso, porque tenía que ir a dejar a mi hija Sara. Partíamos esa misma noche a Cuba a una gira. Pero igual fui ese mismo día a una entrevista. Creo que me contrataron por mi capacidad de trabajar bajo presión.

Mi primer viaje a Chile fue en 1980, en plena dictadura. Teníamos mucho contacto con chilenos que no podían entrar más a su país. Ellos nos preguntaron si queríamos ir. Para entonces ya hablábamos castellano. Pero tenía que ser clandestino, por supuesto. Mi hermana Tineke y yo llevamos paquetes, microfilms escondidos en álbumes de fotos y en un maletín de tocador. Teníamos que entregarlos en algún lugar de Santiago, con una manzana en nuestra mano derecha y con lentes para el sol. La clave era “¿dónde compraste esas manzanas?” y la respuesta era “en la feria”, y así confirmabas que todo estaba en orden. Caminamos juntos hacia algún lado, entregamos el maletín de tocador y eso fue todo.

Ahora suena peligroso, pero en

ese tiempo era natural. Teníamos instrucciones claras, como por ejemplo nunca hablar con extraños sobre política. La versión oficial era que estábamos haciendo una investigación sobre el folclor chileno. Incluso traíamos un pequeño repertorio de canciones holandesas que presentábamos en las peñas. Cantábamos ‘Los verdaderos alpinistas quieren una existencia libre’ para evitar la palabra ‘socialistas’. Visitamos a amigos y familiares de chilenos ‘holandeses’ por todo Chile. Queríamos experimentar cómo era la vida allá, para poder contar en casa.

Este viaje estrechó aún más nuestros lazos personales con los chilenos. Fuimos a la casa de la madre de Bincho y Belto Alarcón. Cuando regresamos, Bincho quería saberlo todo: “¿Dónde durmieron, en mi dormitorio?” Eso era muy fuerte. Él recordaba esa pieza una y otra vez y preguntaba: “¿No había una estufa allí? ¿La sacaron? ¿Sin mi permiso?”

Todo se hizo aún más personal gracias a Natalia. En Chile actuábamos con Gabriela Pizarro, una folclorista que trabajaba en la resistencia. Ella nos contó de una amiga comunista que estaba siendo buscada, cuya hija estaba subalimentada. Visitamos a esta amiga, María, y su hija Natalia preguntó de pronto si se podía ir con nosotros a Holanda. Tenía entonces diez años. No teníamos una respuesta directa a su pregunta.

Cuando llegamos a casa había una carta de María que decía que Natalia

estaba lista. Su estadía sería temporal, para reponerse. Con el grupo Beroerd juntamos el dinero para su pasaje y se vino, con once años. Queríamos recibirla juntos, pero no era muy acertado. Finalmente ella se fue conmigo y con mi esposo a Ámsterdam.

Natalia se quedó con nosotros hasta que cumplió los dieciocho años, y de esta manera Chile se hizo más parte de nosotros aún. Cuando nuestra hija Sara tenía cuatro años y se clavó una espina en su pie, tomé una pinza (que en holandés se dice pincet) para sacársela, y ella gritó: “¡No, no con un Pinochet!” El contacto entre Natalia y su madre era cada vez menor. Mucho después, ella la fue a visitar, pero siempre se quedó a vivir en Holanda, ahora ya con marido e hijos. Ella es parte de nuestra familia.

En 1989 fui de nuevo a Chile. El conjunto musical Illapu actuaba para presos políticos. Allí volví a ver a Guillermo, a quien había visto por última vez once años atrás en París, poco antes de que él volviera, clandestino. Le habíamos enseñado una canción holandesa antigua con un estribillo sin palabras. En Chile fue detenido casi inmediatamente



y trataron de envenenarlo; le quemaron las cuerdas vocales. Con esa voz afónica comenzó a cantar aquel estribillo. Se nos puso la piel de gallina.

Los chilenos acogidos en Putten en una primera instancia fueron dispersos por todo Holanda. Pero en torno al 11 de septiembre de cada año volvían de nuevo a nuestra casa. Acampaban aquí, comíamos juntos y nuestros amigos holandeses también venían. Un peluquero hacía el ‘corte Chile’ y cobraba, un verdulero vendía verduras. Así juntábamos algo de dinero para la resistencia chilena. Y todavía vienen holandeses y chilenos todos los años, ahora en Pentecostés. Putten sigue siendo su refugio.



Natalia sobre el hielo junto a la casa flotante de Wietske y Ton

Wietske al teléfono en el Comité de Solidaridad con Chile durante el plebiscito del 5 de octubre de 1988

Ton con su hija Sara durante un ensayo de Beroerd en 1986

Nos comunicábamos sobre todo a través de la música

La clave era: ¿dónde compraste esas manzanas?

Hay que ser práctico para enfrentar los problemas

Juan Soto Leyton

(Chillán 1945)

llegó a Holanda en 1976, directamente desde la cárcel.

Durante quince años fue el motor del Comité de Solidaridad por Chile de Eindhoven. Aquí se siente en casa, y de Chile en realidad no extraña nada.

No sabía nada de Holanda cuando llegamos en 1976. El día anterior me había reunido en el aeropuerto de Santiago con mi esposa, Patricia, y nuestros hijos de ocho y diez años. Puesto que Holanda nos había invitado, después de tres años pude dejar la prisión.

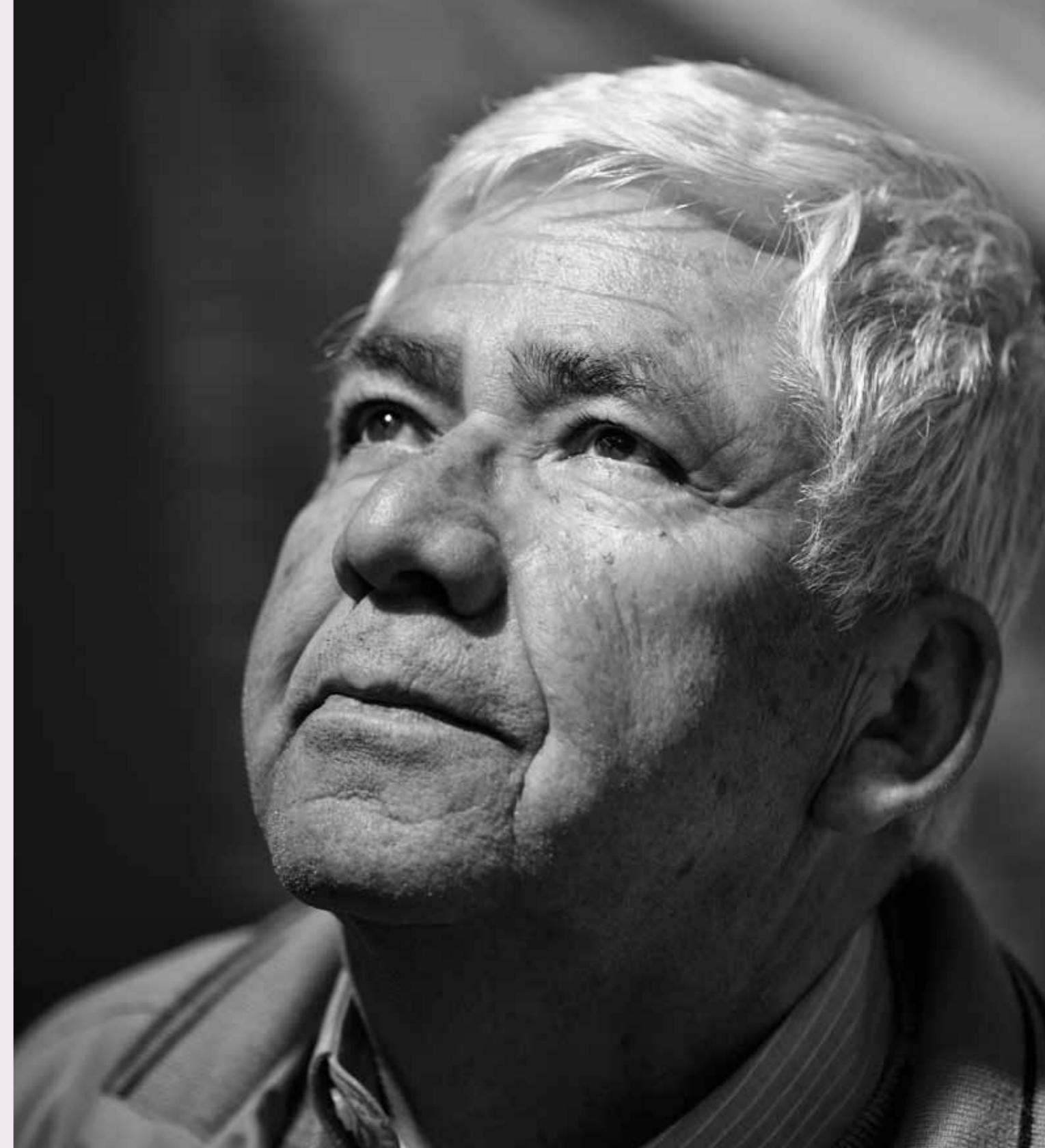
Poco después del golpe de Estado fui detenido por ser militante de una organización de izquierda. Después de cinco días de torturas me llevaron con otros presos. Allí, con mi diploma de primeros auxilios me transformé en enfermero de una superpoblada galería. Muchos presos tenían terribles heridas de balas, pero con vendajes y medicinas de las Naciones Unidas pude ayudar a mucha gente. Todos sobrevivieron.

De mi madre aprendí a enfrentar los problemas de manera práctica. Era muy joven aún cuando murió mi padre, al caer de un andamio de construcción. Mi madre tuvo que mantener a cinco niños pequeños lavando ropa de familias ricas. Ella siempre tiraba para adelante; dispuesta a arremangarse cuando hacía falta. A los doce años yo trabajaba y además estudiaba de noche. Desde joven trabajé en el sindicato, y a través de varias personas entré en contacto

con organizaciones de izquierda. Durante el gobierno de Allende tenía a cargo a 26 barrenderos municipales de Santiago. Como yo tenía educación y no bebía, mi jefe encontró que podría enseñar disciplina laboral a ese pueblo rudo.

En Holanda pudimos elegir entre distintos lugares para vivir. Elegimos Eindhoven, porque allí era fácil encontrar trabajo. El primer año trabajé como asistente voluntario del conserje de una escuela básica, con el fin de, a través del trato con niños, aprender mejor holandés. Después pude trabajar en la municipalidad. Había solicitado en la torre de agua, pero el director dijo de inmediato: "Este hombre no puede trabajar aquí: es un terrorista y puede cometer un atentado del que toda la población será víctima". Yo estaba muy asombrado, y mi acompañante holandés totalmente indignado. En la empresa de servicios pude trabajar como obrero de mantención de medidores de agua, un oficio que aún tenía que aprender. Allí trabajé 32 años.

Inmediatamente después del golpe, en Eindhoven se creó un Comité de Solidaridad con Chile, donde también trabajaban sacerdotes y monjas



holandesas que habían vivido en Chile y que fueron expulsados después del golpe. Junto con otras familias chilenas, nos unimos a ellos. Organizábamos manifestaciones y juntábamos cosas para los presos políticos; y yo iba a dar charlas sobre Chile a las escuelas, a veces hasta tres veces por semana, para lo cual mi trabajo me dejaba tiempo.

Rápidamente surgieron problemas entre los partidos políticos chilenos. Algunas personas se separaron y formaron un nuevo grupo, pero sobrevivió poco tiempo. Nuestra manifestación anual del 11 de septiembre reunía a finales de los años setenta a unas mil quinientas personas. El Comité de Solidaridad con Chile de Eindhoven siguió existiendo hasta el fin de la dictadura, en 1990.

Hacíamos zumbar nuestra casa con actividades de solidaridad. Cuando nuestra hijita Gabriela tenía un año y medio, montamos un puesto en el Festival Mundial de Tilburgo. De repente ella desapareció, y nos asustamos muchísimo. Aún no sabía decir ni siquiera su nombre. Después de cinco minutos de miedo escuchamos por los parlantes: “Se ha encontrado una niña, y dice: papá, mamá, Comité de Chile”.

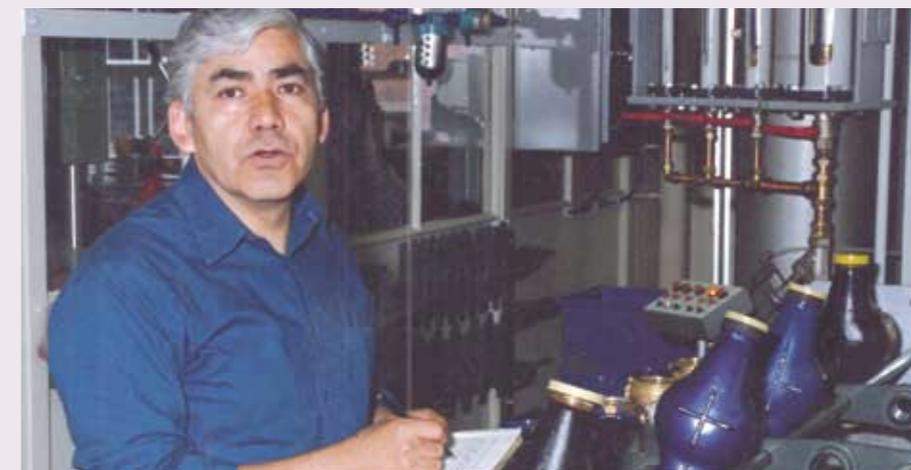
Hace ya más de treinta años, cuando todavía estaba seguro de querer volver a Chile, me comprometí activamente en la política holandesa. En un café político me puse a conversar con el joven Jan Marijnissen (máximo dirigente nacional del SP: Partido Socialista de

Holanda). Sus ideas me interpretaron, y tomé contacto con el PS de Eindhoven. Les conté de Chile y me hice militante. Lo que más hago es trabajo político práctico, junto con otras personas. La diferencia con la política chilena es enorme. En Holanda la política es muy sobria; en Chile es mucho más apasionada. Allí se quieren conseguir grandes cosas, y al final no se consigue nada. Y aquí la política es menos corrupta que en Chile.

En 1988 regresé por primera vez a Chile, pero la mentalidad de no enfrentar las cosas, sino postergarlas, no me atrajo. Ya me había ‘holandizado’ mucho. Trabajaba sobre un plan y evaluaba las consecuencias. Por eso en Chile me llamaban a veces ‘gringo’. Muchas veces la gente decía: “Ustedes se fueron de vacaciones y nos abandonaron en la miseria: son unos cobardes”. Piensan que eres un europeo rico si llegas en avión. Eso duele. No se preguntan qué pasó antes. Hemos hecho de todo aquí para ayudar a la gente que está allá.

No hemos regresado, también porque nuestros hijos no querían irse a Chile. Los dos mayores estaban traumatizados por lo que vivieron: mi detención, miedo, miseria, la época luego en que tuvieron que sobrevivir con lo que ganaba Patricia haciendo ropa. Nunca más fueron a Chile. Patricia está súper contenta aquí, y le gusta más Eindhoven que Santiago. Después de 1988 sólo he ido dos veces a Chile. Aquí hemos encontrado nuestro lugar, y seguimos

“Este hombre no puede trabajar aquí: es un terrorista”



Stand del Comité de Solidaridad con Chile de Eindhoven

Manifestación en Eindhoven por el arresto de Pinochet en 1998

Juan en la empresa de abastecimiento de agua donde trabajó en Eindhoven

“Se ha encontrado una niña, y dice: papá, mamá, Comité de Chile”

juntos aún como pareja. Holanda ha dado a nuestros hijos oportunidades que en Chile nunca hubiesen tenido.

Desde que jubilé soy voluntario en algunos hogares de ancianos. Este deseo de hacer algo por los ancianos holandeses viene de que no pude ayudar a mi propia madre cuando se hizo mayor, pues yo estaba aquí. Con mucho placer y paciencia tomo café con los ancianos, hago las compras con ellos, paseamos. En Holanda veo mucha disposición a hacer algo por los demás.

De Chile sólo extraño el sol y algunos alimentos que no se pueden encontrar

aquí. Nada más en realidad. Ya casi no tenemos contacto con otros chilenos en Eindhoven; nuestros hijos no tienen amigos chilenos. Todavía hablan español, pero nuestros nietos ya no.

Pero igual sigo comprometido con Chile, que sigue siendo un país de una injusticia increíble y un sueldo mínimo escandaloso. Junto con algunos holandeses recaudamos dinero para presos políticos mapuche y para que niños mapuche puedan estudiar. Si pides a la gente ser solidaria te dicen muchas veces: “No tengo tiempo, no hay tiempo”, pero hay mucho que hacer por los indígenas oprimidos.

Seguiré hasta que los asesinos sean castigados

Mónica Pilquil Lizama (Santiago 1953) fue desde muy joven activista política. Su marido fue detenido en 1974 y ‘desaparecido’. De 1977 a 1989 vivió en Holanda. En 1990 falleció su pareja holandesa en Santiago. Mónica sigue luchando por la verdad y la justicia.

Cuando los militares tomaron el poder yo tenía diecinueve años, pero ya era muy activa en política. Estaba en el liceo, y como mi padre, un zapatero independiente, era mapuche, me dieron una beca, uniforme y libros. Mis padres eran socialistas, y a través de mi madrina conocí a Laura Allende, que era diputada y hermana de Salvador. Durante la Unidad Popular yo era una de las pocas militantes del FER (Frente de Estudiantes Revolucionarios) en mi liceo. Ayudábamos en la toma de terrenos y en la distribución de alimentos cuando las empresas de transporte hicieron huelga. Tenía a mi mando a un grupo de jóvenes que peleaban con cadenas contra los grupos de matones fascistas. En una de esas actividades conocí a Ismael Darío Chávez Lobos. Fue amor a primera vista. Él estudiaba teatro y era jefe de un grupo político-militar del MIR.

Después del golpe de Estado, un compañero de derecha del liceo me gritó: “¡Comunista, te vamos a matar!” Yo le respondí: “Si quieres, hazlo ahora. ¿Crees que estoy sola?” En casa quemamos libros y documentos, y en mi calle podías ver salir humo de las chimeneas de casi todas las casas. Mi casa fue allanada y se llevaron a mi

hermana unos días. Inmediatamente después del 11 de septiembre, la escuela de teatro de Ismael cerró porque allí estudiaban muchos miristas.

Nos casamos a principios de 1974, y trabajamos juntos en propaganda clandestina. Con una panza cada vez más grande, yo tipeaba los textos sentada sobre el inodoro, porque desde allí no se escuchaba fuera. Pero un día quise terminar con aquello: “Soy un estorbo para ustedes, porque si me detienen y me torturan, podría perder a mi hijo o podría hablar”. A fines de junio nació Juan Carlos. Un mes después, el 26 de julio de 1974 por la noche, tres hombres desconocidos se llevaron a Ismael de la casa de mis padres. Nunca más lo volví a ver.

En la búsqueda de mi amor me contacté con otros familiares de desaparecidos y con la Vicaría de la Solidaridad, la organización de derechos humanos de la iglesia católica. Mis esfuerzos no tuvieron resultados. Pertenecía a un grupo de familiares desaparecidos activo en la resistencia. Cuando uno de los esposos de una compañera fue detenido, me advirtieron: “Mónica, ándate, tienen todos los nombres, está muy peligroso”.



Me gritó:
“¡Comunista,
te vamos a
matar!”

En 1977 partí a Holanda con Juan Carlos, que entonces tenía tres años. Llegamos a casa de mi hermana, que vivía en el Bijlmer (un barrio a las afueras de Ámsterdam). Unos días más tarde fui junto a representantes de partidos chilenos a visitar al ministro Van der Stoel, de Relaciones Exteriores. Le conté de las desapariciones y la resistencia de los familiares, y el mostró mucho interés. Después de un año nos dieron una vivienda independiente. Nuestro vecino, un comunista holandés, al principio nos trataba de un modo racista y discriminante, pero después de que nos conocieron -él y su esposa- adoraban a Juan Carlos. Este ‘abuelo Brouwer’ decía: “Ustedes vienen del Chile de Pinochet: no son como esos otros extranjeros: ustedes son refugiados políticos.”

Viajé por todo el país dando mi testimonio, y trabajé en organizaciones con familiares de los desaparecidos y en organizaciones de mujeres. En una de esas oportunidades conocí a Vincent Floor, que había estado en Chile en 1980. Él vivía con otros chilenos en un edificio okupa de Ámsterdam. Al principio yo era reacia a tener una relación, porque estaba convencida de que Ismael aún estaba vivo, pero al final igual tuvimos algo. En 1982 Vincent quería ir a Chile: “¿Vienes?” Pero yo lo encontraba muy peligroso todavía. Entonces él se fue con Juan Carlos, que tenía ocho años. Visitaron a mis padres, que habían estado en Holanda poco antes.

Cuando Vincent volvió, comencé la carrera de estudios latinoamericanos en la academia social De Horst, en Driebergen, que fue de mucha importancia para mi desarrollo. En 1983, por las grandes protestas que comenzaban en Chile, el país se abrió más, y entonces pude ir, de 1984 a 1985, a hacer mi práctica profesional en la Vicaría de la Solidaridad en Santiago. Vincent y Juan Carlos fueron conmigo, y Paul nació allí. Mi tarea era acompañar a personas con algún familiar que hubiera ‘desaparecido’ recientemente. Participábamos en actividades y protestas. La primera vez estaba muerta de miedo. Vincent tomaba fotos.

A principios de 1989, poco después del plebiscito del No, partimos definitivamente a Chile con nuestro hijo menor, Martín, de cinco meses. Compramos una panadería que funcionaba bien en el barrio santiaguino de Pudahuel, y seguimos luchando por la verdad y la justicia.

El 12 de Febrero de 1990 salimos por la noche a comer algo al centro. En el camino de vuelta un vehículo chocó contra el taxi que nos traía. Vincent falleció y yo quedé gravemente herida e inconsciente. Soñé que Ismael llegaba y me abrazaba, por lo que al despertar me sentía tranquila. Mi esposo desaparecido me daba fuerzas cuando me decían que Vincent había muerto. Vincent está sepultado en Chile, donde pertenece.

Mi hijo Juan Carlos sentía en ese lugar la presencia de su padre

Sola y con niños pequeños supe mantener funcionando la panadería durante ocho años más. Después ya no resultó. Todos estos años me he mantenido activa trabajando con la Agrupación de Familiares Desaparecidos, entre otras cosas en su grupo folclórico y en otras organizaciones de derechos humanos. Ahora ya sabemos algo más de lo que pudo haber sucedido a Ismael, porque un ex-presos del centro de detención y tortura Londres 38, en Santiago, dijo que probablemente Ismael estuvo allí. Después de eso, hemos luchado durante muchos años para que Londres 38 fuera reconocido como un centro conmemorativo, y finalmente nos resultó. Mi hijo Juan Carlos sentía en ese lugar la presencia de su padre. Hace poco apareció una lista de detenidos en la Colonia Dignidad, la conocida y misteriosa colonia agrícola alemana en el sur de Chile, que durante la dictadura sirvió de centro de tortura. Ismael aparece en esa lista. Al parecer lo llevaron allá después de Londres 38. Hasta el día de hoy trato de que los asesinos y torturadores sean castigados, y aunque no es sencillo, yo no abandono.

También me he comprometido con la lucha de los mapuche por la recuperación de sus tierras. Siempre me he sentido más mapuche que chilena. También Juan Carlos trabaja activamente en el movimiento mapuche, mientras que Paul, como dirigente de la FECH y de la CONFECU jugó un rol importante en las grandes protestas

de los estudiantes de los últimos años. También Martín participa en esas protestas.

Nunca volví a Holanda. No era posible con los niños y la mínima pensión que recibo por ser víctima directa de la dictadura. Me gustaría mucho poder ir algún día. Mi suegro falleció allá en 2004. Yo estaba soñando con él cuando murió. Para los mapuche los sueños son muy importantes.



Partida a Holanda con Juan Carlos, aeropuerto de Santiago, 1977



Mónica con Juan Carlos, Paul, Vincent y los padres de éste en 1986

La peor opulencia de Putin y Berlusconi con un toque de Irán

Cuando la madre de **Rodrigo Fernández** (Eindhoven, 1975) tuvo que huir en 1973, su familia la siguió a Holanda. Rodrigo trabajó durante años en grupos activistas y en la política local, pero ahora es principalmente un científico comprometido.

Mi madre, Marisa Carmona, se vio obligada a huir en 1973. Su madre, mi padre y mi hermano mayor la siguieron a través de España y Argentina. Mi madre era arquitecta y ayudaba en las tomas de terrenos que se hacían en torno a Valparaíso para la construcción de viviendas. Ella se encargaba de alcantarillado, agua y electricidad. Después del golpe de Estado su nombre apareció en la lista de personas buscadas, y la embajada holandesa la ayudó a salir. Ya había estado antes en Holanda y la gente de la Universidad Técnica de Eindhoven la invitó a trabajar con ellos. Después nos cambiamos a Delft, porque conseguí otro trabajo en la Universidad Técnica de allí.

Mi padre era ingeniero agrícola, trabajaba con los campesinos pobres y los ayudaba a organizarse, pero él no tenía que irse necesariamente. Después de su partida de Chile trabajó más que nada en África, por lo cual no formó verdaderamente parte de nuestra familia. Mi abuela nos cuidaba la mitad del año a mi hermano mayor, a mí, y después también a mi hermano menor. Tenía una relación muy buena con ella.

Yo tenía ocho años cuando fuimos por primera vez a Chile. Desde entonces

fuimos más seguido. Esas visitas me han dejado una enorme rabia contra los chilenos uniformados, y todavía la siento.

En 2012 estuve en Chile por primera vez durante un largo periodo, por mi trabajo. Hice un estudio sobre los fondos de pensiones. En 1981 Pinochet introdujo un sistema que fue considerado durante mucho tiempo un ejemplo por muchos, como el Banco Mundial. Hoy en día es sobre todo un ejemplo de cómo no hay que hacer las cosas.

Que haya elegido estudiar ciencias políticas seguramente tiene que ver con mi historia. En la Universidad de Ámsterdam recibí clases de Alex Fernández Jilberto y André Gunder Frank, que habían escapado de Chile, y publicado mucho sobre América Latina. Me interesaban mucho las relaciones internacionales y la economía política, y ya desde joven estuve activo políticamente en torno a los zapatistas, Colombia y la problemática de la deuda externa de los países en desarrollo.

En Ámsterdam he ocupado casas, y trabajé en la organización Milieudefensie (Defensa del Medio Ambiente). Estuve ocho años en el



La rabia contra los chilenos uniformados todavía la siento

consejo municipal de Ámsterdam Centro, representando a Amsterdam Anders/de Groenen (partido local: Ámsterdam Distinto/los Verdes). Lo hice con placer, pero no es sano hacerlo por mucho tiempo. Incluso la gente inteligente y bien intencionada se dedica después de un tiempo sobre todo a juguetos políticos y maniobras, y ya no al contenido. Eso es muy frustrante. En la universidad hay muchas más cosas interesantes que hacer, allí no tengo que limitarme a lo que determina la línea de un partido. Después de trabajar seis años y medio en la Universidad de Ámsterdam, trabajo desde 2013 en la Universidad de Lovaina, así es que me la paso viajando entre Holanda y Bélgica.

Mi padre falleció en octubre de 2008 en Chile, después de haber estado enfermo algunos años de cáncer. Durante ese período estuve yendo y viniendo entre Chile y Holanda con mis padres y hermanos continuamente. En ese tiempo estaba haciendo el doctorado, por lo que podía pasar largos periodos fuera de Holanda sin muchas complicaciones.

Tenemos una casa en Santiago, que la siento ciertamente como mi casa. Mi madre vive allí gran parte del año desde que jubiló. En Chile tengo muchos familiares, con los cuales afianzo cada vez más las relaciones, pero tengo más amigos holandeses que chilenos. Para ser holandés hablo bastante bien castellano, pero en Chile por mi acento me ven de inmediato como 'extranjero'.

En la casa hablábamos castellano, pero mi madre nunca corrigió el castellano arcaico de su madre y nunca aprendí a escribirlo bien. Mi inglés es mejor y el holandés es mi lengua materna.

Después de todos esos años mi madre aún habla mal holandés. Se siente unida a Holanda y tiene muchos amigos holandeses, pero como siempre trabajó en universidades, se las pudo arreglar perfectamente con el inglés. Si bien en Holanda ella lee principalmente diarios chilenos, en Chile encuentras el Volkskrant (diario holandés) sobre la mesa.

Voy regularmente a Chile, y tengo contactos con periodistas y científicos de allá, pero no me gustaría vivir en Chile de forma permanente. Para mí el Chile actual es una combinación de la peor opulencia de Putin y Berlusconi con un toque de Irán. La organización católica conservadora Opus Dei juega un rol enorme en la opinión pública y tiene un poder político increíble. En ese sentido encuentro que Chile es un país algo atrasado.

En los últimos cinco años ha comenzado a cambiar mucho gracias a las protestas estudiantiles. Hay un tipo de revolución cultural, una mezcla entre 1968 y el movimiento punk. Esos cambios son muy positivos, pero las estructuras económicas y políticas dominantes son muy firmes. Todo es mercado, un grupo pequeño de oligarcas tiene todo en sus manos. Chile vive de dinero prestado, y se ha creado una enorme burbuja,



La madre de Rodrigo y sus empanadas en la Universidad Técnica de Eindhoven, 1971

Rodrigo bebé

Rodrigo con su padre en (la ciudad en miniatura de) Madurodam (pág. anterior)



igual a la que conocimos en Holanda en los años noventa, antes de la crisis financiera de 2008. Quizás se vea todo muy bonito ahora, pero dentro de un par de años puede ser muy distinto.

Tengo mucho respeto por algunos académicos chilenos, que publican análisis excelentes. No es fácil conseguir financiamiento para investigación, y la sociedad chilena está fuertemente polarizada: según lo que digas, se te ubicará inmediatamente en un campo determinado.

Me gusta contribuir con mi granito de arena en la construcción de una sociedad mejor, pero no tiene por qué ser necesariamente Chile. Puedo hacer mi aporte a través de SOMO (Fundación para la Investigación sobre Empresas Multinacionales), una organización creada hace más de cuarenta años por holandeses muy comprometidos con

los acontecimientos en Chile y otros países de América Latina. En esta organización investigo sobre la evasión de impuestos y organizo debates políticos, que llevan el nombre de 'Real World Economics' (La Economía del Mundo Real). Planteamos temas de economía y los discutimos de una manera popular y ciertamente nada objetiva; queremos ofrecer una plataforma a gente con una clara visión progresista y de izquierda. Eso lo encuentro relevante. El idealismo para mí es algo natural. El punto de mis padres no era enriquecerse o mejorar su propia posición, y yo tampoco puedo ni quiero vivir así.

En Chile por mi acento me ven de inmediato como 'extranjero'

Desde el primer día había chilenos en mi oficina

Saskia J. Stuiveling (1945), actualmente presidenta de la Contraloría General, comenzó a relacionarse con chilenos en 1975, cuando era asistente de políticas públicas de André Van der Louw, que en esa época era alcalde de Róterdam. Acabó comprometiéndose en cuerpo y alma con los chilenos, y adoptando el legado político de Orlando Letelier de concebir coaliciones que ayudaran a crear el nuevo Chile democrático.

Si no hubiese sido por André van der Louw, quizás no me habría involucrado tan intensamente con Chile. André, entonces presidente del Partido del Trabajo (PvdA), había viajado a Chile poco después del golpe a nombre de la Internacional Socialista para alentar a sus camaradas de partido. Quiso dejar rosas en el lugar donde se suponía que estaba enterrado Allende, pero había soldados amenazándolo con fusiles. Él igual puso las rosas, y esa imagen recorrió la comunidad chilena entera.

Por eso André van der Louw era uno de los pocos nombres que los exiliados chilenos en Holanda conocían. Y André era casualmente, desde 1974, alcalde de Róterdam, y yo era casualmente su asistente. Por tanto, desde el primer día había chilenos en mi oficina: chilenos que habían llegado a Róterdam como exiliados.

Róterdam fue uno de los municipios más grandes que recibió a exiliados chilenos. Les conseguimos viviendas, trabajo y atención sanitaria. A mi oficina pasaba a visitarme sobre todo gente que buscaba vivienda, trabajo o una escuela para sus hijos.

Lo que me más me llama la atención de ese tiempo es el total desconocimiento que había del fenómeno del exilio. Todo tipo de comités de solidaridad ayudaron llenos de buenas intenciones a los chilenos. Los rotterdameses se enorgullecen de su fama de arremangarse cuando hace falta. Pero ayudaban como a ellos les hubiese gustado ser ayudados. Iban a casa de los chilenos a limpiarlas, a instalar cortinas, disponer el mobiliario, instalar cocinas. ¡Y a empapelar! A muchos exiliados no les gustaba nada la idea. Empapelar los muros iba más allá del horizonte que los chilenos tenían y que querían tener: pues su deseo era regresar cuanto antes. Algunos chilenos me contaban a veces en confianza: “Tienen muy buenas intenciones, pero no quiero que me desarmen las maletas, no quiero que empapelen”. No querían ser desagradecidos, les dolía el alma.

Rápidamente me involucré en la creación de dos organizaciones en Róterdam: el Centro Salvador Allende (SAC) y el Instituto para el Nuevo Chile (INC). El SAC pretendía ser un ancla socio-cultural para los chilenos, un lugar donde se sintieran en casa. Allí bailábamos cueca. Después organizamos una escuela donde los



niños recibían clases de geografía sobre su propio continente.

La historia del SAC tiene un lindo origen. Un día nos visitó un hombre de negocios, un libanés exiliado que se había hecho rico con una tienda libre de impuestos en el aeropuerto de Zestienhoven. Eddy Auad –que así se llamaba- nunca dejó de ser socialdemócrata, y hacía las cosas según su propia cultura: no le ofreces dinero a un alcalde políticamente afín, sino que financias algo que sea importante para él. “Señor Van der Louw, tengo una propiedad en La Haya, junto al ministerio de Relaciones Exteriores. ¿No quiere hacer algo para los chilenos allí?” Y allí se forjaron en 1975 los planes para el SAC. David Baytelman, quien fuera subdirector de la reforma agraria durante el gobierno de Allende, daba clases entonces en el Instituto de Estudios Sociales de La Haya. Él fue miembro del consejo directivo. Yo fui consejera del consejo directivo y hacía la mayoría de los trámites. Cuando un año después el inmueble tuvo que cerrar, contábamos con un plan maravilloso. Aquello debía continuar, y así fue.

En septiembre de 1976 recibimos la visita de Orlando Letelier, ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Allende. Desde Washington estaba montando un gobierno en el exilio, y con este proyecto político viajaba por Europa visitando colegas ex-ministros, buscando apoyo político y financiamiento. Letelier aspiraba a crear una coalición entre todos los partidos de oposición, que incluyese también a los demócratacristianos. Un tipo de coalición así no era usual en Chile, pero

sí en Europa.

Al último que visitó fue al ministro Jan Pronk, quien, al igual que la mayoría de los consultados, dio su apoyo. De vuelta a Washington, se detuvo en la municipalidad de Róterdam para visitar a André. En esa conversación estaba yo. Letelier nos contó su plan en detalle.

Nada más volver a Washington, Letelier fue asesinado. Debido a que nosotros fuimos las últimas personas con quienes conversó sobre sus planes, nos consideramos herederos de su proyecto político. Ese plan se convirtió en el Instituto para el Nuevo Chile (INC): la herencia de Letelier. Con financiamiento de Pronk y de sus colegas extranjeros, nos establecimos en un inmueble del barrio Wijnhaven. En la planta baja se instaló el SAC y en el primer piso el INC, dos caras totalmente distintas de lo que hacíamos en relación con Chile en Róterdam.

Y ahí llegaban los políticos chilenos, como el socialista Jorge Arrate, Jorge Tapia, del Partido Radical, el demócratacristiano Otto Boye y Roberto Celedón, de la Izquierda Cristiana. A todos ellos Letelier les había pedido colaboración.

El INC era un tipo de oficina científica de los partidos en el exilio que organizaba conferencias y charlas. También, después de unos años, organizamos la escuela de verano, que era muy importante para la formación del pensamiento relativo a la democratización. A principios de los años ochenta llegaron a Róterdam unos cuatrocientos jóvenes estudiantes chilenos de toda Europa para participar

Empapelar los muros iba más allá del horizonte que los chilenos tenían y querían tener

en el debate social sobre Chile. Eran clases sobre constitución, formación de partidos, movimiento de mujeres... todos temas que tienen que ver con una democracia.

Después de tres años nos atrevimos a dar el salto a Sudamérica. En Mendoza, Argentina, en las faldas de Los Andes podíamos usar la universidad. Los estudiantes de Chile sólo tenían que cruzar la cordillera, y quienes no podían entrar a Chile, igual estaban cerca. Llegaron a Mendoza entre ochocientas o novecientas personas que, por primera vez, podían recibir clases de intelectuales que para ellos eran verdaderos íconos.

Yo era miembro del consejo directivo del INC, y como tal tuve la posibilidad de inaugurar la primera escuela de verano en Mendoza, y lo hice con un poema, La catita. Relataba la historia contada en la canción de Herman van Veen -que era entonces muy popular- sobre un pájaro que sobrevoló el Muro de Berlín. Me vino esa imagen naturalmente, pensando en Los Andes, donde los pájaros pueden cruzar libremente las fronteras.

Todavía tengo contacto con muchos chilenos; con la familia Baytelman, que conocí a través del SAC, y con Jorge Arrate y otros del INC. Chile se convirtió en parte integrante de mi vida personal. Entre 1973 y 1998 he ido unas cinco veces, como ‘turista’ naturalmente. Sólo en 1987 fui como miembro de una delegación que representaba a todo el parlamento holandés, como apoyo al plebiscito de 1988, que dirimiría si Pinochet seguía en el poder o lo dejaba. En esa delegación además de parlamentarios, había representantes de ONGs, del movimiento sindical y, como los chilenos no podían ir, iba yo como ‘chilena’. Nos reíamos mucho de esto.

Estoy convencida de que con el INC hicimos un aporte a la transición a la democracia en Chile. Se veía también en la campaña del NO contra Pinochet, que se inició en Róterdam: me refiero a la ideología de las coaliciones, que se convertiría en un bien común. El proyecto de Letelier se realizó.

Nos consideramos herederos del proyecto político de Letelier



Cuando era subsecretaria del Interior, entre André van der Louw (izquierda) y Ed van Thijn en el congreso del PvdA de 1981



Soy un obsesionado del tiempo

Fernando Quilodrán (cerca de Santiago, 1936) es poeta, escritor y político. Vivió en Holanda entre 1973 y 1985. Todavía es miembro de la dirección del Partido Comunista y jefe de redacción del periódico del partido.

De Holanda me maravilló la pintura. Y su Historia: su importante papel como refugio para personas con ideas diferentes es impresionante. Espero que esa tolerancia y apertura siga, porque he escuchado malas noticias sobre eso.

Me apasiona la literatura y comencé ya joven a escribir versos. En Buenos Aires disfruté enormemente los años sesenta. Allí trabajé y estudié filosofía y letras. Buenos Aires era una maravilla: tango, buenas películas, teatro... todo lo que pasaba en Europa y Estados Unidos lo encontrabas allí. Santiago era en comparación una ciudad provinciana. Leía literatura marxista, pero también a Sartre y novelas francesas del siglo diecinueve, Heidegger, y Freud, por supuesto. Me sumergía en debates sobre economía, y era adicto a la vida cultural e intelectual.

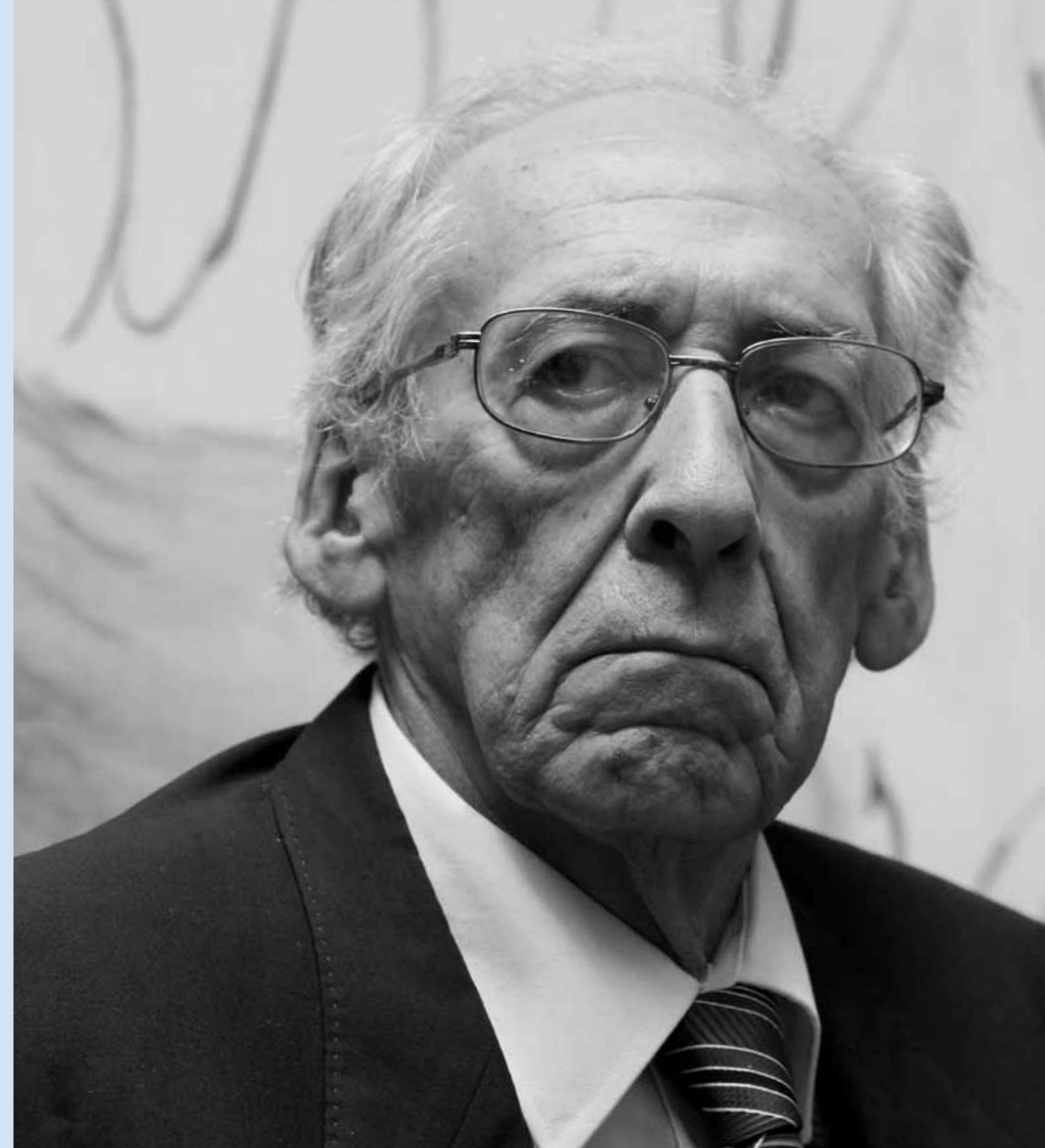
Ingresé al Partido Comunista (PC) ya antes de los veinte años. Durante el gobierno de Allende trabajé para una empresa estatal de seguros, y fui dirigente sindical en el sector cultural. Una nueva editorial, Quimantú, que distribuía libros y revistas a gran escala, mejoró el ambiente cultural. Esta editorial publicó en 1973 mi primera colección de poesía. La música, la

danza y el teatro empezaron a recibir más apoyo del gobierno. Allende no habría podido ganar en 1970 sin el gran apoyo de conjuntos musicales como Quilapayún e Inti-Illimani, de pintores murales, escritores y actores.

Después del golpe de Estado me despidieron, y mi vida empezó a correr peligro. El agregado cultural francés me puso en contacto con la embajada holandesa. A fines de octubre llegaba a Holanda, a través de su embajada. Fui uno de los siete primeros chilenos.

Allí fui bien recibido en todos los sentidos, también por el departamento holandés del PEN Club Internacional, la asociación internacional de escritores. Como jefe del PC en Holanda viajé por todo el país. Tuvimos la oportunidad de trabajar con un amplio movimiento holandés de solidaridad, en el cual también participaban demócratacristianos. Durante muchos años viví de la ayuda social, pero los últimos tres años tuve un trabajo como asistente para clases de conversación en la carrera de Español de la Universidad de Ámsterdam.

Tenía poco contacto con holandeses, y hablaba sólo un poco de holandés.



Era adicto a la vida cultural e intelectual

Elegí el francés, un idioma más fácil para los chilenos. Cuando titubeaba en un supermercado, el personal trataba de ayudarme en inglés, pero tampoco lo hablaba. Pude sobrevivir esos doce años en Holanda, me las arreglé.

Me adapté de otra manera, como ferviente visitante de museos. Afortunadamente viví un tiempo cerca del *Rijksmuseum* (Museo Nacional de Ámsterdam), pero también disfruté del museo *Mauritshuis*, en La Haya, y del *Kröller-Muller*, en Otterlo. Me traje de Holanda dos mil diapositivas de arte.

Muchos chilenos no estaban acostumbrados a vivir en una cultura que mostraba aspectos más desarrollados. Obreros y campesinos que en Chile apenas sí disfrutaban de alguna comodidad, llegaron a vivir a casas con todos los servicios básicos. Recuerdo que una vez pasé frente a una iglesia en Dordrecht. Iba con un obrero del sur de Chile, y le dije: “¿Entramos a esta maravillosa iglesia?” Y él reaccionó diciendo: “¡Cómo se te ocurre, a una iglesia!”.

En Holanda publiqué una colección de poemas y dos novelas. Mi poesía se hizo más política. Insultaba a Pinochet y reflexionaba sobre la vida en el exilio. Quería servir a la lucha política con mi trabajo, pero mis compañeros del partido cuando leyeron mi primera novela dijeron: “¿Por qué no escribes algo para nosotros?” La encontraban elitista, no trataba los problemas cotidianos de los obreros.

Después de las grandes protestas contra Pinochet que tuvieron lugar desde 1983, Chile se abrió más. Me vine cuando en 1985 me sacaron de la lista negra. Yo siempre había dicho que quien pudiera regresar debía hacerlo. Además no tenía que tener en cuenta a ningún familiar, pues estaba solo.

Cuando llegué a Chile tenía mucho miedo. Durante años mantuve que una dictadura cruel mataba a la gente en la calle. La realidad era distinta: es verdad que existía terror y miedo, pero la gente se atrevía a protestar en masa.

Inmediatamente me incorporé de nuevo a la Asociación de escritores de Chile y al Partido Comunista. Un empleo pagado era imposible de encontrar, por eso comencé a trabajar para el partido a cambio de una pequeña subvención. Entre 1989 y 1991 fui enviado a Moscú para el programa de radio Escucha Chile. Con la subvención del partido y algunos artículos en periódicos pude sobrevivir, y ahora recibo de Holanda también una pequeña pensión por vejez (AOW). Durante un tiempo fui presidente de la asociación de escritores, y aún sigo siendo miembro del Comité Central del partido y jefe de redacción de nuestro semanario *El Siglo*.

Desde que volví publiqué algunas colecciones de poemas y una colección de cuentos. Mi trabajo aún es una mezcla de temas sociales y existenciales. Mi último libro se titula *Averiguación del Tiempo*. Soy un obsesionado del tiempo. El tiempo

existe pero no sabes de dónde viene y a dónde va. Todo es temporal, pero nosotros mismos formamos el tiempo, el tiempo existe sólo porque yo existo.

Todavía tengo de vez en cuando contacto con holandeses y con chilenos que viven en Holanda, y he estado un par de veces de paso por Holanda. Los holandeses se mostraban preocupados por la disminución de la solidaridad, la descomposición del estado de bienestar y la manera en que los refugiados son recibidos actualmente.

Por la dictadura ha habido tantos muertos, tantos desaparecidos, exiliados y silenciados que se ha producido un quiebre en la memoria. El traspaso de experiencias se detuvo y la tradición sindical se interrumpió. Hay muchos más estudiantes ahora, pero la educación ha empeorado. Muchos no recuerdan quiénes son, y sufren una pérdida de identidad. Los obreros dicen que son clase media. Eso es absurdo; si alguien piensa que pertenece a otra clase, no lucha por su clase.

La prensa escrita actual está casi totalmente en manos de dos grupos de derecha. Si enviamos *El Siglo* a los kioscos de provincias, el grupo al que pertenece *La Tercera* les dice: “Si venden *El Siglo*, retiramos nuestro diario y nuestras revistas”. Y el dueño del kiosco tiene que optar por *La Tercera*.

Por suerte el movimiento estudiantil ha despertado al país. Los estudiantes exigen que el Estado se haga

responsable de la educación. Y eso sin duda te da una razón para ser optimista.

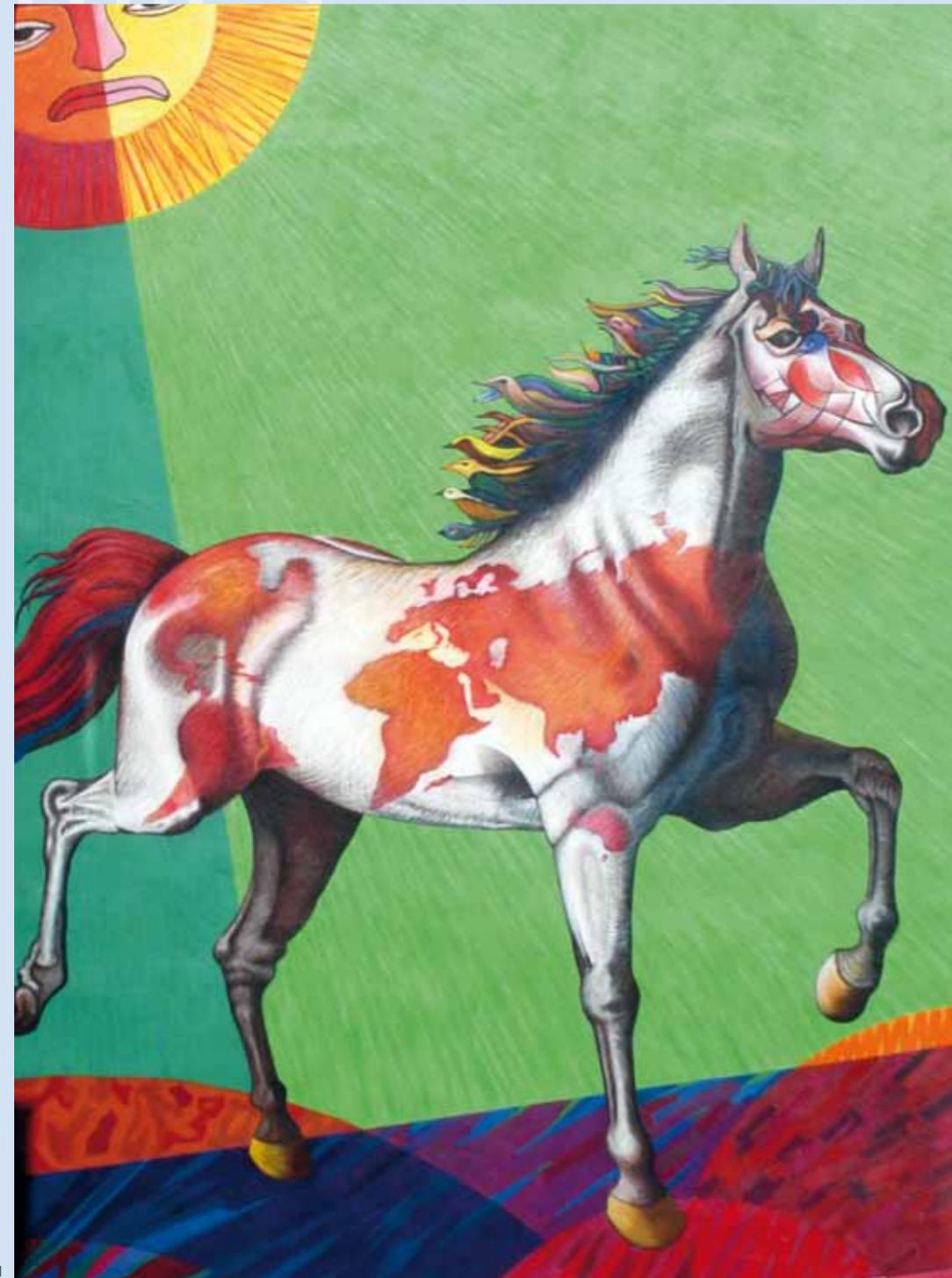
Fernando (derecha) a la llegada a Holanda con el primer grupo de ‘chilenos de la embajada’, 25 de octubre de 1973



Fernando (derecha) con Hortensia Bussi, viuda de Allende, y el alcalde Polak de Ámsterdam en el monumento a Allende, en torno a 1980



Pude sobrevivir esos doce años en Holanda



1



3

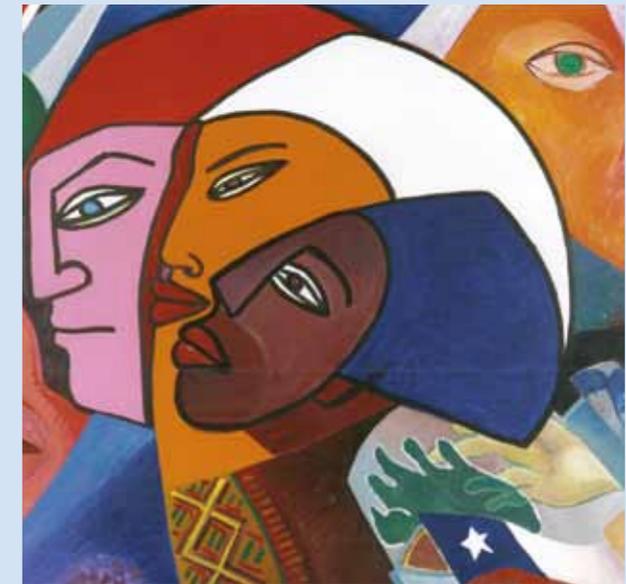
4



2



5



6

1 / Kata Núñez, El Trotamundos, Róterdam 2007

2 / Kata frente a El Trotamundos, 2007

3 / Patricio Madera, Centro de América Latina, Ámsterdam, en torno a 1980

4 / Kata Núñez, Allende, Róterdam 1998

5 / Juan Heinsohn y Kata Núñez, La Paloma, Zuidplein, Róterdam, 2007

6 / Kata Núñez, Róterdam 1998

La solidaridad internacional la llevo en la sangre

Lonneke Lemaire (1949) fundó en 1975 el Comité de Solidaridad con Chile del barrio amsterdamés del Bijlmermeer. Su vida entonces estaba imbuida de Chile. Actualmente sigue comprometida con los refugiados, desde la Platform Stop Racisme en Uitsluiting (Plataforma Basta de Racismo y Exclusión) y otras.

En septiembre de 1974, un año después del golpe de Pinochet, diez mil holandeses se reunían para manifestarse contra la dictadura. Yo entre ellos. Por una calle lateral vi venir a otro grupo de manifestantes: exiliados chilenos. Ellos protestaban de manera muy diferente a nosotros: caminaban gritando, y lo hacían rápido, con el mismo paso, bien organizados. Enseguida el grupo de hombres -no recuerdo que hubiera muchas mujeres entonces- se unió a nuestra marcha, de manera que formamos una gran marcha. Se me hizo un nudo en la garganta. Ese fue el momento en que pensé: tengo que hacer algo.

Antes de eso no tenía relación con Chile. Era activa políticamente, pero más a nivel local. Por supuesto que marché en las manifestaciones contra la guerra de Vietnam, pero Chile era distinto. Se trataba de un golpe de Estado contra un gobierno democráticamente elegido: ¡increíble! Todo el mundo estaba impresionado. Alrededor de un año después de la marcha de 1974 fundé el Comité de Solidaridad con Chile del Bijlmermeer. Yo vivía en este barrio y pertenecía a una red de activistas políticos. El Bijlmer era un barrio muy solidario, con gente de muy

distintas nacionalidades, y adonde después del golpe también llegaron a vivir muchos chilenos. Durante mucho tiempo recaudamos dinero para la Unidad Popular, que lo necesitaba para la resistencia. Hacíamos colectas puerta a puerta en cada edificio del Bijlmer, logrando finalmente reunir miles de florines para los chilenos, y en colaboración con ellos.

En ese tiempo conocí al que sería luego mi esposo. A él lo había 'invitado' a venir el gobierno holandés como refugiado político. Nos casamos en mayo de 1976. En esos años mi vida estaba imbuida de Chile. Las reuniones del comité se hacían en mi casa, y alojábamos a familias chilenas hasta que conseguían su propio departamento. A veces éramos hasta diez personas en la cocina, todo el día haciendo empanadas para venderlas en alguna de las muchas peñas que organizábamos. Yo llevaba una vida chilena.

A principios de los años noventa hubo muchos cambios. En Chile por fin había terminado la época de Pinochet, después de lo cual muchos chilenos retornaron a su patria. También en mi vida personal sucedieron muchas cosas. Mi esposo y yo nos separamos.



Se trataba de un golpe de Estado contra un gobierno democráticamente elegido

Entretanto yo era madre de dos hijos, y me había mudado a otro barrio. En ese mismo tiempo falleció mi padre, a quien yo quería mucho. Además el CPN (Partido Comunista de Holanda), en el que yo militaba, se disolvía lentamente. Sufrí de estrés durante medio año, que me inhabilitó para trabajar. Y llegó un momento en que tocaba hacer algo distinto.

Mi pasado con Chile quedó atrás, pero no he perdido mi compromiso. Vengo de una familia de dos personas que sobrevivieron los campos de concentración de los japoneses. Por eso desde pequeña me he sentido comprometida con la tragedia de las personas que han estado en campos de concentración. Ahí comenzó todo. La solidaridad internacional la llevo en la sangre, no lo puedo evitar, debo vivir con ella. Es como dijo Jan Mulder: sólo es casualidad que hayamos nacido aquí y no hayamos tenido que ver con guerras ni violaciones, que es desgraciadamente la suerte de muchas personas a lo largo de todo el planeta.

Desde ese convencimiento, hace cuatro años cofundé la Plataforma Basta de Racismo y Exclusión. El racismo se está agravando, no sólo en nuestro país, sino en toda Europa. En la plataforma organizamos actividades contra cualquier forma de racismo, como la islamofobia y el antisemitismo. A través de la plataforma me he involucrado de nuevo personalmente con refugiados, como los de la Vluchtkerk (Iglesia del Refugio) de Ámsterdam.

Con esto denunciemos la inhumana política de asilo holandesa. Yo sigo creyendo que si junto con muchas otras personas das la lucha, puedes presionar a los políticos y finalmente cambiar algo de verdad.

Por tanto, todavía soy activa políticamente. Me asombra que muchos de los holandeses de mi generación, con los que trabajé en la época chilena en el Bijlmer, se hayan adormecido tanto. No lo entiendo. Las razones más importantes por las cuales la gente abandona la lucha creo que son la desilusión y el cansancio, la idea de que 'igual no tiene sentido'. Por supuesto que a veces siento lo mismo, pero de ahí a renunciar... No, no puedes hacer eso, hay que luchar contra el cinismo.

Si miro cómo se trataba entonces y cómo se trata ahora a los refugiados en Holanda, la diferencia es realmente dramática. En los años setenta a los chilenos les entregaban departamentos completamente amoblados. Además el gobierno les ofrecía empleos temporales, creados especialmente para refugiados, de manera que pudieran acceder al mercado laboral regular. El refugiado del año 2014 no recibe ese apoyo estatal; ya no tiene derechos. Los solicitantes de asilo rechazados viven al margen de nuestra sociedad, sin acceso a la salud o a la educación. Pueden ser encarcelados arbitrariamente y en cualquier momento.

Está claro que La Haya (sede del gobierno holandés) aplica una política de asilo extremadamente dura, pero también veo otras cosas. En la Iglesia del Refugio me he encontrado con personas que día tras día se acercan a llevar alimento, chaquetas y ropa de abrigo. Y en la época en que se instaló el campamento de Osdorp (un barrio de Ámsterdam) para los asilados rechazados, los vecinos iban a expresar su solidaridad y llevarles cosas. Creo que existe una imagen totalmente equivocada de cómo piensan los holandeses sobre los extranjeros. Para los ciudadanos corrientes, los refugiados son tan bienvenidos como eran antes los chilenos. No me identifico en absoluto con la política actual, con el populismo y racismo de extrema derecha de Wilders. Al contrario, no hago más que intentar combatirlos. Si miro al futuro, me invade una gran preocupación. Nos queda un largo y duro camino por recorrer. Yo no creo que vaya a parar hasta que esté en el ataúd.

Mi vida estaba imbuida de Chile



Discurso en una manifestación por Chile a fines de los setenta



Lonneke con miembros del Comité de Solidaridad con Chile del Bijlmer

Cuando decía que era chileno, la gente era muy amable

Luis Romero Lagos (Chillán, 1944) vivió de 1977 a 1995 en Holanda. Trabajó en el Comité de Solidaridad con Chile de Wageningen. Siguió entrenamiento militar en Cuba. En Chile ahora es activista de derechos humanos. Sus hijos se quedaron en Holanda.

En Chillán yo fui el primer obrero que ingresó al MIR. Fue en 1965. Al principio hablaba el resto, los estudiantes, y yo escuchaba, pero cuando se trataba de la práctica de la revolución cubana también podía participar. Estaba en un grupo que apoyaba con armas la ocupación de las tierras de los terratenientes.

Yo trabajaba de jardinero en la municipalidad. Me casé en 1969 con Eliana, y fuimos padres, pero por mi actividad política pasaba poco tiempo en casa. Me conseguí un certificado médico para presentar en el trabajo. Mi esposa no estaba al tanto de lo que yo hacía, y creía que tenía otra mujer, pero yo estaba en la lucha.

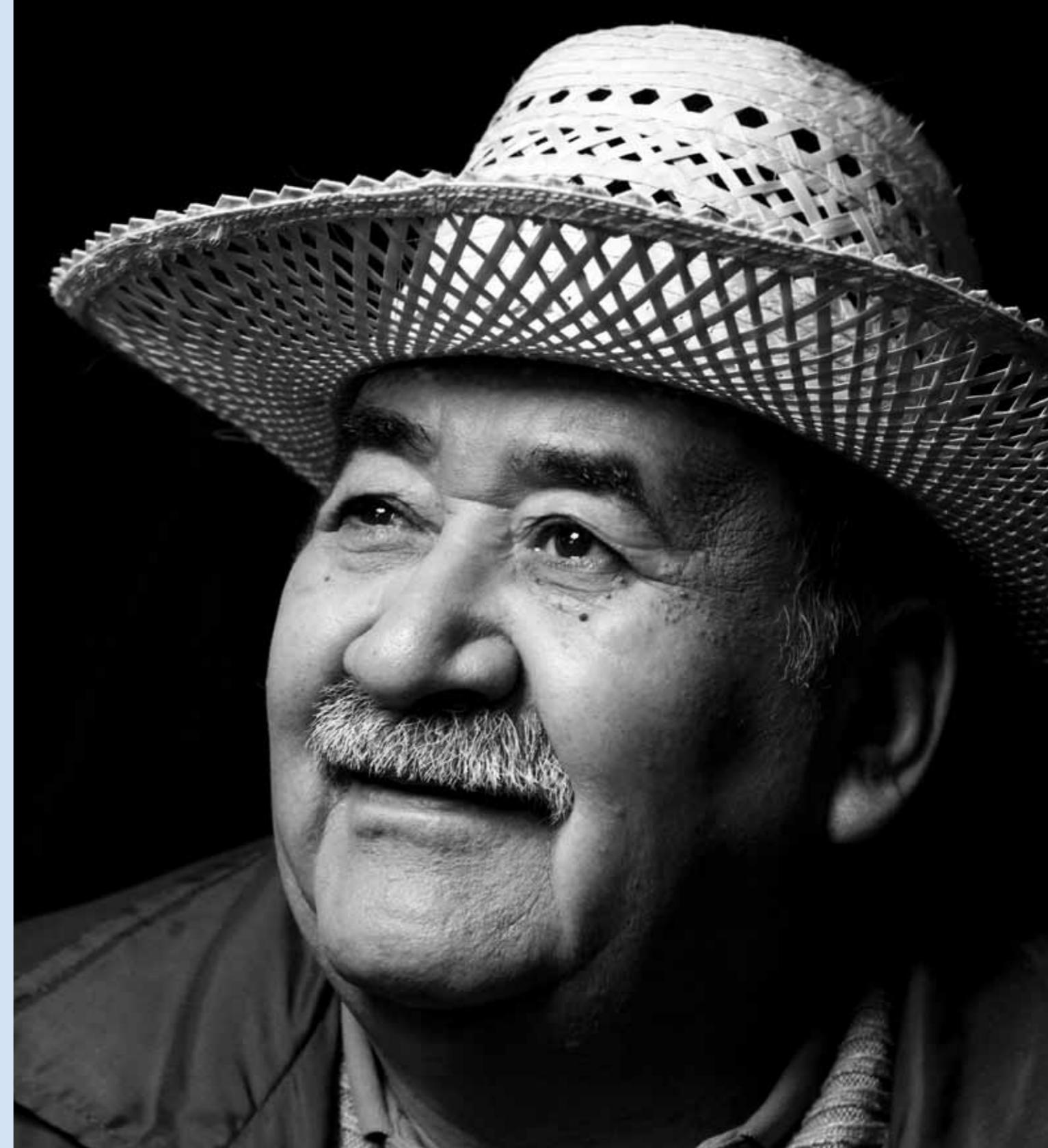
El golpe de Estado se veía venir y nosotros pensábamos que Allende debía armar al pueblo, pero no lo hizo. Si lo hubiese hecho, quizás una parte de las Fuerzas Armadas habría elegido estar al lado del pueblo, y la resistencia habría tenido más posibilidad de vencer.

Unos días después del golpe partimos quince compañeros desde Chillán a la cordillera para formar un grupo de resistencia. En una balacera la policía mató a dos de nosotros. Después de

eso, unos campesinos que habían sido atemorizados por la policía, detuvieron a mi hermano José, de 22 años, y a otro compañero y los entregaron. La policía los mató e hizo desaparecer sus cuerpos.

Cuando regresamos a Chillán fui detenido en el trabajo después de que primero hubieran asesinado a cuatro de nosotros. Yo era el sexto al que arrestaban, del grupo de quince. Y me torturaron, pero tuve la suerte de que nadie en la sala de torturas mencionó que yo era el líder del grupo militar. Esa información no se había filtrado: y aunque me habían detenido, el tribunal militar condenó a Rogelio (mi alias político) en ausencia. Me condenaron como Luis Romero: primero a veinte años, y, después de una apelación, a cinco.

Después Holanda nos invitó y vinimos toda la familia, a fines de 1977. Primero fuimos al centro de acogida oficial, en Putten (municipio en el centro de Holanda). El centro de acogida informal era en casa de la familia Langedijk. Allí llegaban más chilenos, era muy acogedor, y hacíamos música. Nunca perdí el contacto con esta familia tan especial.



En Wageningen, la ciudad donde vivíamos, los holandeses nos trataban con muchísima simpatía. Yo parezco un poco turco, pero cuando decía que era chileno la gente era muy amable, al contrario que con los turcos. En Wageningen ya había un Comité de Solidaridad con Chile de antes del golpe. En mi época el comité era mitad chileno mitad holandés, y todos los chilenos eran del MIR.

El MIR implementó a fines de los años setenta una política de retorno: los exiliados eran entrenados en Cuba para luego ejecutar en Chile la lucha armada. Yo llegué a principios de 1979 a Cuba y me quedé dos años y medio. Pero finalmente no me fui a Chile, porque consideré que la guerrilla desde la montaña no tenía sentido ni posibilidades. En Chile mataron a 15 compañeros, de los cuales un par llegaron de Holanda. En 1986 me retiré del partido, cuando se dividió. Eramos a esas alturas tan pocos que no podríamos lograr absolutamente nada.

Eliana nunca me dijo: “No vayas”. Tuve mucha suerte con ella: me esperó cuando estuve preso, se fue conmigo a Holanda. Y cuando, al cabo de dieciocho meses, yo partí de nuevo, ella se quedó en Holanda, con tres niños. Me esperó, mientras que otras mujeres iniciaban otras relaciones en esas circunstancias. Nuestra relación terminó en 1993, pero seguimos siendo buenos amigos.

Cuando volví de Cuba seguí cursos de soldadura, trabajo en metal y carpintería, pero no pude encontrar trabajo. En Holanda solo trabajé tres

años con sueldo, en una imprenta y en una fábrica de quesos. Ocupaba la mayor parte de mi tiempo en actividades de solidaridad, como la colecta anual cuyos fondos se destinaban a la resistencia chilena, y a organizaciones de derechos humanos y de mujeres. Organizamos durante ocho años consecutivos el Festival Latinoamericano de Wageningen, con música, baile y debate político. Los Jaivas y el cantante uruguayo Daniel Viglietti actuaron en el festival.

Nunca tuve dudas de si regresaría o no a Chile, y en 1995 me vine definitivamente. Había cumplido recién cincuenta años, por lo que tenía derecho a una pequeña pensión holandesa. Eliana se había venido un año antes. Me siento bien en Chile, pero para ella es más difícil que los niños y los nietos se hayan quedado en Holanda. Yo no he pensado mucho en eso. El menor de nuestros tres hijos tenía diecinueve años en 1994. Los padres deben enseñar a volar a sus hijos: cuando aprendieron, los padres han cumplido con su deber. Más tarde supimos que el menor pasó por dificultades. Después de 1995 he estado tres veces en Holanda, siempre con Eliana. Los hijos nos han pagado el pasaje. Ellos vienen cada tres o cuatro años a Chile.

En Chillán me fui a vivir a una casita en el jardín de la casa de mis padres. Por mi pasado político no pude encontrar trabajo, y no tenía dinero para instalar algún pequeño negocio. Me incorporé a un grupo de ex presos políticos y a un grupo de familiares de desaparecidos.



Partida de la familia a Holanda, aeropuerto de Santiago, 1977

Con la familia con trajes típicos de Volendam

En conmemoración a los combatientes caídos, Chillán, 2003

Aunque me habían detenido, el tribunal militar condenó a Rogelio (mi alias político) en ausencia

He mirado a los torturadores a los ojos, pero ninguno ha sido condenado

Hace más o menos diez años formé, con otros ex miristas, un Comité de Verdad y Justicia. Hemos podido aclarar muchos delitos y llevado a los responsables ante la justicia. He mirado a los torturadores a los ojos en los procesos, pero finalmente ninguno ha sido condenado. Hacemos exposiciones con fotos de los asesinos y torturadores, hacemos murales y organizamos dos veces al año una conmemoración. Hemos puesto monumentos conmemorativos en cinco lugares, también donde asesinaron a mi hermano. Durante los últimos años he estado escribiendo mi historia de vida, que será publicada en breve con el título de *El día que soltaron a las bestias. Cuentos de un activista del MIR.*

En otros países latinoamericanos, como Venezuela, Ecuador, Bolivia, Argentina, Uruguay y Brasil soplan vientos de cambios. Chile está atrasado; es el país más anclado al modelo neoliberal. Soy bastante pesimista con respecto a las posibilidades de un cambio profundo en Chile. La situación es completamente distinta a cuarenta años atrás, la lucha de clases ya no es tan abierta. Los trabajadores están más interesados en consumir que en luchar. Aquí ya no puedes lograr nada con la lucha armada.

No soy ni de izquierda ni de derecha, soy mapuche

Rosario Railaf Zuñiga (Lautaro 1965) proviene de una influyente familia mapuche. Su padre estuvo preso casi tres años. En 1977 escapó con sus padres a Holanda. Desde pequeña Rosario ha estado involucrada en la lucha de los mapuche.

Mi familia tenía un importante rol en la comunidad mapuche del sur de Chile. Los mapuche son los habitantes originarios de Chile. Mi abuelo era lonco, jefe de tribu, del clan Railaf. Por eso mi familia era muy respetada, aunque a pesar de ello éramos pobres. Dependíamos de la agricultura, y por eso tuve que aprender desde joven a usar mis instintos para poder sobrevivir. A veces iba al bosque a cazar conejos o pájaros o recolectar frutas.

Cuando Allende llegó al poder le dio nueva esperanza a los mapuche al devolverles la tierra, que durante muchos años había sido ocupada por terratenientes. Mis padres nos contaron que de nuevo teníamos oportunidad de un futuro. Fui al colegio, mi madre trabajaba la tierra y recibía clases de trabajos manuales, y mi padre era dirigente del Campamento Lautaro, una organización asociada al Movimiento de Campesinos Revolucionarios (MCR). Eran tiempos felices.

Después del golpe de Estado cambió todo, mi vida se transformó en una pesadilla. Yo sólo tenía siete años cuando el 11 de septiembre de 1973 ingresaron camiones con soldados a mi pueblo. Echaron abajo la puerta de mi

casa y entraron. Los niños se encerraron en el cobertizo, pero nuestros padres, tíos y tías fueron torturados. Los oíamos gritar; yo no podía dejar de llorar. Tenía a mi hermana pequeña apretada contra mí y trataba de mantenerme fuerte, pero me sentía impotente.

Mi padre se refugió en la clandestinidad. Los militares nos presionaban para que les dijéramos dónde estaba, porque era visto como un peligro para el Estado. Sabían que teníamos hambre y trataban de comprarnos con alimentos, pero nosotros no hablábamos. El terreno donde vivíamos fue devuelto a los terratenientes, y el terreno donde teníamos que ir a vivir era estéril. La pobreza se hizo cada vez peor. Entretanto los militares maltrataban a mi familia y asesinaban a nuestros animales. Esto duró como un año, pero se sintió como una eternidad.

Un día mi padre fue detenido. Nosotros no sabíamos dónde estaba. Mi madre recorrió todas las cárceles para encontrarlo. Yo me quedaba en la casa para cuidar a mis dos hermanos pequeños y a mi hermana, que era un bebé. Cocinaba, lavaba y hacía todo lo que tiene que hacer un adulto. Todo ese tiempo yo pensaba que mi padre estaba



Somos las raíces de los mapuche que viven en Europa

muerto, porque mucha gente de nuestro pueblo había sido encontrada muerta. Finalmente mi madre lo encontró en una cárcel de la ciudad de Concepción. Apenas pudo reconocerlo: estaba terriblemente deteriorado.

Mi padre estuvo detenido dos años y siete meses, hasta que recibimos una invitación de la embajada de Holanda para venir. Primero tuvimos que viajar a Santiago para conseguir un pasaporte, lo que fue un gran choque mental y cultural. En ese tiempo no usábamos zapatos; nunca habíamos estado en la gran ciudad. Yo no conocía en absoluto la vida chilena; llegué a conocerla recién en Holanda. En el avión volvimos a ver a mi padre después de todos esos años. Iba todavía esposado. Mi hermana menor dijo: “¿Quién es ese hombre?” Ella era un bebé cuando él fue detenido.

Llegamos directamente a un centro de acogida en Nunspeet, un municipio en el centro del país, y yo pensé: “¿Dónde están mis animales? ¿Dónde está mi abuela?” Mi padre dijo que no regresaríamos nunca más, porque él no podía entrar a Chile. Enseguida nos mudamos a Delfzijl, al nordeste de Holanda, con un entorno campesino. Allí fuimos recibidos por un grupo de holandeses: Marjon Beltman, Jan de Groot en Sietske Meijer entre otros, que nos ayudaron a integrarnos y a ser solidarios y tolerantes. En un principio pensé que los holandeses eran racistas, igual que los chilenos en Chile, que nos habían tratado como si fuéramos inferiores. Pero no fue así en absoluto:

los campesinos de Delfzijl eran muy amables. Nos mostraron cómo se hace el queso y nos dieron a beber leche fresca.

Mi padre fundó, junto con los holandeses que nos habían acogido, el Comité de solidaridad con Chile de Eemsmond. Yo todavía era pequeña, pero los acompañaba a todas partes: conferencias, marchas, actividades culturales. Muchas veces discutíamos sobre las diferencias entre la situación de los mapuche y la de los chilenos. Los holandeses del comité lo encontraban confuso; ellos nos veían a todos como chilenos. Tampoco en el partido de mi padre, el MIR, querían tratar la situación específica de los mapuche como un asunto aparte. Por eso mi padre se retiró del partido. Yo siempre he dicho: “No soy ni de izquierda ni de derecha, soy mapuche”. Los mapuche eran excluidos de los dos frentes políticos. La derecha nos veía como comunistas y la izquierda no quería reconocer nuestra identidad mapuche.

Quiero mostrar la cultura mapuche a la sociedad holandesa, dando por ejemplo charlas en universidades y centros de enseñanza media. A medida que crecía fui adoptando cada vez más el rol de mi padre en la defensa de la causa mapuche. Incluso ahora que Chile tiene una democracia, sigue siendo necesario, porque para los mapuche poco ha cambiado. Todavía son pobres y están oprimidos.



A medida que crecía fui adoptando cada vez más el rol de mi padre

Con mapuches de otros países europeos hemos creado la organización Folil, que significa raíz, porque nosotros somos las raíces de los mapuche que viven en Europa. Organizamos regularmente actividades políticas y culturales, y para el año nuevo mapuche hacemos siempre una gran fiesta. Mis padres son los líderes de las ceremonias; ellos conocen bien la cultura y los protocolos.

He tratado de traspasar a mi hija lo máximo posible de la cultura mapuche: qué comemos, cuáles son nuestras costumbres culturales. Su padre es marroquí, por lo que ella es una verdadera ciudadana del mundo.

Y ahora que es adulta, me gustaría volver a Chile. Aquí en Holanda trabajo en el sector de la salud, y me gustaría seguir haciéndolo en Chile. Así podría usar lo que aprendí en Holanda para ayudar a la población mapuche pobre. Holanda me ha dado mucho, como educación por ejemplo, pero en Chile están mis raíces: ese es el país que añoro.

La familia Railaf con vestimenta mapuche (Rosario en el centro)
Rosario frente a publicidad del periódico De Gelderlander después del arresto de Pinochet en 1998
Manifestación en torno al arresto de Pinochet en 1998 (Rosario a la derecha)
La madre de Rosario con sus cinco hijos (Rosario la mayor a la izquierda; página anterior)



La solidaridad es un concepto básico en la política y en la medicina

Renato Valdés Olmos (Valparaíso 1947) se unió al MIR cuando estudiaba medicina en Concepción. Después de más de dos años en prisión, en 1976 llegó exiliado a Holanda, donde se especializó en medicina nuclear.

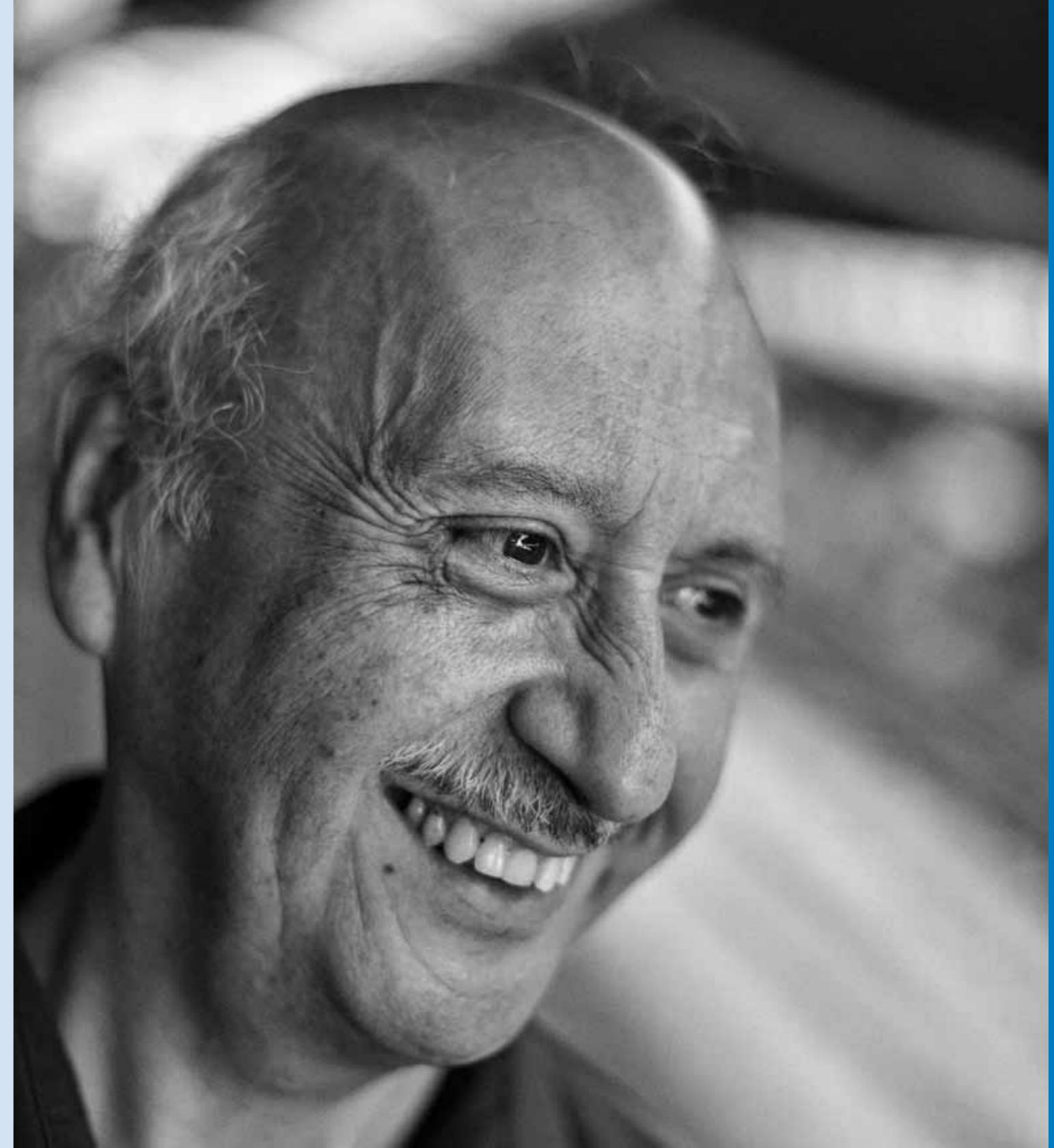
El deseo de mejorar una situación ha sido el motor, tanto de mis actividades políticas como de mi trabajo como médico nuclear en oncología. Para mí, la esencia está en la búsqueda de explicaciones. ¿Por qué hay tanta desigualdad en Chile? ¿Por qué se enferma alguien? ¿Y qué tiene que pasar para que esto cambie? La solidaridad es en ambos casos un concepto básico: en la política yo era solidario con los pobres y los oprimidos, en la medicina soy solidario con mis pacientes y mis colegas.

Mi activismo político y mi carrera de médico siempre han ido paralelas. Me metí en política en la época en que comencé a estudiar medicina en Concepción. Una parte de la carrera era atención médica en poblaciones de chabolas, donde atendíamos a los más pobres de la sociedad. Lo que vi allí como joven estudiante me abrió los ojos y me hizo consciente de la injusticia y desigualdad en mi país. Junto a mi amor por la medicina fue creciendo mi compromiso político. En Chile coexisten la extrema riqueza y la extrema pobreza. Yo quería hacer desaparecer ese enorme contraste. Por eso me incorpore al MIR.

Unos días después del golpe de Estado fui arrestado. Estuve ocho meses en un campo de concentración. Al principio fui torturado, pero después vino un período de relativa tranquilidad, en el que ayudé como médico a otros detenidos. Entre otras cosas, ofreciendo primeros auxilios a presos que trataban de cortarse las venas durante los interrogatorios. Cuando luego nos trasladaron a una cárcel común, la Cruz Roja me entregó medicamentos y materiales para que pudiera trabajar otra vez como médico. Junto con otros, armé un pequeño policlínico para atender a otros presos enfermos. El material médico lo recibimos a través de la dirección de la cárcel, después de haber presentado una solicitud para ello.

Lamentablemente, después de unos meses fui trasladado a una cárcel de Santiago, donde estuve casi un año y medio. Aunque había lugar para sólo quinientas personas, éramos más de mil presos. Muchos estaban enfermos, pero allá no me permitieron trabajar como médico.

Poco antes de la navidad de 1975 recibí, a través de la embajada de Holanda, una invitación para irme a ese país



como refugiado político. Mi condena fue trasmutada en exilio. Por supuesto que estaba contento, pero igual encontraba difícil partir a un país extraño donde no conocía a nadie. Dejé a mi familia y a mis amigos.

Fuimos recibidos en Ámsterdam, en el hotel IJtunnel. Lo que más recuerdo de ese periodo es el frío extremo: a eso sí que realmente tuve que acostumbrarme. En la organización para los refugiados ubicada en Herengracht (céntrico canal amsterdams) nos daban ayuda y una mesada. Allí conocí a mi esposa, una de las colaboradoras de la organización. Para ser holandesa hablaba un español muy fluido, y después de unos meses de conocernos nació algo muy lindo entre los dos. Todavía estamos felizmente juntos, y tenemos dos hijos.

Aunque no sabía cuánto tiempo iba a estar en Holanda, quise ponerme a trabajar lo antes posible como médico. Hice convalidar mis títulos. Afortunadamente en esa época el nivel universitario de Chile era bueno, y no hubo problemas. Claro que tuve que trabajar gratis un año como médico asistente, para poder acostumbrarme al sistema holandés y aprender el idioma. Aunque había hecho algunos cursos, recién en el hospital aprendí de verdad a hablar holandés. El trabajo fue la mejor escuela. Allí me ocupaba a diario de ingresar a pacientes, hacer diagnósticos, consultar con colegas. Los primeros meses fueron muy estresantes. Andaba con diccionarios por todas partes. Se me observaba no

solo en cuanto a mis conocimientos médicos, sino también en cuanto al idioma y mi capacidad comunicativa.

A fines de los años setenta me especialicé en medicina nuclear. Primero trabajé en Alkmaar (cerca de Ámsterdam), donde había ido a vivir con mi esposa. Pero cuando quedó libre una vacante en el hospital Antoni van Leeuwenhoek: el Instituto Holandés del Cáncer, en Ámsterdam, no tuve que pensarlo mucho. Allí trabajo todavía, aunque en realidad estoy jubilado. Lo hermoso que encuentro de este hospital es la relación intensa de los médicos con sus pacientes. Se hace un seguimiento personal de cada uno.

Durante los primeros años en Holanda, además de mi trabajo en el hospital hacía trabajo político en el MIR. Pero en un momento dado surgieron grandes diferencias de opinión dentro del partido sobre la manera en que deberían realizarse los cambios en Chile. Yo fui uno de los tantos que decidió dejar el partido. Seguí igualmente involucrado con la situación en Chile, pero de otra manera; cambié de ser un actor a ser un observador. Hasta el día de hoy sigo las noticias sobre Chile muy de cerca, pero sólo estoy activamente comprometido con la medicina.

A veces llegan compatriotas con cáncer que viven en Holanda a pedirme consejo o una segunda opinión. Por supuesto que trato de ayudarlos lo mejor posible. Como médico tienes que estar dispuesto a dar consejos y siempre

Cambié de ser un actor a ser un observador



preparado para ayudar a los demás.

En septiembre de 2012 jubilé. Ya no atiendo pacientes, pero aún colaboro en el hospital un par de días a la semana en investigación. Mis colegas conocen mi pasado como exiliado chileno, y por eso encontré que debía mostrarles mis sentimientos durante mi fiesta de despedida, con la canción Todo cambia, escrita por el refugiado chileno Julio Numhauser. Le pedí a mi hijo menor que cantara la canción en la fiesta. Con eso quería dejar en claro que a pesar de los cambios en nuestro alrededor, yo seguiré siendo siempre el mismo. No sólo el acento de mi lengua materna seguirá conmigo hasta el final de mi vida, sino que en mi alma soy y seguiré siendo chileno.

En mi primer período en Holanda pensé alguna vez en regresar a Chile, pero una vez ya tuve dos hijos, estaba seguro de



Renato en el hospital, Alkmaar, 1981

En el Instituto Holandés del Cáncer, Ámsterdam, 2009

cuando voy a Chile, antes sobre todo a visitar a la familia, y los últimos años he estado yendo regularmente por trabajo; a conferencias por ejemplo, o para intercambiar conocimientos con colegas de allá. Pero cuando estoy en Chile extraño Holanda, igual que cuando estoy en Holanda extraño Chile. Nunca va a ser de otra manera.

Mis hijos son mis raíces definitivas aquí

El trabajo sindical ofrecía la posibilidad de hacer algo de verdad

Boris Vildósola Romero (Desierto del Norte de Chile, 1933) hace 65 años que es militante del Partido Socialista. De 1973 a 1989 vivió en Holanda, donde trabajó activamente en el movimiento sindical. En 1993 retornó a Chile, donde tiene junto a su hija una escuela parvularia.

En 1973 tuve que dejar Chile como refugiado político. Cuarenta años antes, cuando tenía un año, también fuimos refugiados económicos: en el norte de Chile se había desmoronado el sector del salitre y mi madre se vino con los niños pequeños a Santiago. Mi padre entretanto fue a buscar trabajo a Perú, y nunca más supimos de él. Gracias a mi madre, que hacía todo tipo de trabajos para mantener a su familia, pude hacer la enseñanza media. Después me puse a trabajar y estudiaba por las noches.

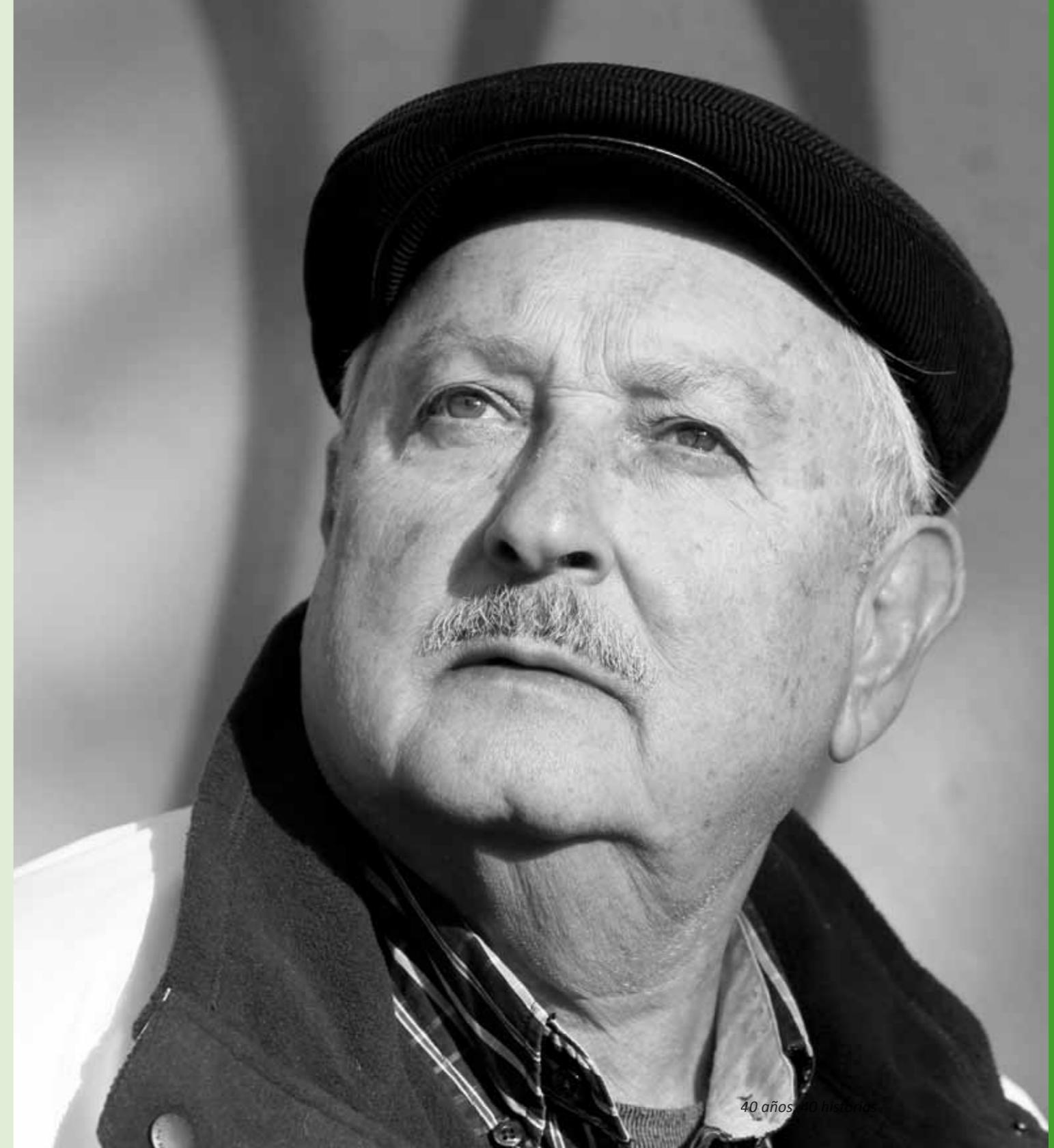
Cuando cumplí quince años adherí a la Juventud del Partido Socialista (PS). Durante el gobierno de Allende trabajé en la Universidad Técnica de Santiago, que daba cursos por todo el país a gente que había tenido pocas oportunidades de estudio. Un trabajo hermoso, totalmente en la línea de la Unidad Popular. Yo organizaba esos cursos y enseñaba marketing.

Puesto que también militaba en el partido, y estaba activo en mi barrio y en el sindicato, después del golpe de Estado corría peligro. El partido me recomendó ir a la residencia del agregado comercial finlandés, quien consideraba que todos aquellos militares eran asesinos. Él contaba:

“Mi país vendió equipos de skí al Regimiento Andes, y yo era amigo de un general. Pero el 11 de septiembre los militares lo asesinaron. Él era un militar democrático. Y si pueden asesinar a un general, pueden asesinar a cualquier persona. Por esto es que abro mis puertas”. Finlandia no tenía realmente embajada, así que nos llevaron con otras personas a la de Holanda. A fines de octubre yo formé parte del primer grupo de siete que podían partir rumbo a Holanda.

Al llegar a Holanda fui a vivir a Zaandam, una pequeña ciudad cercana a Ámsterdam, y rápidamente conseguí un trabajo. La municipalidad de Ámsterdam era de izquierda, y dio trabajo a algunos chilenos. Yo comencé entonces como administrativo en el Servicio Social. Cada día veía en un gran marco los nombres de los empleados muertos durante la ocupación alemana. Por eso comprendo por qué los holandeses fueron tan solidarios con nosotros. Después pasé a un departamento en que se ayudaba a los nuevos holandeses a orientarse.

Al principio yo era el jefe del Partido Socialista de Chile en Holanda. Pero lo dejé en seguida para dedicarme a



No quiero que el dinero recaudado vaya a través de chilenos de aquí

la actividad sindical, que ofrecía la posibilidad de hacer algo de verdad, como lo fue enviar apoyo material y financiero a Chile. Creamos un comité sindical chileno con gente de distintos partidos. Yo fui el representante para Holanda de la Central Única de Trabajadores (CUT).

Además los miembros del sindicato de funcionarios ABVA/KABO me eligieron miembro del directorio del departamento de Ámsterdam. Políticamente me identificaba con el Partido del Trabajo (PvdA), pero nunca fui un activo militante de ese partido.

Dos directores holandeses del ABVA/KABO y yo fundamos el Grupo de Adopción Chile de nuestro sindicato. Miembros del sindicato decidieron apoyar económicamente desde aquí a dirigentes sindicales y a sus familias en Chile, pero yo dije inmediatamente: “No quiero que el dinero recaudado vaya a través de chilenos de aquí, porque podría no llegar a buen puerto”. Era un hermoso proyecto, que duró diez años y fue todo un éxito. Los holandeses enviaban el dinero directamente a más de trescientas familias en Chile. Muchos de ellos han mantenido los contactos con Chile y han estado de visita.

Me sorprendió mucho que en Holanda no se celebraba el 1 de mayo, y que ese día no fuera feriado. A través de mis contactos con trabajadores extranjeros de países como Marruecos, Turquía, España y Yugoslavia, logré que organizáramos una manifestación.

En un principio, a la Central Sindical holandesa (FNV) no le interesó, pero la primera vez que convocamos, en 1976, llegaron dos mil extranjeros, de los cuales la mitad no pudo entrar a la sala. Después lo organizamos unas ocho veces más.

En Holanda tuve pocos problemas para adaptarme. Siempre fui muy organizado y llegaba a todas partes a tiempo. Esta mentalidad holandesa ya la tenía cuando llegué. No noté discriminación, con una sola excepción. Una profesora dijo que mi hija menor tenía que ir a la escuela de economía doméstica, probablemente porque era extranjera. Estaba furioso y cambié a los tres niños de escuela. Ella fue la única de su curso que después fue a la universidad.

A fines de los ochenta fui a trabajar cuatro años a América Latina para la Fundación Ana Frank enviado por la municipalidad de Ámsterdam. Mi labor era encargarme de que la versión en español de la exposición De wereld van Anne Frank (El mundo de Ana Frank) se viera en todas partes. Mi familia se quedó en Holanda.

En 1993 regresé definitivamente a Chile con mi mujer y mi hija menor. Gracias a una reorganización en la municipalidad de Ámsterdam pude adherirme a un plan de jubilación anticipada (VUT). Cada dos años viajamos a Holanda a visitar a nuestros dos hijos mayores y nuestros nietos.

Hace dieciséis años, mi hija, que estudió pedagogía, me propuso comprar un jardín infantil en Santiago. Ahora es una escuela parvularia para niños con problemas de lenguaje, por lo que es subsidiada por el Estado. Como recuerdo de Holanda, en la escuela tenemos molinos. Mi hija y yo somos copropietarios. A mis ochenta años soy el director ejecutivo, y ella la directora pedagógica. En mi barrio aún milito activamente en el Partido Socialista, igual que hace 65 años.



Finalmente, me gustaría contar que con mi amigo Fernando Quilodrán organicé un programa para más de veinte holandeses del antiguo movimiento de solidaridad, que vinieron a Chile en septiembre 2013 para la conmemoración de los cuarenta años del golpe de Estado. Con ello, después de cuarenta años se cierra el círculo.



En una acción de boicot a Chile junto al presidente de la FNV, Wim Kok, 1978

Conmemoración del aniversario 24 de la CUT, 1977

Boris con su mujer, Sylvia, despidiéndose de Holanda en 1993. A la derecha Jan Wolff y Dil Engelhard, de la orquesta De Volharding

Después de cuarenta años se cierra el círculo

Finalmente el sentimiento familiar le ganó a la ideología

Lugardí Acuña Lange (Galvarino 1946) llegó a Holanda en 1980. Desde la mesa de su cocina en Alkmaar habla de sus famosas empanadas. Hasta la reina Beatriz y la presidenta Bachelet las han probado.

Una vez mi madre hizo una torta para Allende. Todavía no era presidente, era senador, y fue a Galvarino como padrino a un bautizo. Todavía me siento orgullosa. El hecho es quizás cotidiano, pero el símbolo es grande. La cocina es mi lazo con Chile y me da un lugar aquí. Vivo en Holanda desde 1980, cuando llegué con mi marido, Nelson Sanhueza, y los niños. Antes de escapar de Chile estuve detenida por los militares por mis actividades con el Partido Comunista. Me habían despedido de Perlac, donde trabajaba, pero el régimen trataba de ubicarme a través de mi excolegas. Buscaban sindicalistas como Jaime Ramos y Santo Romeo. Los militares me amenazaron con armas y me humillaron. Yo lloraba, tenía mucho miedo. En el lugar de detención había amigos que habían sido torturados. Después de cinco días me dejaron libre, seguramente porque dije que mi hermano era militar.

Nelson fue detenido varias veces. La situación se había puesto muy peligrosa: teníamos que abandonar el país. Amnistía Internacional gestionó que pudiéramos viajar con la familia a Holanda. Nuestra salida de Chile fue como una película de espionaje. Como mi marido y yo estábamos en una

lista de personas buscadas, tuvimos que dejar el país con los niños en secreto. En el aeropuerto teníamos que presentarnos en el mesón donde trabajaba un hombre con una corbata roja, que era el contacto secreto de Amnistía. En la escala de Buenos Aires una azafata preguntó si éramos la familia Sanhueza. No sabíamos si teníamos que contestar que sí o que no, pero al final ella también trabajaba para Amnistía y nos tranquilizó.

En el aeropuerto de Schiphol nos esperaba alguien también de Amnistía Internacional. Fuimos hospedados en un hotel de la ciudad de Alkmaar. El cambio fue abrupto, hacía frío y todo era desconocido para nosotros. Yo no hablaba holandés ni conocía la cultura, pero por suerte nos ayudó mi cuñado, que ya vivía aquí. Enseguida nos dieron el estatus de refugiados y el gobierno nos ofreció clases de holandés. Yo no lo encontraba tan necesario, puesto que íbamos a volver a Chile. Más adelante veríamos lo equivocado de esa idea.

Después de haber dejado tu hogar era duro volver a comenzar de nuevo. Tuve que acostumbrarme a todo. Nuestros hijos -Nelson tenía ocho años y Claudita once- se adaptaron



rápidamente, y nos traducían. Holanda era solidaria, nos ofreció oportunidades y nos recibió con los brazos abiertos cuando más lo necesitamos. Éramos una familia chilena, y llamábamos la atención en esta pequeña ciudad. Afortunadamente hicimos amigos holandeses. En esa época había pocos chilenos. Nos reuníamos, fundamos un comité de solidaridad, organizamos campañas de recogida de firmas y dábamos publicidad a la temática de los presos políticos en Chile. Entretanto transcurría el tiempo, la dictadura continuaba y nosotros no podíamos volver. Nos quedaba claro que aquello ya estaba dejando de ser algo temporal y que nosotros íbamos echando raíces acá.

Con el fin de la dictadura en 1990, hay algo que desapareció. Yo estaba menos activa políticamente; organizábamos menos actividades. Naturalmente el compromiso de los holandeses también disminuyó. Pero aunque el fundamento para nuestras actividades había dejado de existir, debíamos seguir siendo solidarios con nuestros hermanos en Chile.

¿Qué quedó de mis ideales políticos? En 1995, estando en Cuba, en el mausoleo del Che Guevara, en Santa Clara, terminó mi fase política. Ya no tenía la misma energía, no era aquella joven dando la lucha política. Allí cerré un capítulo de mi vida. Pero a veces pienso con nostalgia en el período en que era militante del Partido Comunista, cuando existía camaradería y unidad.

Nos reuníamos, festejábamos y nos apoyábamos. Ahora la comunidad chilena se ha vuelto más materialista. La gente está más preocupada de sí misma; y no sólo mi propia generación, sino todos. Los hijos se holandizaron, algunos apenas sí hablan castellano. La lucha política que nos unía ya no existe.

El retorno de la democracia no sólo calmó nuestra actividad política; también puso sobre la mesa la pregunta: ¿Queremos volver? Yo siempre dije que quería volver a mi Chile querido, pero después de todos estos años me di cuenta de que en Chile envejeceríamos en soledad. No tenía ganas de mirar llorando las fotos de nuestros hijos: ellos habían echado raíces aquí y querían quedarse. Casi nunca tengo nostalgia por Chile: siempre puedo ir de visita, aunque después de la muerte de mis padres tengo menos razones para hacerlo.

En 1992 nació nuestra nieta Lugardí. Con eso se desplazaron nuestras prioridades, porque queremos estar cerca de nuestros nietos. Ellos son la parte más holandesa de mí. Es una gran suerte poderlos ver crecer. Finalmente el sentimiento familiar le ganó a la ideología. La decisión de quedarse aquí nos dio tranquilidad, la eterna duda ya no estaba. Con esta aceptación se inició un nuevo período en mi vida. Comencé a aprender más holandés, a ir al fútbol; y quise emprender algo nuevo.

Desde joven me gustaba cocinar y mis empanadas siempre han sido un gran

Me di cuenta de que en Chile envejeceríamos en soledad

¿El secreto de mis empanadas? Están hechas con cariño



Durante la huelga de hambre, Alkmaar, 1985

En Alkmaar poco después de llegar a Holanda (1980)

Lugardí junto a sus empanadas; las ganancias para los presos políticos

éxito. Una vez alguien me preguntó por qué no las vendía. Entonces me atreví y comencé a vender en fiestas. A través del boca a boca llegué rápidamente a hornear semanalmente para poder responder a los pedidos. ¿El secreto de mis empanadas? Están hechas con cariño. Así llevo Chile a los corazones de la gente, y eso me hace sentir orgullosa. Actualmente estoy en diversos mercados de Ámsterdam, donde mis empanadas siempre son un éxito.

Mi más hermoso recuerdo culinario es el de la visita de Estado de la presidenta Michelle Bachelet, que fue recibida en el 2009 por la reina Beatriz y por Máxima. Me tocó hacer las empanadas y, según me contaron, las damas las encontraron tan ricas que se dejó de lado el protocolo y el programa se alargó. ¿Qué cocinero puede decir eso? Lo encuentro un honor, y para mí es seguir un poco los pasos de mi madre.

Nos preocupaban las consecuencias del exilio

Theo Beusink

(1932), más conocido como el Padre Theo, desde el golpe de Estado ha ofrecido a través de Casa Migrante, fundada por él en Ámsterdam, apoyo social, jurídico y pastoral a los chilenos exiliados en Holanda.

Conocí a los exiliados chilenos a través de la universidad, donde estudiaba español. Entonces ya era sacerdote, y la gente te reconoce por ello. Un padre era mejor que un trabajador social. Desde 1962 me había ocupado de la pastoral para emigrantes hispanohablantes. Cuando llegaron los chilenos ya sabía algo de lo que vivía un exiliado. En nuestra pastoral nos ocupábamos de acoger, de ayudar a buscar trabajo y a encontrar un techo. A Casa Migrante la llamaba pastoral cuando tenía que explicar qué era a la gente de la iglesia, y la llamaba 'casa abierta' cuando se lo explicaba a gente que no era del entorno de la iglesia. No necesitabas ser católico para venir; se admitía a todo el mundo.

Con los exiliados chilenos llegaron también sacerdotes holandeses que habían sido expulsados por Pinochet. Ellos me contaron lo que había pasado y me dieron información de primera mano. También hablé con el obispo Tomás González, que había sido nombrado por los obispos chilenos para crear la pastoral de migrantes y exiliados. Él decía: "Theo, amigo, el exilio es un pecado mortal", queriendo decir que el exilio destruía familias.

Lo que sucedía con el exilio era grave. Casi siempre llegaba primero el marido a Holanda. A veces ya se había ido hacía tiempo de la casa, pues había estado en Argentina o en la cárcel. Ese hombre antes del golpe se comía el mundo, activo fuera de casa, militando en un partido político. La mujer se encargaba del trabajo doméstico y de los niños. En Holanda primero estaba el hombre solo, y cuando la mujer llegaba pasaban de pronto las 24 horas juntos. Eso era insoportable. Además ya ni se reconocían: el hombre tenía pesadillas y ya no era el gran héroe. La mujer había aprendido a hacer todo sola y se había emancipado. Eso ya no se podía sostener.

Tratábamos de hacerles entender que lo que les pasaba no tenía que ver con la personalidad del hombre o de la mujer, sino con la situación en que se encontraban. Cualquier pareja habría reaccionado igual. Yo no era psicólogo, sino cura, y si no podía ayudar buscábamos un psiquiatra hispanohablante. También con él enfrentábamos los problemas en grupo, nunca de manera individual, que era un enfoque demasiado holandés. Poníamos



atención en las consecuencias de vivir en el exilio, que era de interés para muchos. Al principio no era bien visto -según las normas chilenas- contar problemas personales, pero cuando la necesidad era grande lo hacían, y así desaparecían los tabúes.

Los chilenos confiaban en la acción pastoral. En 1975 o 1976 fui a una reunión en Roma sobre exiliados chilenos en Europa y me senté junto a un obispo chileno, que no era de izquierda precisamente, no era ningún teólogo de la liberación. Había llevado una pastoral en la cárcel, y por un exiliado supe que entonces le había dicho a los chilenos: "Ustedes son traidores de Chile". Y yo le dije a él en Roma: "Usted puede ir a Holanda, pero no me verá caminando a su lado. Si lo hiciera podría perder mis buenas relaciones con los chilenos". Esa declaración impresionó. ¡Un cura de Ámsterdam que se enfrenta al obispo! Y así se creó la confianza.

Entre los chilenos no había muy buena comunicación. Sí dentro del propio partido, pero entre los diferentes partidos había mucha distancia, por no decir envidia y resentimiento. Todos esos partidos políticos organizaban reuniones, peñas. Cuando iba a Amstelveen los viernes a las siete de la tarde, a una de esas reuniones, salía pensando en lo que se había hablado: "Sí, algo tiene que ocurrir en Chile. ¡Cuánto se ha destruido!" Pero cuando a

las nueve salía de otra reunión, en otra comuna, pensaba: "¿Es el mismo país?" Cada partido miraba a Chile a través de su propio filtro, y yo les advertía: "si ustedes siguen presentando a Chile de manera tan diferente, van a perder credibilidad". Y les impresionaba que dijera eso.

Había mucha división, pero yo no me identificaba con ningún grupo específico, y eso lo podía hacer porque era un padre.

Los padres chilenos querían que sus hijos siguieran el mismo camino que ellos. Si los padres eran comunistas, los niños a menudo también lo eran. A veces yo pensaba: "¿Son del MIR porque nacieron con una tendencia fanática, o porque están adoctrinados?" Conocí a dos jóvenes de Holanda que recibieron la orden del partido de ir a Chile. Después los encontré en Punta Arenas, detenidos, porque los partidos chilenos a veces ya no conocían bien Chile, y daban órdenes tontas. Pero así era: si se recibía una orden, había que cumplirla. La mayoría de los hijos de exiliados se juntaban para hacer música. Pero eso no duró ni medio año, porque inmediatamente se politizaban totalmente.

Otros niños se preocupaban más de sí mismos, eran niños introvertidos. Conocí a seis, siete, ocho chicos que se suicidaron, se ahogaron. Celebré más de un funeral de este tipo en esa

Cuando llegaron los chilenos ya sabía algo de lo que vivía un exiliado

época. Los niños llegaban cuando eran pequeños. No desarrollaban una identidad lo suficientemente fuerte, y al alcanzar cierta edad no quieres seguir siendo nadie. Ahora puedo ver esa problemática en un sentido más amplio, como un problema de grupo, pero en ese tiempo no veía que los chicos tenían en común el mismo vacío o los choques con sus padres.

A través de los contactos con chilenos y otros exiliados he visto que si quieres ser feliz no es necesario que sea de una

manera holandesa. Los holandeses, y sobre todo los políticos, piensan actualmente que las cosas funcionan bien si hay orden y hay leyes que lo regulan todo. Tonterías: una persona es más fuerte que cualquier ley.

Como sacerdote en acto durante la huelga nacional en Chile. Plaza de Spui, Ámsterdam, fines de 1984

Una persona es más fuerte que cualquier ley



¡Si hubieras visto mi agenda no lo creerías!

Marijke van Meurs Valderrama

(Santiago 1958)

desde joven defendió con vehemencia su opinión. De 1973 a 1989 continuó en Holanda con sus actividades políticas y estudió arqueología. Actualmente es directora del Museo Regional de Ancud, en la Isla Grande de Chiloé.

Para la mayoría de los chilenos que tuvieron que escapar fue una casualidad que llegaran a Holanda, pero no para mí. Mi padre se fue de Holanda a Chile como sacerdote a fines de los años cuarenta. Luego se retiró del sacerdocio, se puso a trabajar en comercio y se casó con una chilena.

La mayoría de mis familiares eran de izquierda, y yo desde joven fui activista política, ya en la época de las elecciones de Allende, alrededor de 1970. Con catorce años ingresé a las Juventudes Comunistas, y ahí comenzó un periodo apasionante, en que paraba poco en casa: me la pasaba en reuniones, marchas, y ayudando como voluntaria en el suministro de alimentos durante la huelga de los camioneros.

Cuando llegaba a casa me decían muchas veces que me habían visto en una marcha. "Cómo, si estaba en la escuela". Pero yo sobresalía porque era mucho más alta que las otras chicas. En el colegio de niñas al que iba todas pertenecían a algún sector político, rayando extremismos a veces. Como cuando una chica de derecha delante de mí le abrió las piernas a una amiga mía con una tabla con clavos.

Nuestro liceo estaba a dos cuadras del Palacio de la Moneda. El día del golpe fuimos a mirar, y nos asustamos muchísimo. Mi madre me fue a buscar al colegio; nadie sabía qué iba a pasar. Estábamos muertos de miedo, escuchamos disparos toda la noche, no podíamos pensar. No pude salir a la calle durante días enteros.

Cuando después de dos semanas volví al colegio, llevaba puesto un poncho, que era visto como ropa de izquierda. En el liceo me dijeron: "¡Sácate eso, es peligroso, no seas tonta!" Después nos contarían qué personas no habían regresado al colegio. Una de ellas, una chica del MIR, está en la lista de los desaparecidos.

Mi padre se había ido a Holanda en 1972 para arreglar su jubilación. Estando allí enfermó y mi hermano viajó tras él. Mis padres decidieron que teníamos que irnos todos a Holanda, y tenían razón: de otro modo quizás yo no habría sobrevivido: era muy apasionada y no podía mantener la boca cerrada. Durante Allende me acostumbé a tener mucha libertad, y eso terminó repentinamente.



Estábamos muertos de miedo, escuchamos disparos toda la noche

En octubre de 1973 llegamos a Holanda. Nunca había estado allí; no hablaba ni una palabra del idioma. Así fui a parar a Den Bosch. Después de haber hecho una prueba en el mavo (formación secundaria de nivel elemental), se concluyó que tenía que hacer algo con mis manos, pues era obvio que no podía pensar. El profesor de Historia decía: “No sé si es tan terrible que Allende esté muerto”. Entonces decidí aprender bien holandés para entorpecerle las clases, y así lo hice, junto a mi compañero Wim. Le discutíamos todo: la Guerra Fría, Cuba, etcétera. Terminé el colegio con las notas más altas, pasé al nivel de educación secundaria siguiente, havo, y después di el examen estatal del vwo (el nivel necesario para entrar a la universidad).

Tenía poco contacto con mis compañeros. Cuando estaba en el havo, siendo tesorera, quise agregar algo de más contenido a la asociación de estudiantes, pero los otros sólo querían organizar fiestas y beber cerveza. ¡Horrible!

Según yo, solo estudié duro en el mavo. Luego ya no tuve tiempo. Estaba otra vez en las Juventudes Comunistas Chilenas y apenas paraba en casa. ¡Si hubieras visto mi agenda no lo creerías! Reunión del Comité de Solidaridad con Chile de Tilburgo, reunión sobre Chile en tal lugar, pintar un mural en tal otro, marchas, entrevistas... Y así hasta 1989.

Era más fácil trabajar con holandeses que con chilenos, porque con los

holandeses sabías que algo iba a pasar tal día y a tal hora; con los chilenos no. Pero por otro lado, ¿cómo puedes establecer hoy que un miércoles de dentro de dos semanas vas a comer chino a las seis de la tarde? Todavía me causa extrañeza.

Tuve una relación con el muralista Kata, y me fui a vivir con él. Primero a Spijkenisse (una ciudad cerca de Róterdam), y después a Róterdam. Luego me fui a vivir, sin él, a Ámsterdam. Allí di mi examen de primer grado académico en historia del arte y arqueología clásica. Luego me recibí en arqueología e historia del arte de América pre-colombina en Leiden. Aquí seguí también un curso de mapudungún. Hace poco, cuando por mi trabajo estuve visitando museos en Estados Unidos, me di cuenta de lo importante que fueron aquellos estudios para mi formación.

En 1979 viajé por primera vez a Chile, a visitar a mi abuela. El toque de queda era aterrador. Me di cuenta de que me seguían cuando iba a casa, por lo que no podía dormir en toda la noche. La segunda vez, en 1986, fui con un montón de cartas, firmas y timbres de la Universidad de Ámsterdam a un congreso sobre pueblos originarios, y me fue excelente.

No quería quedarme en absoluto ni un día más de lo necesario en Holanda. El viernes terminé mis estudios y el martes partí a Santiago. Dos años más tarde se vinieron mis padres también. Sólo

De otro modo quizás yo no habría sobrevivido: era muy apasionada



mi hermano se quedó en Den Bosch, con su esposa holandesa. Después de un tiempo encontré un empleo en la Universidad de Valdivia como profesora de arqueología pre-colombina, historia de los indígenas y museología.

Desde 2001 soy directora del Museo Regional de Ancud, en la Isla Grande de Chiloé. Siempre soñé con trabajar en un museo, y de verdad que es mucho más entretenido y variado que trabajar en la universidad. Puedo hacer investigación, editar publicaciones de difusión y organizar exposiciones.

Todavía me asusta el Chile de hoy: el individualismo es un desastre. Cada vez importa menos lo que haces. Se trata de cómo lo vendes, cómo lo presentas hacia afuera. Los hombres también son un problema, uff! Muchas mujeres no tienen marido porque hay pocos



Marijke poco después de su llegada a Holanda en 1973

Pintando un mural a fines de los años setenta

Discurso en un acto a fines de los años setenta

hombres que valgan la pena. ¡Mejor estar sola que mal acompañada! Y tampoco tengo tiempo para ello. Mis padres se vinieron a vivir conmigo de Santiago en 2008. Con más de noventa años y altamente discapacitados, fallecieron hace poco. Después de mi trabajo hacía las compras, y cuando llegaba a casa, la persona que tenía contratada para que me ayudase se iba y yo seguía cuidándolos.

He vuelto cuatro veces a Holanda: la última en 1999. Todavía tengo muy buenos amigos holandeses. Cuando Chile no era seguro pude vivir en Holanda y disfrutar de la cultura, algo que mucha gente en Chile no ha podido hacer. También las actividades de solidaridad han sido muy importantes en mi vida. Estoy contenta de haber podido aportar con mi granito de arena al derrocamiento de Pinochet.

Mis amigos chilenos son mi segunda familia

Winanda van Vliet

(1953) cantaba canciones chilenas antes de saber nada de Chile. Las canciones de Violeta Parra, Víctor Jara, Quilapayún y muchos otros latinoamericanos están ancladas en su memoria. Hace ya cuarenta años que hace música junto a artistas chilenos. Ellos son su segunda familia.

Yo cantaba ya canciones chilenas antes de haber conocido Chile y a los chilenos. Junto a canciones de Joni Mitchell, cantaba canciones de Violeta Parra, de quien me habían regalado un elepé ya antes del golpe de Estado. Era una música que encontraba interesante, y las canciones de Violeta encajaban en mi emergente conciencia política.

Cuando estudiaba vivía en una residencia de La Haya con estudiantes del conservatorio, de todos los rincones del mundo. El 11 de septiembre de 1973 un estudiante mexicano colgó en el muro de la cocina una cinta de duelo rodeando un alambre de púa. Con lágrimas en los ojos me explicó lo que había sucedido. Poco después conocía a los primeros estudiantes de música que habían escapado de Chile.

Crecí en una familia protestante, donde el amor al prójimo era importante, y donde la música era una parte esencial de nuestras vidas. Cada domingo íbamos primero a la iglesia y el resto del día hacíamos música. Por eso también encontré vinculación con todos aquellos hombres chilenos. Al igual que antes en mi casa, se creaba un ambiente acogedor y cálido, y juntos hacíamos mucha música. Así es cómo

se transformaron en mi segunda familia y me involucré más en el caso chileno.

Con Patricio Wang, Ricardo Mendeville, Jaime Calabacero y el mexicano Roberto Kolb fundamos en 1976 el conjunto musical Amankay. Posteriormente, en una nueva formación del grupo se incorporaron Renato Freyggang y Daniel Smith. Amankay surgió en primera instancia para amenizar las reuniones de solidaridad, pero cuando durante un programa de televisión el grupo emitió una declaración en contra de la dictadura, todos los chilenos fueron incluidos en la lista de personas no gratas: ya no podían volver a Chile.

El pueblo unido, Venceremos, Qué dirá el Santo Padre, canciones de Quilapayún, Inti-Illimani, Víctor Jara, Violeta Parra... cantando aprendí español. En el conservatorio me interesaba mucho la música clásica y el conocimiento teórico, pero la música popular chilena era muy accesible y menos pulida, y eso me atrajo. Pero no solo me atraía desde el punto de vista artístico: también que se podían transmitir ideas políticas, y poner en práctica el amor a tus semejantes.



Tocábamos en manifestaciones de solidaridad y otras manifestaciones, en lugares donde se compartía mucho más que sólo la música. Eso era maravilloso, pero llegó un momento en que seguimos otros caminos. Como estudiantes de conservatorio teníamos más ambiciones que sólo cantar canciones combativas.

En 1981 se desarmó el conjunto Amankay, pero seguimos siendo amigos de por vida, y hemos ejecutado juntos muchos proyectos. Con Renato fui por primera vez a Chile en 1984, cuando recibió amnistía. Recién sentí en carne propia lo que significaba la dictadura, el ambiente intimidante en el aeropuerto, con aquellos hombres de gafas de sol, el toque de queda, los helicópteros rondando... todo eso me producía enojo. Y recién allá me di cuenta de verdad de que no todos los chilenos estaban en contra de Pinochet, y eso me asustó.

A través de Luis Aravena, que organizaba muchos conciertos en Holanda, entré en contacto con Mercedes Sosa, Astor Piazzolla y otras celebridades de Latinoamérica. Después de esas actuaciones nos íbamos muchas veces con los músicos al departamento de Lucho en Osdorp (un barrio de Ámsterdam) para beber algo y seguir haciendo música. Allí canté con Mercedes Sosa, yo el alto, ella el bajo.

Desde los años ochenta he armado muchos proyectos junto con Patricio Wang como compositor y arreglista. Con La Banda del Sur y el conjunto Winanda del Sur hemos hecho programas y cedés: *Luna y Mar, Suite para Violeta, Canciones Salvajes. En Suite para Violeta*, las canciones

aparentemente sencillas de Violeta obtienen un significado más profundo por los arreglos de Patricio y los pasajes compuestos por él. No encuentro muy interesante a Violeta como cantante, pero me encantan sus textos y composiciones. Tengo una admiración increíble por su talento, su creatividad y perseverancia, por cómo ha sabido unir la tradición a la denuncia de la injusticia social. Tiene gran significado para la música popular chilena, y es en parte gracias a su trabajo, que la música popular tradicional ha seguido existiendo en todo el continente.

En 1999 actué por primera vez en Chile. Fue muy especial cantar *Volver a los diecisiete* con toda la sala cantando a coro. También fue muy emocionante ver entre el público caras muy familiares, caras de chilenos 'holandeses' que habían vuelto a su país. Para mi entonces se cerró el círculo. Muchas veces había soñado que volvíamos todos juntos en un avión a Chile. No fue así, pero esto también fue muy impresionante. En esa oportunidad fui invitada al Palacio de la Moneda. Fue una experiencia muy especial poder estar en la oficina de Allende.

Años más tarde visité la exposición permanente sobre Violeta, con música, textos y arpilleras. Lo que me llamó la atención es que chilenos de todas las convicciones elogian su trabajo unánimemente. Al parecer se ha convertido en un patrimonio cultural general.

Chile es una parte de mi existencia, por mis amistades y por la música. Durante los últimos años he cantado regularmente en funerales *Gracias a la*

La música popular chilena era muy accesible y menos pulida

Allá me di cuenta de verdad de que no todos los chilenos estaban en contra de Pinochet

Vida, la canción más conocida aquí de Violeta; en 2009 asistí a un banquete con la reina Beatriz y la presidenta Bachelet. Además, *Pido Silencio, un tema de Canciones Salvajes*, fue usada en *Newen*, una película de 2011 sobre la lucha de los indios mapuche.

Ahora estoy produciendo con Patricio el *Wang Songbook*, un cedé que refleja nuestro trabajo conjunto de casi 40 años. La presentación coincide con la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado, y no por nada hemos elegido el título *Als een vrije vogel* (Como un pájaro libre). Muchos chilenos conocen esa canción de 1979, el único tema en holandés de nuestro elepé *Amankay*. Trata de mujeres chilenas presas por razones políticas. Una de ellas canta para su hijo, que aún no nace. Y trata

también de las oportunidades para desarrollarse que ha tenido gente como Patricio, que obligado por las circunstancias tuvo que dejar su patria.

Hasta ahora he estado con frecuencia en Chile, también visitando a amigos retornados. Y espero ansiosa el seminario anual sobre música latinoamericana que se organiza en Osorno. Iré a cantar *Canciones Salvajes* e impartiré talleres sobre la técnica de canto que se usa en el folclor chileno. El mundo algo invertido...



Taller del grupo Amankay en una escuela, 1979

Con Patricio Wang, de Amankay, fines de los años setenta

Junto a la cantante Isabel Parra, hija de Violeta, La Haya, 1998

Mi vocación en Holanda: reunir a la gente

Agustín Vicuña Venegas (Santiago 1962) llegó a Holanda en 1986. En Chile estudió para jefe de cocina, y como tal trabaja ahora en Ámsterdam. Su interés es promover la cultura chilena de una manera positiva y reunir a los chilenos, en una gran fonda para las fiestas patrias, por ejemplo.

Pinochet se hizo con el poder cuando yo tenía doce años, y llegué a Holanda a los 25. Por tanto, he vivido casi toda la dictadura en Chile. Fui testigo de cómo se desintegraba el país, dividido entre opositores y simpatizantes de Pinochet.

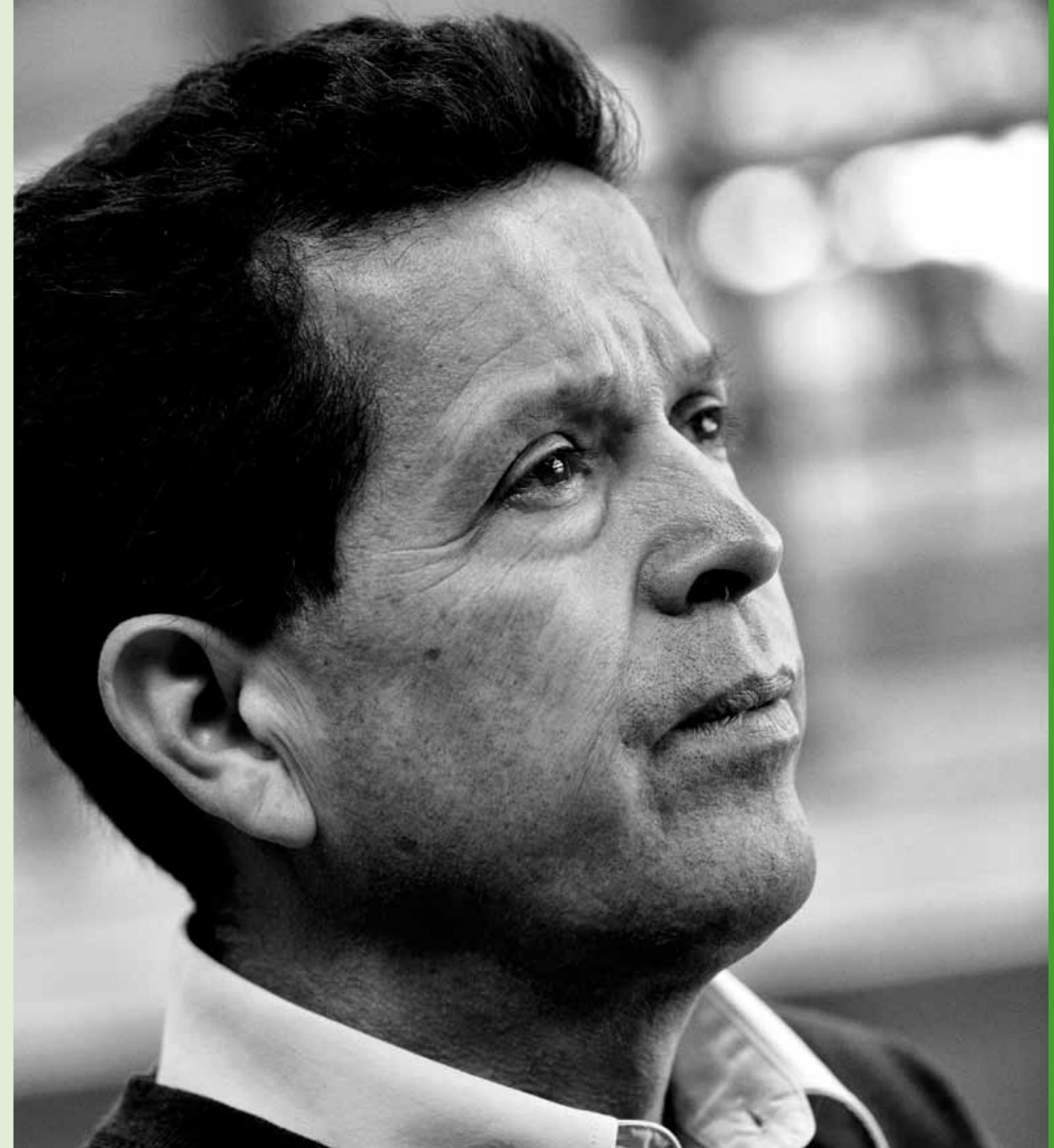
En Holanda descubrí que los opositores a Pinochet aquí a su vez están divididos, y que era difícil reunirlos. Eso no me agradó. Debido a esas divisiones no quise saber más de política. Quería promover los aspectos positivos de la cultura chilena. Por eso me centré en actividades recreativas que pudieran juntar a la gente. Me afilié a una asociación de fútbol en Alkmaar (cerca de Ámsterdam), donde vivo, y comencé a atraer a más latinoamericanos al club. Establecí contactos entre clubes deportivos de Ámsterdam y Róterdam para organizar competencias y asados. Más que nada estaban dirigidos a la comunidad latinoamericana, pero todo el mundo era bienvenido. Creo que esa ha sido mi vocación en Holanda: reunir a la gente.

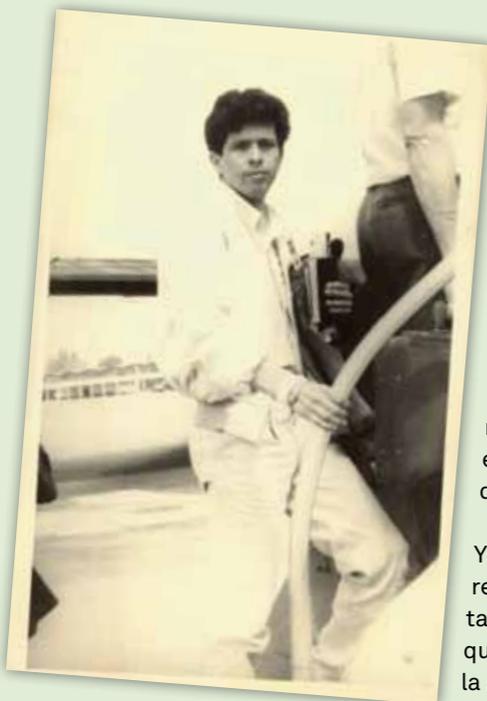
Me di cuenta de que para el 18 de septiembre, la celebración de las fiestas patrias de Chile, siempre pasaba lo mismo: se hacían muchas celebraciones en distintos lugares en

vez de una gran fiesta para todos los chilenos en Holanda. Decidí junto con otros que esto tenía que cambiar. Para mí el 18 de septiembre es la fiesta de la independencia, una fiesta de todos y para todos, apolítica y con muchas tradiciones chilenas.

En 1998 organizamos por primera vez las fiestas patrias en una cancha de fútbol de Alkmaar. Todo el mundo estaba eufórico. Fue como si hubiésemos estado un día en Chile. Desde ese momento la organizamos todos los años. En las últimas ediciones han estado llegando unas mil quinientas personas. Actualmente para muchos chilenos esta fiesta es lo único que los reúne. Muchos han retornado a Chile, y los que se han quedado han echado sus raíces en Holanda, y entretanto ya tienes una tercera generación. Para mí esta fiesta es una oportunidad para que la gente, especialmente los jóvenes, conozcan las tradiciones chilenas y los aspectos positivos de Chile.

La fiesta del 18 de septiembre es para todos los chilenos: hombres, mujeres, niños, refugiados políticos y económicos, estudiantes de intercambio, empresarios y gente de la embajada. Fui criticado, sobre todo





porque trabajé con la embajada chilena. Para muchos este es un tema sensible: los chilenos en el extranjero no pueden votar, y en Chile hay conflictos entre el Estado y la ciudadanía. Tienes por ejemplo el problema de los mapuche con la tierra, y el de los estudiantes con la privatización de la educación.

Yo quiero que todos estén representados en la fiesta, también el Estado. Estoy seguro de que más del noventa por ciento de la gente que va a la fiesta piensa, igual que yo, que tiene que ser para todos los chilenos. Los que no

están de acuerdo también vienen, y se dan cuenta de que hay una aceptación mayoritaria de esta colaboración con la embajada, y lo aceptan. El rol de la gente de la embajada el 18 de septiembre es puramente simbólico: representan al Estado y nada más. No dan apoyo económico, ni lo hicieron nunca.

Los últimos tres años la fiesta se ha hecho en Zaandam. Ahora hay un grupo que la quiere organizar en Ámsterdam, porque es más central. Quieren celebrarla en un local pequeño, para la comunidad chilena en Ámsterdam, sin embajada ni consulado. Sería una lástima, porque así otra vez se dividen los grupos, y eso es justo lo que no queríamos.

La visita de la presidenta Michelle Bachelet a Holanda en 2009 fue un momento importante en mi vida. Como soy uno de los rostros de la comunidad chilena aquí, colaboré en la organización de su visita y tuve la oportunidad de conocerla. Para mí fue como una recompensa por mi compromiso por la comunidad chilena. Bachelet es para mí un gran ejemplo. Ella vivió lo mismo que muchos chilenos: la represión de Pinochet y la pérdida durante la dictadura de un ser querido, su padre. Bachelet siempre ha estado muy interesada en la comunidad chilena en el exterior. Si yo hubiera podido votar, sin duda habría votado por ella.

La dictadura no me ha afectado personalmente. En Chile yo no era muy activo políticamente. Sí que repartía panfletos en universidades, y participé en marchas del Partido Socialista. En los años ochenta llegaron muchos chilenos a Holanda debido a la situación económica en Chile. Yo llegué a Holanda porque Chile se me hizo pequeño; no tenía futuro. Estaba aburrido de la vida en dictadura; todo lo controlaban los militares. Era un país dividido, con mucha represión y miedo.

A la primera oportunidad que se me presentó de irme, me aferré con las dos manos. Tenía un contacto en Holanda, y así llegué a Alkmaar, donde había un Equipo de Base de Ayuda a Refugiados que ayudó a muchos chilenos en los años ochenta. Llegué sin nada y tuve

En Holanda descubrí que los opositores a Pinochet aquí a su vez estaban divididos



Con la presidenta Bachelet durante su visita a Holanda en 2009; de izq. a der. Tim Espinoza, Juan Vásquez y Agustín Vicuña

En el aeropuerto, en Chile, al partir a Holanda, 1986 (pág. anterior)

Fui criticado, sobre todo porque trabajé con la embajada chilena

la oportunidad de estudiar, de ganar dinero y construir un futuro. Después de tres años recibí el estatus de refugiado, y me deshice de todos los documentos que me recordaban mi salida de Chile y el procedimiento de asilo en Holanda. Quería mirar hacia adelante.

Mis hijos también tienen aquí oportunidades de desarrollarse, aunque en este momento, por la crisis económica, haya quizás más oportunidades en Chile que en Holanda. Estoy muy agradecido de Holanda, mi esposa y yo somos fervientes admiradores de Holanda.

La solidaridad en imágenes

La solidaridad en imágenes



'Por la lucha revolucionaria del pueblo chileno', a fines de los años setenta

'¡Fuera Pinochet: democracia ahora!'
Ámsterdam, 11 de septiembre de 1985



'¡Democracia Sí, Democradura No!!' 'Fuera Pinochet de una vez por todas.' Ámsterdam, 11 de septiembre de 1989



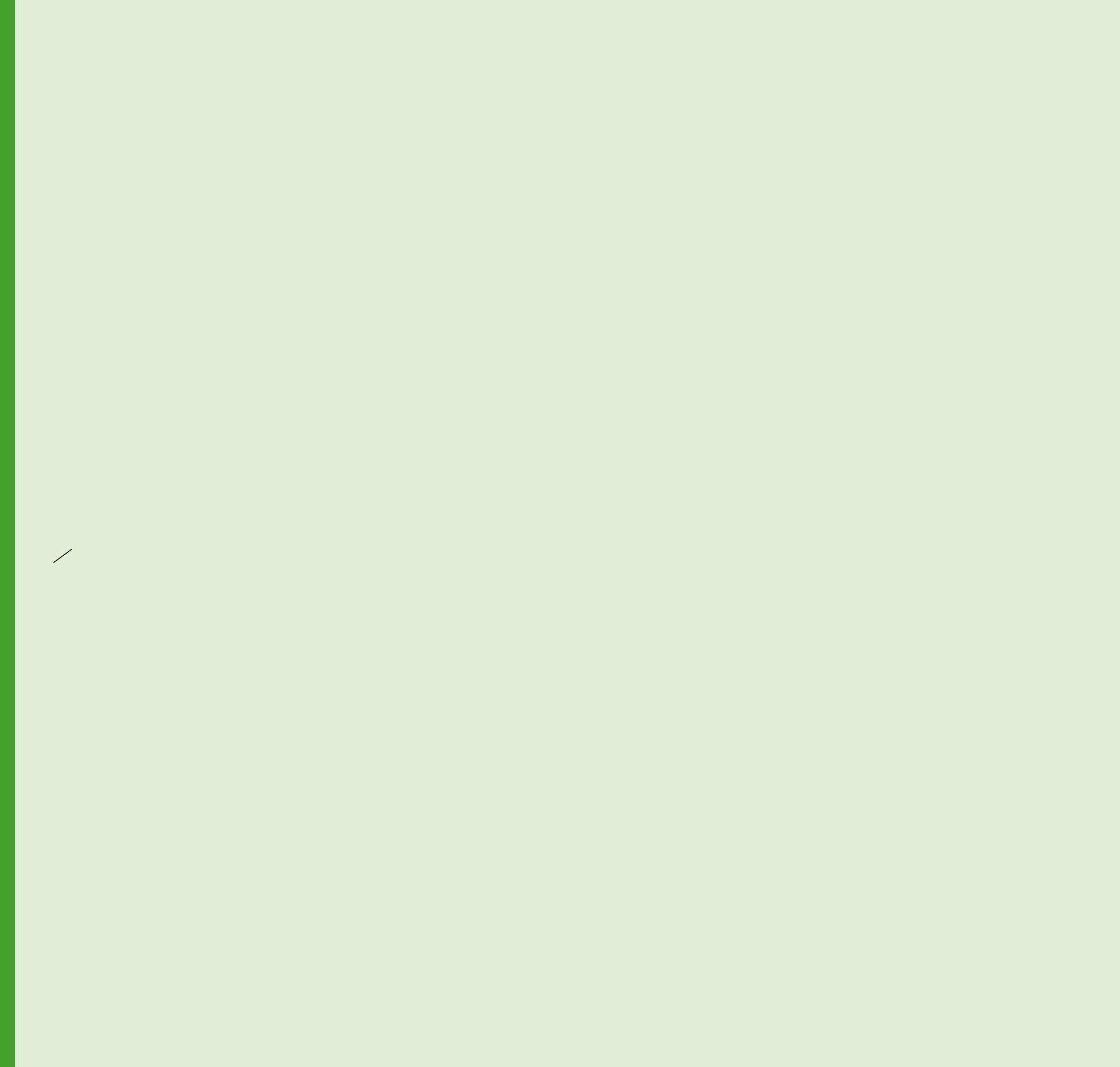
Manifestación a fines de los años setenta



'Chile, 10 años de dictadura, 10 años de resistencia, 10 años de solidaridad'.
Ámsterdam, 11 de septiembre de 1983

1970	El candidato socialista de la Unidad Popular, Salvador Allende, es elegido presidente	1976-1981	Grandes acciones de boicot en Holanda contra productos chilenos	1990-2010	Coalición de gobierno de demócratacristianos y socialistas (Concertación)
1971	Chile nacionaliza las minas de cobre de empresas de Estados Unidos	1977	Inauguración del centro Salvador Allende en Róterdam	1991	Informe Rettig (incluyendo investigación posterior): 3.216 muertos y desaparecidos 'reconocidos'
1971	Pablo Neruda recibe el Premio Nobel de literatura	1982	Profunda crisis económica en Chile	1991	Visita del presidente Aylwin a Holanda
1972	Conferencia de la UNCTAD en Santiago	1983	Protestas masivas contra la dictadura. Las organizaciones sociales, la prensa de oposición y los partidos políticos de oposición se fortalecen. Continúa hasta 1989	1992	Cierre del Centro Salvador Allende en Róterdam
1972	Aumenta la resistencia capitalista nacional e internacional contra Allende	1983	Recuperación del movimiento holandés de solidaridad con Chile por las protestas en Chile	1995	El Comité Holandés de Solidaridad con Chile se fusiona con comités de solidaridad con otros países y forman OLAA (Organización de Actividades para América Latina)
1972	Campaña holandesa de Sjaloom 'No le deseen a Allende miserias' (Gun Allende geen ellende)	1983-84	Ochenta chilenos 'holandeses' retornan legalmente a Chile. Y cada vez serán más	1998	Pinochet renuncia como comandante en jefe del ejército. Es arrestado en Londres. Manifestaciones en Holanda y otros lugares
1972	Se funda el Comité Holandés de Solidaridad con Chile	1986	Atentado fallido contra Pinochet	2000	Pinochet vuelve a Chile por 'razones de salud'
1973-1977	Período de gobierno de Den Uyl, el gobierno más izquierdista de la historia de Holandal	1988	Última gran manifestación del 11 de septiembre en Ámsterdam (7.000 participantes)	2000	El socialista Ricardo Lagos es elegido presidente
1973	Campaña del 1 de mayo por Chile de la Fundación Evert Vermeer, organización de cooperación internacional del partido socialdemócrata holandés PvdA	1988	Casi todos los exiliados son autorizados a regresar	2004	Informe Valech: 28.456 presos políticos 'reconocidos', casi todos torturados
1973	11 de septiembre: Golpe militar del general Pinochet. Muerte de Allende. Comienzo del terror masivo contra la izquierda	1988	5 de octubre: Después de la campaña del NO, Pinochet pierde el referéndum sobre su permanencia como presidente	2005	Cambio en la Constitución: los comandantes militares pueden ser despedidos por el/la presidente/a y ya no pueden designar senadores
1973	12 de septiembre: Holanda suspende la cooperación al desarrollo al gobierno de Chile. La cooperación a organizaciones particulares se mantiene y aumenta	1989	El demócrata-cristiano Patricio Aylwin es elegido presidente	2006	La socialista Michelle Bachelet es elegida la primera mujer presidenta de Chile
1973	15 de septiembre: Marcha en Ámsterdam (20.000 personas) contra el golpe de Estado	1990	11 de marzo: Con la investidura de Aylwin comienza la transición a la democracia. Pinochet sigue siendo comandante inamovible del ejército, de acuerdo a su Constitución	2006	Muere Pinochet
1973	23 septiembre: Fallece Pablo Neruda. Su funeral es la primera manifestación pública contra la dictadura	1990	Se reanuda la cooperación holandesa para desarrollo al gobierno chileno. La ayuda a las organizaciones no gubernamentales disminuye con fuerza	2009	La presidenta Bachelet visita Holanda
1973	25 octubre: Llegan los primeros 'refugiados de la embajada' a Holanda	1990	La mayoría de los comités locales de solidaridad de Holanda deja de funcionar	2010	Gran terremoto en Chile
1973-1979	Llegan a Holanda más de mil exiliados chilenos invitados y sus familias	En torno a 1990	Una notable minoría de chilenos 'holandeses' regresa a Chile	2010	Primer presidente de derecha elegido en medio siglo: Sebastián Piñera
				Desde 2011	Protestas masivas de estudiantes
				2014	La socialista Michelle Bachelet presidenta por segunda vez

Lista de organizaciones	FER	Frente de Estudiantes Revolucionarios, afines al MIR		psicosocial a niños víctimas de la represión
ABVA/KABO	FNV	Federación de Sindicatos holandes	PR	Partido Radical: partido socialdemócrata, parte de la Unidad Popular, integrante de la Concertación 1990-2010; parte de la Nueva Mayoría desde 2014
Sindicato de funcionarios públicos holandes	Folil	Organización de mapuches en Holanda, fundada 2010		
AFDD	IC	Izquierda Cristiana. Fracción de la DC (1971); se integró a la Unidad Popular	PS	Partido Socialista. Integró la Unidad Popular; parte de la Concertación para la Democracia, que gobernó 1990-2010, y de la Nueva mayoría, en el gobierno de Bachelet desde 2014
Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos	IKV	Consejo Intereclesiástico por la Paz en Holanda		
Movimiento Holandés de Solidaridad con Chile (coalición de organizaciones de la solidaridad holandesa y partidos chilenos en Holanda)	INC	Instituto para el Nuevo Chile, fundado 1977 en Róterdam y trasladado paulatinamente a Chile	PvdA	Partido del Trabajo Holandés. Partido socialdemócrata. El partido más importante del gobierno Den Uyl (1973-1977)
Partido Demócrata Cristiano holandés			SAC	Centro Salvador Allende: centro sociocultural chileno en Róterdam (1977-1992)
Comité Holandés de Solidaridad con Chile				
Central Sindical Cristiano holandés				
Concertación Concertación de Partidos por la Democracia	MAPU	Movimiento de Acción Popular Unitaria. Escisión de la DC (1969). Formó parte de la Unidad Popular	Sjaloom Grupo	crítico holandés de acción e información, muy comprometido con Allende y con la resistencia contra la dictadura
(coalición de los partidos demócrata cristiano, socialista y afines, que gobernaron 1990-2010)	MCR	Movimiento de Campesinos Revolucionarios, afines al MIR	SOMO	Fundación holandesa para la Investigación sobre Empresas Multinacionales
Confederación de Estudiantes de Chile	MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Movimiento inspirado en la Revolución cubana. No fue parte de la Unidad Popular; apoyaba y a la vez criticaba al gobierno	SP	Partido Socialista holandés
Partido Comunista holandés			TNI	Instituto Transnacional en Ámsterdam: red de investigadores y activistas progresistas.
Central Única de Trabajadores, prohibida 1973; refundada 1988 como Central Unitaria de Trabajadores			UAF	Fondo de Asilo Universitario: organización holandesa de apoyo a estudiantes exiliados
(Partido) Demócrata Cristiano. Partido gobernante 1964-1970; oposición de Allende. 1990-2010 en el gobierno como parte de la Concertación, desde 2014 como parte de Nueva Mayoría	Nederlandse Vrouwen voor Chili	Mujeres Holandesas por Chile. Organización holandesa que apoya proyectos sociales en Chile	UNCTAD	Conferencia para el Comercio y el Desarrollo de las Naciones Unidas
Partido político holandés liberal de izquierda	OLAA	Organización de Actividades sobre América Latina. Nace 1995 de una fusión del Comité Holandés de Solidaridad con Chile y comités de solidaridad con otros países	UP	Unidad Popular, coalición del gobierno de Allende, formada por partidos de izquierda
Dirección de Inteligencia Nacional: policía secreta de la dictadura	PC	Partido Comunista. Integrante de la Unidad Popular, desde 2014 en el gobierno como parte de la Nueva Mayoría	Vicaría de la Solidaridad	Organización de derechos humanos de la iglesia católica chilena
Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Chilenas	PIDEE	Protección de la Infancia Dañada por Los Estados de Excepción: organización para el apoyo		
Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile				



«Cuando estoy en Chile extraño Holanda, y cuando estoy en Holanda extraño Chile». Son palabras de un exiliado político chileno que vive y trabaja en Holanda desde 1976. Este sentimiento es compartido por muchos chilenos que tuvieron que escapar de su país después del golpe de Estado perpetrado el 11 de septiembre de 1973 por el general Pinochet contra el presidente socialista Salvador Allende. Cuarenta años después de un golpe que perturbó profundamente sus vidas, los chilenos que escaparon a Holanda cuentan abiertamente sus historias. Gran parte de ellos vive aún en Holanda; los menos han regresado. Los retornados expresan frecuentemente sentimientos contradictorios: «Chile es un país terrible, pero también es maravilloso».

Estas historias de vida se complementan con las de holandeses solidarios que apoyaron a los chilenos en su lucha contra la dictadura. Todas estas experiencias muestran un mosaico apasionante de una pequeña pero notable comunidad de exiliados que surgió en una época en que los refugiados todavía eran bienvenidos en Holanda.



dibam
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS
EL PATRIMONIO DE CHILE



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

